

**Martín
Ugalde**

**historia
de un
regreso**



HISTORIA DE UN REGRESO

Martín Ugalde

Traducción de
Koldo Izagirre

Itzulera baten historia
Elkar, 1990
Premio Jon Mirande 1990

Reservados todos los derechos. Queda prohibido reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio, sin el permiso previo de esta Editorial.

© Martín Ugalde
© Para esta edición
Argitaletxe HIRU, S.L.
Apartado de Correos 184
20280 HONDARRIBIA (Guipúzcoa)

Diseño de portada: E. Forest.
Depósito Legal NA.: 1.654-1995
ISBN: 84-87524-75-3
Imprime: Gráficas Lizarra, S.L. (Estella - Navarra)
Este libro ha sido editado con una ayuda del Ministerio de Cultura

1

Vivíamos en la casa de la esquina Santa Bárbara en Caracas cuando llegó Rosa.

Mi madre estaba cansada de las muchachas jóvenes que sólo duraban unos días; venían del interior (la mayoría de Oriente y de los Andes) seducidas por las luces de la ciudad; en el mejor de los casos (¡digo en el mejor de los casos!) encontraban trabajo de camareras, pero en cuanto se les arrimaba un hombre huían con él. Recuerdo que antes de llegar Rosa tuvimos una muchacha joven y guapa, fue elegida para un concurso de belleza y mi madre le hizo un vestido largo con mucho gusto para no cortar las alas a aquella bonita ilusión de dieciséis años, ¡y ganó el primer premio!... Vino a despedirse. Como mi madre quería alguien más estable, eligió a Rosa.

¡No porque fuese guapa ni joven!, al contrario: era una mujer regordeta y retaco, fea y entrada en años, mayor que mi madre.

Pero parecía limpia y callada; había hecho un largo viaje en autobús con la intención de ganar algo para ayudar a su familia, que había dejado en el monte; además, venía de los Andes Occidentales, era de una raza india con fama de trabajadores y honrados.

Era un tanto especial, eso sí.

En casa éramos seis personas, los padres, el hermano mayor, yo, que tenía nueve años, y dos hermanas pequeñas. Toda la casa cambió cuando Rosa Chacón entró en ella; me impresionó en cuanto la vi.

Rosa no nos llamaba por nuestro nombre; a mi hermano lo llamaba "Tasio", tal y como lo tratábamos nosotros, yo era "la muchachita", mi madre "Misia" o "Misialantxa", las dos pequeñas "niña Irene" y "niña Pilar" y mi padre era "jefe", "el jefe", siempre con mucho respeto... Sin embargo, en una ocasión, recién llegada, le preguntó directa y francamente a mi madre si el señor y la señora estaban casados... Yo no estaba presente, pero mi madre nos lo contó en la mesa mientras cenábamos (Rosa se marchaba después de servirla) y madre reía contándolo: se lo preguntó tan tiesa y seria, luciendo su prominente barriga como si estuviera embarazada, los brazos pegados a su redondo cuerpo, y toda empaquetada en su blanco delantal, con aquellos ojos pequeños y negros clavados en los suyos. Madre le contestó:

"Vaya, ¿y por qué me pregunta usted eso?"

"Pues, perdóneme, "Misia", pero en esta casa no he visto la fotografía de boda..."

En su tierra era ley, por lo visto, que las parejas casadas mostraran su preciado estatus mediante un retrato en el mejor lugar de la casa. Este era el mundo de Rosa Chacón y, claro, lo trasladó a nuestra casa con toda naturalidad. Y se evidenciaba en cualquier momento: Rosa se nos imponía. Desde que se le asignó el trabajo del fogón, ella fue la dueña de la cocina, era su territorio; el cuartito que se utilizaba para planchar, con su fregadero incluido, estaba bajo su dominio, y cuando yo me instalaba allá, porque era silenciosa, a hacer las tareas que me mandaban en la escuela, muchas veces me quedaba mirándola, curiosa: colocaba sus livianos anteojos de alambre sobre las dos mejillas que formaban su rostro sin nariz. Allí soltaba hasta la cintura su trenza negra;

parecía una japonesa, esta delgada mecha de pelo negro se me hacía misteriosa, la llevaba en dos vueltas sobre la cabeza, atando la punta en la nuca; sólo en el cuarto de planchar, en aquél cuarto que había hecho suyo, la llevaba libre hasta la cintura, con aquel ojo en el extremo..., y una vez que estaba detrás suyo aguantándome la risa por mi ocurrencia, me preguntó como si me hubiese visto con la cola de su mechón: "¿Soy tan fea?".

Rosa me daba un poco de miedo.

Pero siempre me sorprendía: tenía un extraño modo de caminar con sus piernas gordas y torpes, y en lo más inesperado se me presentaba, ¡de blanco!, como una aparición. No se quedaba a dormir en casa, fue una de sus condiciones. Una vez me confesó que vivía en una chabola bajo el puente del río que pasaba no muy lejos; al principio nunca supe cuándo creerle, hasta que pude comprobar que era una mujer sincera. Aquella condición de no dormir en nuestra casa sólo la incumplió dos noches: aquella vez que el ejército dió "el golpe".

Estábamos comiendo. Faltaba el padre, y nos preocupamos por él; oíamos tiros de la parte de arriba, del cuartel, y pronto nos dimos cuenta de que Rosa tenía otras cualidades además de las que ya le conocíamos: "Esto es asunto mío, conozco los golpes, he visto tantos; ustedes... "musies", extranjeros, no tienen experiencia en estas cosas"... Y comenzó a cerrar puertas y ventanas con todo tipo de trastos...

¡Ahí viene padre!, y nos tranquilizamos.

Pero Rosa coge al "jefe" por su cuenta en una esquina del patio, en secreto, como si fuese un asunto entre los dos... y aún así oímos que decía:

"Jefe, Rosa Chacón sabe lo que viene, y me va usted a perdonar, pero déjeme hacer a mí, usted escuche por la radio esa "música de golpe" que tanto le gusta, y nos cuenta qué dice el gobierno... ¡y qué dicen los otros, los revolucionarios!... eso queda para usted; yo me ocupo del resto, por favor, y quédese tranquilo"...

Mi padre, "el jefe", se avino a lo que le dijo Rosa; encendió la radio y oímos Beethoven, ¡no me lo podía creer!... pero mientras cenábamos padre veía, como nosotros, todo el trajín de Rosa: además de cerrarlo todo comenzó a subir cajas de cerveza desde la sala de billar contigua y a condenar con ellas las ventanas ya cerradas que daban a la calle; la mujer sudaba en su trabajo y nos hacía señas de que no hiciéramos ruido; cuando vació la taberna del juego de billar y llenó nuestra casa, ordenó secamente:

"Ahora, por favor, no se me asomen a las ventanas ni a la puerta de ninguna manera, los tiros pueden venir por ahí; por otra parte, a cualquiera que llame, ¡ni caso! Aunque sea el mismo vecino, ¡en estas ocasiones nunca se sabe quién es el enemigo!, no hablen, la radio más baja"... le miró a padre, ¡y él asintió!... yo estaba sorprendida, madre callaba... "bueno, ya me voy, y ustedes tranquilos, regreso enseguida"...

"¡A dónde!", exclamó mi padre, poniéndose en pie.

"Eso es asunto mío"...

¡Y se fue!... Nos dejó encerrados; primero cerró la puerta de arriba, de la que padre también tenía llave, y como estábamos atentos escuchando, oímos que cerraba

también la puerta de abajo, "clic-clac", el "ruido de aquella cerradura de llave grande.

Por si fuera poco, padre bajó y echó la tranca a la enorme puerta.

Y así nos quedamos cerrados por fuera, esperando qué pudiera pasar; bajamos aún más el volumen de la radio, las calles estaban vacías, no oíamos ruidos de carros, ¡qué silencio tan pesado!, algunos tiros, quizá del Cuartel de San Carlos que estaba más arriba, o quizá en la misma Presidencia de Miraflores... Mientras tanto, el discreto murmullo de la música de Beethoven, Bach y Brahms y los continuos comunicados "Reina absoluta normalidad en toda la nación, el poder está en manos del ejército, todos los cuarteles están bajo control"... indicaban que el golpe estaba en marcha, y así lo corroboraba la música clásica, "de golpe", en aquel ambiente de calma... Madre tenía las manos siempre ocupadas, haciendo un sueter para alguien; mi hermano, olvidando su eterna indiferencia, se acurrucaba bajo la mesa al lado de madre; yo, mientras hacía mis deberes escolares, observaba a mi padre que oía música de Semana Santa en su sillón; me acordé de una frase que oí a Rosa en cierta ocasión: padre había puesto un disco de ópera en el salón, como siempre, y Rosa huyó al cuartito de la plancha diciendo "El jefe ya soltó las gallinas"... y conectó cumbias y merengues en la radio para sentirse en su mundo...

En esto me acordé del reloj. Siempre he tenido buen oído, pero en aquella tensión no oía sino aquel duro silencio, y de vez en cuando los tiros que perforaban aquella débil techumbre, los acelerones de los camiones que hacían temblar los cristales, una bomba estalló no muy lejos... "¡para entrar en alguna casa, quizá!" (explicación de mi padre o de mi madre..., no sé por qué lo dijo) y en el momento que miré al reloj oí el "tic-tac" del corazón metálico del tiempo! No sabíamos qué era lo que pasaba, nuestras únicas referencias eran el silencio y los ruidos de guerra que nos aterrorizaban... Y comencé a preocuparme por lo que pudiera suceder a Rosa en las calles de Caracas...

Le pregunté quedamente a madre adónde había ido Rosa, y me respondió que volvería enseñada..., ¡Rosa me era desconocida en su comportamiento de aquel día!...

¿Quién era esta mujer?

Realmente no la conocíamos, y sin que nos diéramos cuenta se hizo la dueña de la casa. Llamaba "jefe" a padre y cumplía sus órdenes rápidamente; también las de madre, sin protestar y de buena gana; pero hacía muchas cosas por su cuenta y dignamente; no fumaba cuando había visitas, pero abría la puertecilla del cuarto de planchar que daba a la terraza y fumaba unos pequeños puros, y cuando se le quedaban pequeños, se metía la "candela" en la boca y los fumaba con los labios cerrados... Yo ocupaba mi esquina en aquel cuarto en busca de paz, y muchas veces me quedaba mirándola mientras trabajaba bajo la luz de la ventana; no sé cómo lo hacía, pero casi siempre adivinaba mi pensamiento con una mirada; en ocasiones reía, también se ponía seria, pero dejaba al descubierto lo que yo estaba pensando; no era una niña, tenía casi diez años, pero aún me daba miedo; por otro lado la quería, ¡y a su lado me sentía totalmente protegida!... Iba a la escuela caminando puesto que estaba a cuatro o cinco cuadras; padre siempre me hacía recomendaciones: "vete siempre directamente, entendido?, no te detengas, no mires a nadie, y si alguien te dice algo no le hagas caso, tú sigue"... Mi hermano era libre como un pájaro, pero yo no era varón... Aunque no lo entendía totalmente, un ciego terror me hizo comprender aquella obsesión que padre tenía por mí.

Sucedió que en el camino que va de la esquina de Santa Bárbara al colegio de monjas de la esquina de Balconcito se detuvo un coche a mi lado: "muchachita"... me dijo; yo ni caso, ni miré, cumplí bien las órdenes de padre, y el coche a la misma velocidad que yo, siempre a mi lado... ¡qué pavor!, no podía acelerar mi paso... mis piernas eran de madera..., "acércate, nena"... miré sin querer y ví los enormes ojos sanguinolentos de un hombre calvo, y empujada repentinamente por el miedo eché a correr hasta el colegio. Sólo conté lo sucedido a Yolanda, una compañera que vivía cerca de nosotros, pero no le dió importancia. Al terminar las clases, ¡qué larga mañana!, tuve el cuidado de vigilar desde la puerta... ¡allí estaba el coche rojo, esperándome!... Entré de nuevo en la escuela y cuando le conté a la monja lo que sucedía, llamó a casa por teléfono; me dijo que me quedara a comer, que vendrían a recogerme por la tarde. Así, tras pasar una angustiada tarde, ¡vino a buscarme Rosa Chacón!..., qué alegría al darle mi primer beso... No había ningún coche rojo, y tampoco apareció en el camino... En el corto recorrido hasta la casa Rosa me sometió a un estrecho interrogatorio: se lo conté todo. En cuanto llegué a casa madre también me preguntó, yo temía la reacción de padre... y no me preguntó nada, seguramente para no asustarme más, pues estuvo más cariñoso que nunca conmigo en la cena y al acostarme. Me dí cuenta de que en aquel ambiente flotaba un secreto entre los tres... Y a esta sospecha se sumaron palabras que oí: madre dijo "vicioso", padre dijo "loco", Rosa dijo "mal de ojo". Yo no sabía a qué se referían concretamente estas palabras. Madre me quitó el escapulario de oro: La Virgen del Carmen y el Corazón de Jesús, y también los pendientes. Se decidió que en adelante iría y volvería de la escuela con Rosa. A la mañana siguiente apareció un amuleto en la mano de Rosa: una mano negra con un cordón morado colgando; a mi madre no le gustó y me puso el escapulario de paño. Antes de salir, en la escalera, Rosa me puso la palma sobre la frente y su cálida mano (en ocasiones así era siempre cálida la mano de Rosa) como un obispo y cerrando los ojos me dijo: "Que Dios la bendiga, m'hija". Me ordenó que fuese por delante, como siempre, y que no mirara atrás, porque podía ir bien segura de que ella, Rosa Chacón, me protegía. Yo hubiese ido más tranquila si hubiese llevado mi mano en la suya, pero obedecí, y llegué a la escuela sin que apareciese el coche grande. Y así pasaron otros tres días: en inútiles temores. Incluso me preocupó qué pensaría Rosa de mis miedos, me preguntaba una y otra vez por el color del coche, y yo le respondía la verdad: rojo o granate, y madre le enseñó dos ovillos de aquellos colores... Ibamos cuesta arriba el cuarto día, guardando la distancia una de otra, y se me acerca... el coche rojo grande que venía en mi mismo sentido, lo ví con el rabillo del ojo... y el hombre me dijo algo, ¡no sé qué!... y de repente me fascinó la irrupción de un largo y fornido brazo: golpeaba con una barra de hierro la chapa y los cristales del auto... y al mismo tiempo gritaba: "viejo sinvergüenza"... "¡ahorita te denuncio a la policía por la matrícula!"... ¡todo fue cosa de un instante!... El calvo apretó el acelerador y pudo huir gracias a que en la cuesta había poco tráfico, por que si no Rosa acaba con él... sacó la barra, según me dijo, de la manga de su chaqueta... ¡Parecía un hombre!... Rosa acogió mi mano en el seno de la suya y llegamos a la escuela mientras rezaba una larga serie de juramentos; me dejó allí y al despedirse me puso otra vez su mano en la frente: "Dios me la bendiga, m'hija, y la Virgen".

Mentaba a menudo la Virgen.

"Luego regreso a buscarla... No se angustie... Nunca más aparecerá ese maldito cocoliso".

Vi alejarse torpemente sobre dos piernas zambas aquella mujer morena callada y hosca y a la vez dulce, leal y solidaria.

Todavía ahorita siento amor, aunque no esté aquí, por la persona que por nosotros se arriesgó a bajar a la calle en pleno golpe y todavía no ha vuelto... aquí está padre oyendo la radio, preocupado, como siempre, pues hace dos horas que Rosa salió con la bolsa verde y blanca que usa para los mandados; mi hermano se había quedado dormido bajo la mesa mientras ojeaba unos cómics, y le pregunto a madre que trabaja silenciosamente a dónde ha ido Rosa y cuándo volverá... "Vendrá pronto"... responde, pero no está tranquila... conozco la calma despierta de madre...

Mis dos hermanas pequeñas están dormidas.

Mientras estoy en esto... me pareció que llamaron a la puerta, y avisé a padre... Bajó aún más el volumen...; madre hilaba mecánicamente, pensando quién sabe qué; pero aun así pronto se unieron nuestras miradas, ¡atentas!, fue mi hermano el primero que se movió, llegó hasta la puerta medio dormido pensando en las aventuras que acababa de leer; yo me moría por ver a Rosa, tenía plena confianza en que volvería tras cumplir con su deber...

Sí, había alguien en la puerta de abajo; pero no era la llamada anunciada por Rosa; mi padre se acercó hasta la puerta donde estaba mi hermano, sin abrirla; la puerta de abajo había quedado trancada y Rosa no podría abrirla, seguro que era su llamada: padre abrió la de arriba, sin hacer ruido... las escaleras aparecían vacías, se oyeron otros dos nuevos y discretos golpes abajo; eran tres los convenidos por Rosa, dos series de tres; "¿se le habrá olvidado?" dijo padre, "o habrá perdido la llave... ¡o se la han quitado!"... le dije que no, que no era posible que a Rosa le sucediera eso, ¡que no abriera!, a decir verdad, ¡yo temblaba pensando en la venganza del calvo del coche rojo! ¡Era él!... Rogué que no abriesen, y madre, tan digna y tan serena como siempre, dijo sin dejar de tejer: "no abras, no es Rosa".

Pero además de los golpes oí una voz, ¡una voz de hombre en la puerta!... se lo dije a padre... ¡qué miedo!... y mi padre preguntó quién es; oyó la respuesta que venía de la calle y bajó las escaleras tranquilamente ante nuestro estupor... subió enseguida diciendo que era Camilo el gallego, el dueño de los billares, que iba a abrirle... No teníamos la llave de abajo, pero padre sabía abrir la puerta aprovechando la holgura que quedaba cuando se le quitaba la tranca, y así lo hizo; Camilo estaba asustado, y en cuanto entró padre trancó de nuevo la puerta, subieron y le ofreció una cerveza. Según Camilo, los extranjeros estábamos más expuestos que los propios del lugar, y al darle la cerveza padre se disculpó, le explicó que era Rosa quien había subido las cajas de cerveza para taponar las ventanas; Camilo asentía, era él quien le había dado permiso para hacerlo... por nosotros, no por ella... Padre le preguntó por qué, por qué no le hacía el favor a una mujer tan buena como Rosa...

No sabía por qué, pero argumentó que era la propia Rosa quien le miraba mal, "ya sabe usted, cosas de indios", y que en cierta ocasión le llamó "musiú del carrizo" sin ninguna razón...

En esto oímos dos series de tres golpes, ¡Rosa!, y padre baja por las escaleras, quita la tranca y la vemos entrar, sube por las escaleras balanceándose como una chalupa con el capazo de compras vacío; y muy seria, ha trabajado tan a conciencia como siempre, esta vez la besamos, pensábamos que la habría detenido alguna patrulla militar, ah, qué bueno que haya vuelto, y Rosa también sonríe... hasta que ve a Camilo detrás nuestro... entonces frunce el ceño, se niega a dejar la bolsa, ¡no quiere!, la bolsa que cuelga vacía de su brazo caído... Entra calladamente en la cocina sin saludar al gallego que ha venido a visitarnos ¡y cierra la puerta tras ella! Madre deja su labor, el sueter azul con las agujas y va tras ella, llama y entra... y Rosa vuelve a aparecer, lanza una fea mirada a Camilo y cierra la puerta de nuevo, esta vez suavemente. Camilo ha terminado su cerveza, padre le ofrece otra, pero no, se levanta.

"¡Eh!" le dice mi padre... que no salga, que se quede con nosotros, por uno más no es enredo, que se quede hasta el día siguiente.

Ahora sale madre de la cocina, cierra la puerta, se sienta sin decir nada, continúa con la labor, y dice claramente para que lo oigamos todos: "Rosa ha venido muy cansada"...

"Me voy" dice Camilo. "tengo que hacer abajo, casi se me olvida"... y se va dándonos las gracias...

Sospechamos algo, pero ni mi hermano ni mi padre ni yo entendemos nada, y al ver nuestras caras Camilo explica antes de desaparecer escaleras abajo:

"Si me necesitan estaré abajo... buenas noches"...

Padre va tras él, yo estoy enfadada con Camilo, ¡no ha dicho nada bueno de Rosa! Padre vuelve tras cerrar la puerta de abajo, diciendo que ha sido el propio Camilo quien ha querido marcharse, que han quedado como amigos... Pero mi madre se interesa por Rosa, y ahora salen las dos de la cocina, Rosa con la bolsa en la mano, sube a la mesa frente a los cuatro como si fuese a dar el parte oficial de su viaje, y dice:

"Ese Camilo es un chivato; me lo dijo mi sobrino, que está en el cuartel, ¡y él sí sabe!, cuanto más lejos esté de uno, mejor... no hablo murmuraciones, estoy diciendo la verdad, ese hombre es un peligro en esta casa, y si se ha ido mejor, así no nos contagiara"...

La escuchábamos boquiabiertos.

..."Ahora vamos a lo nuestro, esto es lo que importa"... y sacando un pistolón del fondo de la bolsa, explica:

"Este para el jefe: pa usted, jefe" y padre se queda más blanco que el papel cuando Rosa le pone el pistolón en la mano...

Se oyen dos tiros, cerca..., y Rosa saca ¡otro pistolón! y dice:

"Este pa mi"...

Este fue el final de nuestra tensa espera, ¡y nosotros preocupados por Rosa!

"¿Qué voy a hacer yo con esto?" pregunta padre en cuanto se le han vuelto los colores, mi padre era una persona que nunca había cogido un arma, "¿de dónde ha sacado estos cañones?", medio riéndose, la única manera de superar aquél susto.

"Vengo del Cuartel San Carlos; mi sobrino está allá, es sargento, él me las ha dado; él sabe muy bien por qué y para qué están estas armas aquí; no se preocupen, tal y como

están las cosas en cualquier momento comenzarán los robos y los asaltos... ¡el calvoso del coche rojo puede estar esperando una ocasión como esta para vengarse!..."

Rosa se arrepiente de haberlo dicho, ha visto mi espanto en cuanto me ha mirado, e inmediatamente dice a padre:

"Pero quédese tranquilo, ahora podemos defendernos... Todos los venezolanos tenemos algo en la mano con qué defendernos, estamos acostumbrados a los golpes... Perdonen, pero como ustedes son extranjeros, yo soy la responsable de esta operación; acuéstense todos ahorita, que es tarde; usted, jefe, tenga cuidado, ¡la pistola está cargada!, téngala en la mesa de noche; yo me apostaré en las escaleras...; necesitaríamos otras cajas para trancar mejor la puerta de abajo, porque la han abierto ustedes sin mi llave, ¿ah?... Pero a ese chivato yo no le pido nada, no señor"...

Y se fue al cuarto de planchar...

Padre ha decidido quedarse oyendo la radio..., con la pistola cerca, para no ofender a Rosa...; los demás, a la cama... "Si pasara algo, que no pasará... no hagan caso de las sirenas y de los tiros, no son asunto nuestro... ¡venga a dormir!"... padre nos empuja hacia las habitaciones.

Tras ponerme el pijama he querido ver qué hace Rosa... se ha colocado en la mitad de las escaleras que dan a la puerta principal, una cobija amarilla a la espalda, con su larga y delgada coleta que le llega hasta la cintura, la pistola a mano, está encendiendo una vela... Silenciosamente, descalza, me acerco... aprovechando el ruido que mete un camión al acelerar en la cuesta, me detengo a sus espaldas y veo las dos estampas que ha colocado junto a la pared: una es de José Gregorio Hernández, un médico que toda Venezuela venera como santo y que la Iglesia acaba de proclamarlo Beato, y la otra de la Virgen de Coromoto, alumbradas ahora por la vela.

Cuando ha colocado la vela, sin volverse, no lo necesita porque el ojo que tiene en la punta de su coleta, ¡lo sé!, me está mirando, me dice: "acuéstese, está cansada, mi niña, pronto se dormirá... (yo callaba, ella seguía)... No nos sucederá ningún mal, mi sobrino lo sabe, y de todas formas aquí está Rosa Chacón para defender a toda su familia, con la ayuda de los santos, y si no fuera suficiente, ayudarán las pistolas"...

2

Yo estaba en mi rincón de siempre leyendo un libro de Hadas, deseando que el Príncipe recuperara su figura normal, pues un embrujo lo había convertido en sapo... y en esta intriga, y entonces, mientras continuaba planchando la camisa de padre, como si hablara para sí misma Rosa Chacón dijo:

"Creo que ustedes se volverán a su tierra"...

Bajé corriendo hasta donde estaba mi madre y se lo pregunté; se dió cuenta de mi ansiedad, y sin mirarme ¡otra vez!, sin dejar su tarea, me dijo que padre estaba pensando enviarnos primeramente a mi hermano Tasio y a mí al País Vasco... y que enseguida nos volveríamos a juntar todos, por supuesto. El modo suave y tranquilo de decírmelo no consiguió sosegar la impresión que me produjeron las palabras de Rosa, quizá fuese una vieja marca india la que daba aquel poder a las palabras de Rosa, quién sabe, pero siempre era aquella primera impresión lo que más se acercaba a la verdad...

Por eso se ganó Rosa toda mi confianza, a pesar de que nunca podía evitar una cierta desconfianza que me producía aquella impresión, y además, ¿por qué las cosas que iban a tener importancia para mí tomaban a Rosa como intermediaria?

¿Qué era lo que había detrás de esta inesperada decisión de mis padres?

¡Una niña también piensa!...

Mi mente de casi diez años me daba a entender que mi padre no estaba a gusto aquí; sospechaba que todos los días acudía a la fuente de su memoria, o no sé si es una razón que oí a mi abuela...; estaba claro que no vivía, como mi madre, enteramente aquí; incluso el trabajo que estaba obligado a hacer como inmigrante era en tierra, siendo marino; y aunque las dos veces que cambiamos de casa trabajó puliendo maderas y pintando paredes, no lo hizo como madre, para hacerlas más acogedoras, sino para protegerlas del frecuente, ¡demasiado frecuente! ataque de los insectos tropicales, para desinfectar incluso nuestra vida íntima. madre, en cambio, acometía las incomodidades del traslado llena de ilusión, y siendo alegre como era y de buena mano, comenzaba a hacer planes: "Aquí hace falta una cortina", le dijo una vez a padre delante mío, ¡y he visto en la mueblería un sillón muy cómodo para que oigas las óperas de la noche"... Mi padre decía que no, que no merecía tanto gasto para tan poco tiempo... Hacía años que vivíamos en Venezuela, pero vivíamos en esa provisionalidad que crea el deseo de volver. Como todos los exiliados, creo yo. Nunca nos sentíamos de ninguna parte... bueno, sí, de nuestra tierra, de aquella que había quedado en el otro mundo. Los recuerdos de la familia y del pueblo fueron ajándose en las fotografías, en un álbum que yo visitaba de vez en cuando, especialmente en aquella foto en que yo aparecía feliz en brazos de mi padre. No sé de qué se nutría la añoranza para tener tanta fuerza... ¡pero lo hacía!... Recuerdo... los domingos a la mañana padre nos llevaba de la mano a Tasio y a mí a un bar donde se reunían los vascos, y allí hacían proyectos con la ayuda de espumosas cervezas mientras mi hermano y yo compartíamos un platillo de aceitunas despreocupadamente. Yo, desde luego, más despreocupadamente que mi hermano, que era año y medio mayor.

Lo que más me gustaba de estas reuniones era que padre volvía más alegre después de estas charlas. Era por esto que me gustaba tanto la salida de los domingos... Y en la víspera del gran viaje me acordé, dolorosamente, que esta aventura nuestra estaba inscrita en los planes que padre hacía con Pello el carpintero y con Sergio Irazu, aquel que amaba tanto a los perros, y que yo no podía echar a perder esa pizca de felicidad con mis temores ¡y con los de Rosa!... Una mañana de domingo fuimos a la playa, madre insistió para que Rosa viniera a conocer el mar que nunca había visto, pero Rosa dijo que nunca había querido verlo; al principio pensé que aquella hija de los Andes no temía a lo desconocido, era muy valiente; pero el miedo que le producía el mar era muy marcado, ¡quién sabe por qué!, fue entonces cuando oí que le decía a madre: "Misialantxa, estos niños están demasiado jojosos pa ese viaje... sobre todo sabiendo que el espacio entre este mundo y el viejo está lleno de agua, ¡de agua!, "misia"!

Le parecía normal que el mundo estuviera lleno de tierra y de montañas, ¡pero de agua!...

Pasaron los días con esta preocupación... y cada uno por su lado, mis padres comenzaron a hablar de los preparativos y a enseñarnos fotos de la familia; padre, sobre todo, quería que memorizáramos bien los rostros y los nombres de los abuelos y de nuestras tres tías, para que una vez llegados no se nos hicieran totalmente extraños, y madre nos ejercitaba en lo mismo con su madre (su padre había muerto siendo ella niña) y con su hermana. Yo me esforcé en reconocer las caras y en aprenderme los nombres de memoria; ¡mi hermano no hacía caso!, y cuando lo hacía era para reírse, de este, porque era demasiado gordo, de aquel, porque siendo cojo aparecía con gran desparramo apoyándose en un bastón; y claro, los trajes le parecían viejos y ridículos.

En esto también opinaba Rosa:

"Tengan en cuenta que tienen dos familias diferentes; yo también las tengo, y no pueden verse unos a otros...; en el caso de ustedes, tienen dos abuelas, y deben aprender quién es de parte del padre y quién de parte de la madre"... Madre estaba en el salón cuando Rosa nos dijo esto, y me acuerdo como si lo estuviese viendo que comentó con una sonrisa que era sólo para Rosa: "¿Dos familias?... ¡Dos bandos!"...

Se me quedó grabado.

¡No sería nada bueno confundirse de abuela!

Por otro lado, me dí perfecta cuenta de que mis padres estaban preocupados por mí, no por Tasio; padre me dijo que haríamos un viaje muy bonito desde Puerto Cabello hasta Barcelona; que íbamos recomendados al capitán, amigo suyo porque habían hecho los estudios juntos... No entendía, en cambio, por qué nos mandaban solos a los dos; siempre habíamos viajado toda la familia, sin separarnos; ¡las cosas que pensé!... incluso que nosotros podíamos ser un obstáculo para los planes de nuestros padres... ¡una niña también piensa!... y en un momento de desánimo me eché a llorar y les dije que yo no quería hacer aquel viaje. Mi padre era muy suave, era más sensible y débil que mi madre en estos casos, pero esta vez fue muy duro conmigo, me extrañó su determinación: el viaje estaba decidido, los papeles en orden y todo atado con el capitán. Argumenté, ¡el miedo me daba ánimos!, que tenía pánico al mar... al viaje, a las personas que no conocía, ¡que todo me espantaba!... "No te marearás, porque las hijas de los capitanes no se marean"... me dijo padre, con lágrimas en los ojos, dolido por mi ansiedad. "Al venir

de Francia; tampoco te mareaste, ¿recuerdas?, y ahora que eres mayor mucho menos... ¿No es verdad?

Le dije que aquel viaje lo habíamos hecho juntos.

No me respondió.

Y fui yo quien se quedó dolida, por hacer callar a padre.

"Dáte cuenta –comentó al fin– que los que encuentres allí, mi padre, mi madre y mis hermanas, son tu familia, te quieren; y por el lado de madre la abuela Mercedes, que mirará por tus ojos, te dará todos los caprichos; la tía Maritxu, lo mismo, y además ya las conoces a todas por las fotografías"... Padre no se daba cuenta de que, aunque tenía razón, todas aquellas personas de las fotografías eran extrañas para mí, como personajes de película, y que yo temía a lo desconocido... Era un hombre inteligente y no me puso a mi hermano como ejemplo, sabía que Tasio se amoldaba a todo, ¡demasiado fácilmente!, y que yo era más sentimental, más temerosa...

Nunca descubrí a mi padre las reflexiones de Rosa y de madre.

"Además", añadió, "será cosa de unos pocos meses, ¡pronto estaremos con vosotros allí!"

Que me perdone, pero nunca se lo creí.

Mi madre, por facilitarme las cosas para el viaje, me cortó el pelo. ¡Pero yo amaba mi pelo! También en este caso, como en otros muchos, fue Rosa quien me hizo pensar cosas raras; no me lo contaba todo para no herirme, lo sabía, pero a fin de cuentas todas sus maniobras se convertían en algo terrible, esta vez le pareció un sinsentido que me cortaran el pelo, ¡y cuando lo dijo empecé a verme cada vez más fea en el espejo! También me hablaba del miedo que le tenía al agua una y otra vez: "¡Tantos días y noches enteras, siempre a oscuras y en el mar, pobrecitos!"...

Francamente, estaba cargando con un gran peso a mis pocos años. Pero aun había más... Continuaban dándonos consejos como los consuelos que se dan a un condenado a muerte, y el día en que llegaron los billetes y los pasaportes, me acuerdo perfectamente de lo que padre nos dijo (¿por qué?) sobre el valor de los papeles: que los cuidásemos, ¡no podíamos perderlos!, escribió con mucho cuidado y hermosa letra en una página de aquel libro sagrado en primer lugar nuestra dirección, a continuación las direcciones y los teléfonos de sus padres y hermanas mientras nos hablaba sobre la educación, sobre el comportamiento que esperaba de nosotros, sobre el respeto que debíamos mostrar ante todos los miembros de la familia; y especialmente a Tasio le recomendó que cuidara de mí, la hermana pequeña... ¡por favor!

Mi hermano asintió, muy serio.

Salimos dos días después.

Rosa no dejó que la abrazara en la despedida, puso la cálida palma de su mano sobre mi frente y dijo como siempre: "Que Dios la bendiga, m'hija". Y subió a la azotea.

Me costaba despedirme de mis hermanas pequeñas, no entendían nada, mejor.

No bajaron con nosotros.

No fuimos al puerto de La Guayra que tanto conocíamos, sino al más lejano de Puerto Cabello; se me hizo muy lejos con las curvas del camino ¡y el calor!, por fin llegamos, y desde lo alto del camino pudimos ver el "Buena Esperanza" anclado en medio de la bahía; luego, al verlo de cerca, me pareció enorme y pensé que aquel barco

nunca podría hundirse, a pesar de lo que creyera Rosa... porque también me habló de ello... y en esto... padre decidió que nos despediríamos como las personas mayores, que nadie llorara. Los padres subieron a bordo con nosotros, padre nos presentó al capitán, y el capitán comentó que podían estar tranquilos por sus hijos, pues había decidido ponerlos bajo la custodia del director de la orquesta, un hombre serio, que estaba de acuerdo... y... "aquí está", y nos presentó a los cuatro aquel respetable señor diciendo las cosas que en estas ocasiones suelen decirse el capitán pidió a madre que le acompañara con los niños, quería enseñarnos los camarotes... allí vamos todos hacia el interior, ¡hacía mucho calor dentro del barco, seguramente por las calderas!, el primer camarote que vimos fue el mío, iba a ir en completa garantía con dos hermanas de Bermeo, y mi hermano iría con los músicos, todos ellos personas serias y formales.

Yo me pregunté, ¿por qué Tasio con los músicos?

Pero fue así, y tan pronto como el capitán comenzó a dar las últimas órdenes mis padres abandonaron el buque. Había mucha gente en el muelle, ví cómo bajaban por la pasarela. Tasio estaba a mi lado, sentí una dolorosa punzada en mi interior; me costaba retener las lágrimas... retiraron la pasarela y los motores aumentaron de ritmo, y cuando sonaron las largas y graves sirenas del barco sentí de nuevo aquel dolor que iba a quedármeme para siempre como marca de mi sensibilidad a los momentos difíciles, y fue introduciéndome lenta y profundamente: la separación física iba aumentando, era una sima lo que nos separaba... mi última referencia era el vestido de motas azules de mi madre que no quería perder de vista... mantuve aquel punto hasta que los ojos comenzaron a dolerme, hasta que desapareció entre la gente que estaba en el muelle.

Lloré mucho; al fin, cuando padre ya no podía verme, estallé, no sé cuánto lloré, hasta que me dí cuenta de que estaba sola...

¡Entonces me asusté de no tener a Tasio a mi lado!

Bajé al camarote y me encerré dentro con los golpes de la máquina; pero al poco entraron las dos hermanas que volvían a Bermeo, mayores, y entre las dos me obligaron a chupar un enorme y amargo caramelo contra el mareo. Tomaron toda clase de remedios, hicieron venir al médico, tomaron no sé cuántas inyecciones, extendieron un insoportable olor a enfermería. La noche se me hizo muy larga y tan pronto como se filtraron las primeras luces del día huí de aquel camarote de tortura.

Mi hermano hizo todo lo contrario de lo que le ordenó padre.

Nunca tuve su compañía, de vez en cuando le veía de lejos, pero no me atrevía, a mis diez años, a unirme a él; miraba a los jugadores de cartas siempre al lado del director de la orquesta, y los músicos parecían contentos con él, ¡le mandaban a por las bebidas! En una ocasión el capitán nos convidó a su mesa; esta fue la única vez que comí con Tasio, y entonces me dijo que donde más le gustaba estar era en la cocina, allí comía cuanto quería. Cuando mis compañeras comían en el camarote ¡cuando lo hacían, pues la mayoría de los días estaban mareadas! yo no podía tragar nada, aquella mezcla de olor a vómitos, alcohol, pomada para los juanetes y varillas de los corsés de ballena me era insoportable.

Por fin hicimos una escala, no se dónde, pero el capitán nos conminó gravemente a que no bajásemos al muelle.

Yo, por supuesto, no bajé; al ver el buque vacío comencé a buscar a mi hermano, no lo encontré y me puse nerviosa... pregunté por el jefe de la orquesta, pero había bajado. ¡Me asusté! y bajé a la cocina que tanto había alabado Tasio, pensando que estaría allí, pero me dijeron que 'Tasio', ¡sabían su nombre como si fuera de la familia!... había bajado a tierra. Me quedé esperando a que volviera, y cuando lo hizo venía loco de alegría... Le dije que se lo contaría a padre en la primera carta; Mauricio, el jefe de la orquesta, me dijo que le había pedido permiso al capitán.

Se me hizo muy largo el viaje, fueron muchos días, ¡veintiséis!...

Me acordaba de Rosa, sobre todo cuando la mar se enfurecía, las gigantescas olas batían contra nuestros camarotes y me parecía que el agua que resbalaba por la claraboya se reía de mí; pero al día siguiente pensaba que sería una broma de la propia Rosa, pues nadie comentaba nada sobre la marejada de anoche. Los pasajeros se divertían y no se preocupaban del mar. Las excepciones éramos las dos hermanas y, naturalmente, yo misma; organizaban juegos, daban películas, y por la noche música y baile; la orquesta tocaba bien, le hubiese gustado a Rosa oír aquellas cumbias y merengues. Me permitían quedarme a oír la música, y allí veía a mi hermano como uno más de la banda, siempre con ellos... mientras, mis cuidadoras no hacían más que repetirme: ¡ya es hora de acostarse!... Una noche, aun era pronto, ví sorprendida que el capitán apartaba y besaba largamente a una de las pasajeras...

¡Si padre lo hubiese visto!...

En aquel momento me quedé huérfana, sin protección, y bajé inmediatamente al camarote.

¡Por fin llegamos a Barcelona!... Fue un hermoso amanecer...

Esta nerviosa desde la víspera, ¿los reconoceré?, ¿quiénes vendrán a recogernos?, ¿serían como en las fotos?... Y mientras nos acercábamos al puerto de Barcelona, con el sol recién salido del agua, limpio el cielo, mirando al muelle principal, se me acercó Tasio y se apoyó en la barandilla junto a mí, ¡como si hubiéramos hecho el viaje juntos! Intentamos distinguir a nuestra familia desde lejos. Tasio me dijo: "No han venido; además, hasta que amarren el buque y comencemos a bajar falta mucho"... Me dolían los ojos de tanto buscar con la mirada, recordaba las fotos y trataba de identificarlos con ellas... ¡No conocí a nadie!

¿Y si no viniesen?

Tasio siempre tenía una respuesta adecuada. "Nos quedaremos en el barco hasta que lleguen a buscarnos... y si no viene nadie, ¡nos volvemos a casa!"

¡Menudo disgusto íbamos a darle a padre si volvíamos!

Amarraron el barco y Tasio me dijo: "Creo que está la abuela, con la tía"... Yo no las veía. No bajamos hasta que se vació el barco; puesto que éramos menores, era preciso que el capitán bajara con nosotros a entregarnos a nuestros familiares... No reconocí a la abuela, la foto debía ser muy anterior... y tampoco a la tía Maritxu... Ambas nos abrazaron cariñosamente, ¡fuerte!, y olían como nuestra madre..., esto me acercó a ellas, quise verlas con los ojos de madre, ¡y mostrarles el cariño que les tenía ella!... pero sus continuas preguntas me impedían decir nada; sobre todo la tía, charlatana, hermana de madre...

Yo esperaba a la abuela... ¡era Tasio quien respondía a todo rápida y adecuadamente!

me puse a imaginar qué pensaría la abuela de mí, quizá que era muda... Estaba realmente paralizada... Y la abuela me miraba con atención tras sus lentes, como buscando algo; a decir verdad sentí como si las dos estuviésemos solas, y esta desconfiada investigación me puso nerviosa, pensé que la abuela buscaba algo dentro de mí, y yo no podía mostrarlo... También yo la miraba fijamente, ¡pobrecilla! queriendo encontrar algo de madre en ella... a pesar de que tenía sus años era una bella mujer, elegante; un hermoso pelo, como mi madre, pero muy blanco, recogido en un moño; los cristales de sus gafas eran gruesos, la luz del sol los hacía aun más gruesos, pero tras ellos distinguí unos ojos azul claro...

Nos quedamos así, la abuela mirándome, y yo queriendo decir algo, ¡pero no podía!, deseando darle el beso que madre le enviaba... y en esto levantó sus gafas, me miró de cerca mientras yo esperaba su beso, y cuando iba a abrazarla... la abuela se acercó a la tía y comentó en un susurro:

"En la foto parecía que no, pero ésta también es del otro bando"...

3

Llegamos al pueblo de nuestros padres, era verano.

Dejando el invierno que allí llamábamos "las lluvias", nos avisaron que aquí encontraríamos un verano seco; sin embargo, un atardecer rojo y ventoso trajo una enorme tormenta. En cuanto oí las primeras y lejanas tronadas sentí los saltos que Adela y María daban en sus camas, y se pusieron a cantar plegarias a Santa Bárbara, en un escándalo... Acompañada de un fuerte viento, la lluvia azotaba los cristales... Al poco, cuando junto a los truenos que iban acercándose aparecieron en las ventanas las temibles llamas de los relámpagos, empujada por la curiosidad, me levanté de la cama...

"No te preocupes", me dijo la abuela Mercedes desde su cama, sin alzar la voz.

Tía Maritxu, con quien compartía cama, ni se movió. El ruido de los truenos fue alejándose y mis sentidos se llenaron de aquel fino silencio de mi abuela... me puse a repasar el día: el hermoso parque tan alabado por padre y el supuestamente siempre lleno 'Café del Parque' no eran sino una enorme taberna en un triste lugar. Sinceramente, mi entrada en aquella casa me entristeció, era un engaño, ¡una broma!... Subimos por las escaleras de madera hasta el cuarto piso y allí saludamos a Adela y María, primas de la abuela, viejecitas las dos; aunque yo creía que íbamos de visita, pues pensaba que viviríamos en el caserío 'Fontuso', subieron todo el equipaje y nos instalamos allí. La casa tenía tres huecos: en el centro, una salita que se usaba a modo de comedor, toda muy limpia, y en las fotos que reposaban sobre los muebles podía verse toda la familia, ¡numerosa!, que estaba exiliada. También estábamos Tasio y yo con los padres, ¡me dí cuenta de lo especial que era mi situación!... y dos habitaciones: la que ocupaban las viejecitas, dos camas y dos reclinatorios con un armario, y en la otra dos grandes camas, un armario y un hermoso y antiguo sillón donde se sentaba la abuela.

Este sillón era maravilloso, y pensé que se adecuaba estupendamente a la abuela.

Se me olvidaba contar que en la salita prepararon una camilla para mi hermano. El gran inconveniente de esta casa era que para ir a la cocina y al excusado había que, ¡teníamos que! cruzar un largo corredor que quedaba fuera de la casa, común a todos los vecinos, ¡lo mismo de día que de noche!, esto era lo que más me preocupaba. La cocina era grande, y desde sus ventanas podíamos ver la iglesia que sobresalía sobre los tejados; y mirando a lo lejos ¡el famoso monte Serantes!, que madre nos mostraba como una gran montaña en una postal que llevó a Caracas... Sinceramente, perdónenme, aquel monte era muy pequeño en comparación con nuestro Avila de Caracas... La fachada de la casa daba al parque, al muelle, a la "Venta" de pescado y a la estación del tren; más lejos quedaban Portugaleta por un lado y al otro lado del río Algorta y Las Arenas...

Todo esto ahora, aquí, no eran mas que inútiles recuerdos caraqueños, ¡que tía Maritxu nos presentaba, con su énfasis, como si fuesen de nuestra propiedad!

A pesar de que a mí me hablaba poco.

Aquí hace diez años nació una niña que la exiliaron en brazos de su madre teniendo cuatro.

Me dormí entre estos amargos pensamientos, tranquilizada por la lejanía de los truenos y el pausado ritmo de la respiración de la abuela... y sin poner ninguna atención oía al otro lado de la pared ¡me imaginaba!, el insomnio que los truenos ya apagados habían dejado en las dos viejas tías...

Estas dos viejecitas fueron las intermediarias ante el genio vivo y ligeramente seco de mi abuela; las utilicé como utilizaba a Rosa en Caracas; sobre todo a Adela. Adela y María, más que creyentes, eran beatas, santurronas.

Al menos así las veía yo.

Adela iba a misa todos los días; a la vuelta hacía las compras y traía todas las noticias de la calle, María planchaba para fuera, era el sustento de las dos.

Las dos nos acogieron con mucho cariño; nos trataban como a dos huérfanos, sobre todo a mí.

Tasio era dos años mayor que yo, y siendo extrovertido como era, hizo amigos rápidamente.

Permaneció poco tiempo con nosotras.

Al día siguiente de nuestra llegada la abuela nos llevó a visitar a dos familiares por parte de madre que se habían quedado pasada la guerra: Agus, la hermana de la abuela, y Anas, su marido. Vivían cerca: en el segundo piso de una casa a la que se llegaba rodeando la nuestra. Subimos por una estrecha escalera de madera gastada por el uso y por los frotos de estropajo, un quejido a cada paso, y allí estaban los dos viejos, pequeñitos, como si ellos también estuvieran gastados por el trabajo, saludándonos entre lágrimas; esa casa se me quedó fijada para siempre por un olor a pescado y a jaula de pájaros. En nuestra tierra, por lo visto, todo era viejo, las casas y las personas. Como si la guerra lo hubiese puesto en salmuera. Agus y Anas, ¡siempre Agustina en primer lugar! no tuvieron hijos, y el mismo día de nuestra visita el marido, loco de contento, se llevó a Tasio a la Venta del muelle, pues era el encargado; era allí donde se rebelaba contra la opresión matrimonial; al cabo de dos días mi hermano se nos fue a vivir con estos dos viejitos.

Anas le dijo delante de nosotros, muy serio: "Aquí las horas de comida y de retirada son sagradas"... ¡como si le iba a hacer caso! Allí encontró mi hermano la libertad que hasta entonces no tuvo, al cabo de tres semanas era el cabecilla de un grupito gracias a los trucos que aprendió a hacer con las cartas en el barco, ¡era un rayo!, pronto supe que era un héroe entre los muchachos.

A medida que se sucedían las presentaciones se me iba haciendo más difícil asociar las fotos que me habían enseñado en Caracas con las personas que iba conociendo, no se parecían en nada, eran demasiados. En las presentaciones yo no era yo, sino "la hija de Arantxa". Y cuando fuimos a Bilbao a visitar a la familia de mi padre, me presentaron como "la hija de Enrique"; allí no nos llevó la abuela Mercedes, nos mandó con la tía Maritxu, y me sorprendió encontrarme con otro tipo de gente: de los que habíamos visto en las fotografías, era el abuelo por parte de padre quien mayor parecido tenía, y no creo que fuera, como Tasio decía, desdeñoso, por el bastón, sino porque tenían una misma sonrisa en los labios; el abuelo fue muy cariñoso con nosotros..., y lo que más me impresionó fue que mientras me hablaba me dijo que me parecía a mi padre (¡no, precisamente, a la otra familia!... de todas formas, no dijo que fuese "de nuestro

bando")... y cuando dijo que me parecía a su hijo casi se le saltó el aparato dental, ¡estaba feliz!, y me dió un poco de pena, no había visto tanta alegría hasta entonces... Allí estaba la tía Maritxu, mensajera del otro bando, callada; estaba obligada a mostrar una sonrisa de complacencia, pero yo me dí cuenta que era forzada... La abuela tenía un hermoso rostro, como padre, y dulce sonrisa; ligeramente encorvada de cintura, un problema de columna, y manos de largos y delicados dedos, con uñas bien cortadas y cuidadas... Fue cariñosa con nosotros, por supuesto; pero era el abuelo quien más hablaba y reía, vestido con elegancia; luego, cada vez que lo ví, siempre, ya fuese en casa o en la calle, iba muy atildado, cubriendo su calva con un peinado que llevaba de un lado a otro los pocos pelos que le quedaban.

Tenían la casa caprichosamente decorada, con muebles caros, cuidada por una de mis tres tías, Ambrosia, saltaba a la vista que era ella quien mandaba en la casa.

En aquella primera visita nos hicieron un sinfín de preguntas sobre nuestros padres; sobre todo sobre padre, su hijo, lógicamente, y se extrañaron mucho al oír que pronto llegarían ellos también a nuestra tierra... ¡Aquella sorpresa que ví en el rostro de mi abuelo!, y la abuela se volvió hacia la mesa como si repentinamente se hubiese acordado de algún trabajo pendiente, pero en la mesa no había nada, y se le quedaron las manos pegadas al mármol, como si se hubiese sentido mal.

¡Yo me dí cuenta!... Se dió cuenta ella también, y viniendo a mí rápidamente me preguntó por mis estudios...

Pronto terminó aquella visita.

¡Yo estaba preocupada!

Escribía a mis padres, lo hacía a menudo ¡en lugar de Tasio!, sin comentarles estas preocupaciones, sé que temían nuestra reacción..., no quería añadirles una nueva inquietud, a pesar de que todos mis sentidos estaban alerta... Era un poco pronto para tener secretos, ¡pero se me iban acumulando!... Yo les escribía con frecuencia, como he dicho, y ellos también escribían... En cuanto veía una carta de correo aéreo se me nublaba la vista. También en las cartas había diferencias: padre enviaba las cartas a mi nombre y no podía abrirlas inmediatamente; las llevaba conmigo entre grandes cuidados, era suficiente que la carta aun cerrada estuviera conmigo para que me sintiera feliz, no tenía ninguna prisa por leer el escrito; antes bien, siempre procuraba alargar esta íntima dulzura. Cuando la tía Adela (también la abuela, aunque era bastante más discreta en estas ocasiones) comenzaba a preguntarme: "¿Qué cuenta?", me sentía obligada a leer la carta..., pero nunca enteramente... no me gustaba leer las cartas de mi padre a nadie; me daba consejos, y además, no sé por qué, aquellas cartas me parecían secretas, pactos que sólo sabíamos él y yo... Mi madre utilizaba otro método, le escribía directamente a la abuela, y al final ponía unas palabras para nosotros. Las cartas de madre las solía leer Adela. La abuela lo hacía pocas veces, porque tenía la vista mal.

Ya he dicho que los cristales de sus gafas eran muy gruesos.

Hacía cuatro semanas que habíamos llegado; la abuela dió mi nombre para que en setiembre comenzase en el colegio de las Hijas de la Cruz, y fue la abuela precisamente quien comentó la boda del tío José; y dijo, además, que el uniforme lo haríamos más tarde... dando a entender (¡allí nadie hablaba claro!) que yo también iría a la boda...

Dos días más tarde, estando las dos solas en el cuarto, me habló cara a cara sobre el nuevo viaje.

Me dijo que teníamos que ir a Francia, y que prefería que no se lo contase a nadie. No obstante, ¡sin querer! se le escapó algo sobre la boda y aquel viaje clandestino a Francia... De repente ví el peligro como si me hubiese iluminado un rayo... ¡cuando los abuelos, los padres de mi padre, intercambiaron aquella dura mirada de desaprobación! A tía Maritxu se le sonrojaron las mejillas. Recuerdo que el abuelo, alejándose de mí, dijo en voz alta, enojado: "¡Qué locura! ¡La frontera está cerrada!..."

Y finalmente: "¡Otra locura de esa familia!"... y marcando puntos con su bastón en aquel suelo resplandeciente... 'tac-tac'... abandonó la sala.

A la noche me atreví a preguntar a la abuela cuándo íbamos a arreglar los papeles para el viaje. No me dió ninguna explicación, ¡ya, ya!, sólo me dijo: "Yo me ocupo de eso, no te apures"... Pero nuevamente sentí en mi interior un vacío doloroso, como si estuviese perdida ante un misterioso puzzle... La abuela era muy callada, lo sabía, y conmigo más... ¡No la conocía!...

En mi desorientación encontré el camino de tía Adela.

Necesitaba la intermediaria que en Caracas suponía Rosa, y la encontré en Adela.

Adela, la tía de madre, fue quien me dijo la verdad sobre el caserío 'Fontuso': "Fontuso era el caserío de la familia de mi madre, ¡y todavía lo es!, pero como con la entrada de los franquistas debieron huír abandonándolo todo, en aquella orgía de victoria robaron las casas, y también nuestro caserío; en semejante espanto alguien se preocupó de salvar algunos muebles, un piano y una pintura: una hermana de la abuela, Marina, entró a vivir en 'Fontuso' con una familia numerosa"... Y me dijo quedamente: "Y como seis de los siete hijos de la abuela, todos excepto Maritxu, están desparramados en el exilio por Europa y América, como tu madre, y puesto que la abuela Mercedes pasa poco tiempo en el pueblo, mejor así"... La familia de la tía Marina terminó con los muebles que quedaban...; me dijo que todo había quedado destruído, y esto me quitó las ganas de visitar el caserío; preferí guardar en el recuerdo las fotografías que madre me había enseñado...

Un día después de comer, ví que la abuela Mercedes hacía la maleta.

La tía Maritxu le alcanzaba las ropas, pero era ella la que hacía la maleta; viendo a la abuela aprendí el arte de hacer maletas... Su difunto marido era motrikoarra, capitán, salió con él muchas veces antes de que una embolia lo baldara, sobre todo a Londres, se veía que tenía costumbre... Las hacía maravillosamente, todo bien plegado, todo bien calculado... Dejaba a un lado muchas de las piezas que le pasaba su hija, sólo metía lo imprescindible.

Al terminar ordenó a tía Maritxu que hiciera la suya. Todo el trabajo se hizo en silencio. Yo observaba. Finalmente, la abuela llenó su bolso de mano con los útiles de viaje. Como luego pude comprobar, esta bolsa no la soltaba de su mano. Introdujo en ella algunas cosas mías; también dos sobres de tela con medias negras, pues las usaba muy finas. En el último momento me dijo, ¡ya era hora!, que teníamos que salir a comprar unas alpargatas rojas, "que sean cómodas" dijo dos veces, "que no te hagan daño".

Salimos, compramos las alpargatas.

Al día siguiente marchó tía Maritxu con su maleta; se alejó diciéndome un "hasta luego".

Más tarde, en la cocina, no podía permanecer callada, pregunté a tía Adela a dónde había ido Maritxu. "A la boda", me dijo. Me quedé sin habla, preocupada; ¿acaso la abuela no iba a llevarme?...; ví que estaba en el cuarto, tan tranquila como siempre, y por la noche yo me acosté la primera (ahora sin Maritxu), la abuela apagó la luz, y de cama a cama me dijo estas palabras en la oscuridad:

"Debemos partir mañana, ¿no te hacen daño las alpargatas, verdad?, tenemos que andar mucho, hasta mañana"...

¡No podía dormir!

No había visto a Tasio, éste no sabía nada del viaje, no había recibido carta de mi padre... yo les había advertido en la última que íbamos de boda.

Durante toda la noche tuve ante mí la mirada que el abuelo había cruzado con la abuela, como un gran ojo, mientras el pausado respirar de la abuela llenaba de paz la habitación.

Me levanté muy tarde, crucé el corredor a toda velocidad y entré en la cocina. Adela se había levantado ya, y le pregunté un montón de cosas a la vez, temerosa de que apareciera la abuela... no me aclaró nada; la única cosa que supe fue que la abuela hacía estos viajes frecuentemente; que se reunía con sus hijos y sus nietos al otro lado de la frontera... Y que allí la solía esperar 'El Negro'...

¡Yo nunca había oído nada sobre este negro de nuestra familia!

Me quedé callada, esperando a la abuela.

No desayuné... La abuela ni me pidió el pasaporte, aquel pasaporte que mi padre tanto valoraba; lo tenía guardado en una bolsita que me había hecho madre... Fui a la habitación y saqué la foto enmarcada en la que estábamos toda la familia en Caracas...

(En cuanto llegamos a Santurce, al acostarme, puse esta fotografía sobre la mesilla de noche, y se me humedecieron los ojos; la abuela estaba sentada en su hermoso sillón. Al día siguiente faltaba la foto, abrí el cajón de un tirón y estaba allí, boca abajo; no me atrevía a volverla a poner sobre la mesilla; la puse boca arriba y la dejé en el cajón... hasta que la volví a coger... y no sé por qué, pues esta era por ahora mi casa...)

Estaba preocupada por el pasaporte; miré bien, a ver si la abuela lo había sellado para algún lugar sin avisarme..., pero no, el último sello era el que nos pusieron en Barcelona...

¡Hacía un mes!

Ese día comimos antes que de costumbre. Yo no pude tragar nada. Adela y Maria decían a la abuela que diera recuerdos a todos, muchos recuerdos a todos, de parte de las dos, y Adela le alargó un regalo para el tío, en nombre de las dos... No conocían a su mujer, por lo visto era bretona...

Vino un hombre a buscarnos; cogió las maletas y salió delante de nosotras; había un coche gris a la puerta y las metió en el maletero; la abuela y yo nos sentamos atrás, y el coche arrancó sin que nos dijéramos nada. ví por última vez a las dos primas de la abuela, pobres viejas, mirando por la ventana. Hicimos muchas horas en coche, sin detenernos; la abuela apenas hablaba al chófer, aunque eran conocidos. Siempre noté este vacío en torno a la abuela, su interior estaba vallado, ¡amurallado! Quizá no

necesitara mirar al exterior porque tenía el interior lleno de cosas, de una cosa... ¡Quién sabe dónde vivía la abuela! Hacia las cinco de la tarde llegamos a la plaza de un pequeño pueblo, y el coche se detuvo. La abuela descendió sin decir palabra y yo la seguí. El coche emprendió la marcha y ví que salía de la plaza y desaparecía tras una casa de la esquina, ¡llevándose nuestras maletas!

La abuela entró en una pequeña taberna de la plaza y se sentó en silencio, como si todo su entorno fuese mudo. Pidió café con leche a la chica que se nos acercó; trajo dos, y antes de tomar el suyo sacó un pañuelo y limpió la cucharilla.

Luego comprobé que siempre hacía eso cuando tomaba algo fuera de casa.

Siempre tenía algo nuevo, ¡imprevisible!

Puesto que vestía de negro, llevaba los mismos zapatos y medias de siempre... Me dijo: "Tenemos que esperar"... Había poca gente en la taberna, todos labradores, vestidos con blusas y boinas negras, como me había explicado mi madre.

¡No entendía nada de lo que hablaban!

Al cabo de media hora entró un joven en la taberna y dirigiéndose a la abuela le dijo: "Hola Doña Mercedes, podemos partir".

Esta vez montamos en un viejo coche amarillo, las dos atrás, como antes, y nos adentrarnos monte arriba dando botes y bandazos, ¡no sé cómo podía meterse aquel coche por los caminos de carreta!... La bajada del sol resaltaba la hermosura de las montañas... De todas formas, yo iba atenta a lo que pudiese surgir en el camino... no me fiaba del silencio del chófer a pesar de que la abuela, el cuerpo tieso y la mirada al frente, iba tranquila... ¡aparentemente!... El camino era cada vez más estrecho y abrupto, por fin vimos un caserío en un rincón. Desde que lo vimos hasta que llegamos tardamos media hora; antes nos detuvimos al fondo de un pinar y el chófer salió y se quedó esperando mirando hacia un punto, no sé por qué; la abuela miraba ahora al joven, tan callada como antes. Al llegar, el chófer bajó tranquilamente y abrió la puerta a la abuela, bajamos las dos, y tras abrir las puertas de la cuadra metió el coche alborotando a las gallinas.

Entonces le habló la abuela al joven por primera vez llamándole 'Erviti', preguntándole si cogeríamos el camino corto o el largo, y el joven respondió: "Ya veremos"...

Y comenzamos a andar.

Delante, Erviti; la abuela me ordenó caminar delante de ella, tras los pasos del hombre, y ella se colocó atrás. Hicimos un gran recorrido en silencio; primeramente a través de un bosque, en claroscuro, más adelante por caminos que parecían culebras; dejábamos uno, cogíamos otro, el guía nos conducía monte arriba entre helechales. El olor era agradable y cambiante; el vientecillo del atardecer, sur, contribuía a ello; nosotros continuábamos subiendo. La abuela me había prevenido de que no dijera nada, que no preguntara nada, que ella misma me diría lo que tenía que hacer... Pasaron las horas, no sé cuántas; sentía que los pies se me habían hinchado, no me cabían en las alpargatas rojas, tenía sed, y cuando quise orinar la abuela me adelantó, me dejó un poco atrás... hasta que nuevamente me ordenó que pasara delante... ¿Cómo podía caminar todavía tan erguida, recta como un chopo?... Allí la ví por primera vez, ¡nunca más la ví así! con el moño suelto, todo su pelo blanco al aire...; comenzaba a oscurecer... Mientras

pensaba en esto, inesperadamente, llegamos a lo alto de una extensa colina; siguiendo a nuestro guía tomamos un atajo y vislumbramos un caserío; era pequeño y estaba medio oculto tras un zarzal. Mientras bajábamos la niebla se fue adueñando de la cumbre, y al llegar al caserío nos envolvía, me costaba ver a Erviti. El guía nos mostró una puerta, tuvimos que entrar agachadas... La abuela conocía el lugar, se movía con soltura para que la imitara, así era su genio. Una joven nos ayudó a subir al primer piso por una escalera de mano, y encendió la luz. El cuarto era muy pequeño, de una sola cama; tenía un ventanuco con una mirilla ciega, y mientras la abuela lo cerraba, como en un guiño, se nos apareció la luna mostrándonos un hermoso valle. Con su sosegada y firme voz la abuela me ordenó que no me asomara, que no hiciera ruido al quitarme las alpargatas; ella se las quitó sin que las maderas se quejasen... Oía conversaciones, rumiarse de vacas, coces contra el suelo, largos meados... estábamos encima de la cuadra, tal como me lo delató el olor que me impactó al entrar..., entonces, quedamente, me dijo unas pocas palabras: estábamos en Francia, habíamos cruzado la frontera.

Lo decía por tranquilizarme, pero quizá fuese cierto, la abuela no mentía nunca; se callaba para no mentir...

Pero aunque habíamos pasado al otro lado, al día siguiente teníamos que continuar a pie, ¡con mucho cuidado! pues no teníamos los papeles para estar en aquella parte... hasta que llegáramos a donde el tío.

Yo no me atreví a preguntarle si era el negro que me habían comentado; que yo supiera no teníamos negros en la familia. En Venezuela era normal tener algún pariente negro, pero no aquí; era algo que siempre había oído decir a mi padre, lo hacía para ensalzar al País Vasco.

¡Allí ni se habló de cenar!

Me dormí enseguida, y al día siguiente nos levantamos temprano.

La abuela, ¡me habló de nuevo! dijo que no sabía cuándo saldríamos, pero que teníamos que estar preparadas, ¡listas! para cuando nos lo ordenaran, eso estaba en manos de Erviti, él conocía los recorridos de los guardias. No salimos del cuarto hasta que la mujer vino a buscarnos. Abajo nos esperaba el guía, le seguimos... ¡horas!... El iba delante, como la víspera, de vez en cuando se volvía para ver si le seguíamos; ahora era él quien llevaba la bolsa de la abuela, ¡era una prueba de confianza! La abuela salió con sus elegantes medias negras, pero se le corrieron los puntos. El sol, hasta entonces oculto entre nubes, comenzó a calentar, la abuela iba cansada, notaba su respiración fatigada; soltó el pañuelo de gasa morado que llevaba al cuello y lo llevó en la mano... Por fin comenzamos a bajar y al fondo vimos un riachuelo.

El guía se detuvo esperando a la abuela, y le dijo: "Tenía que estar aquí, hemos llegado con media hora de retraso"...

Yo hubiera tomado un café con leche, pero la abuela no pidió ni agua.

Le miré, parecía que no daba importancia al retraso. Esperamos mucho tiempo... Las nubes oscurecieron, templó el viento... y aquí viene un enorme coche ¡negro!, yo tenía pánico a los coches grandes, tenía un mal recuerdo!... Y los dos hombres que bajaron de él me produjeron mala impresión, sobre todo el más grande... gafas negras y traje con sombrero... parecía un gangster de cine... ¡y la abuela que va hacia él, hacia el moreno grande!... ¡Ojala no sea este, me decía yo, el hijo mayor de la abuela, el hermano

de madre!... Se abrazaron, y oí cómo la abuela le decía: "¡Ah, Lázaro!..." le dió un beso, "¿Cómo estáis?"... y tomándome de la mano me acercó a mi tío mientras decía: "Este es el hermano de tu madre, el tío Lázaro"...

El tío puso una de sus grandes manos sobre mi cabeza y me dió un pequeño meneo, nada más, y mientras la abuela saludaba al chófer llamado 'Pascual' estrechándole la mano, el tío sacó una mano llena de billetes y se los dió a Erviti preguntando: "Las maletas, ¿cuándo?", y el otro respondió que para entonces ya estarían en el hotel.

Subimos al coche, era realmente grande y hermoso; la abuela y yo detrás, medio ahogadas en aquel ambiente de cuero perfumado; el tío con Pascual el chófer. La abuela sacó de su bolso los zapatos nuevos, recogió mis alpargatas y me dió un peine para que arreglara mi melena; ella se cambió de medias con mucho cuidado.

Llegamos al hotel; estábamos en San Juan de Luz según me dijo la abuela, alguien tocaba el piano en el salón; entró primero el tío y dijo: "Poeta, aquí está mi madre"...

Entonces el pianista tocó "Desde Santurce a Bilbao".

Tras ducharnos y cambiarnos de ropa, puesto que las maletas estaban en la habitación, bajamos a comer aunque era un poco tarde. La abuela se sentó junto a su hijo, yo enfrente; la abuela le hablaba tan silenciosamente y con tan gran respeto le respondía su hijo, ¡'El Negro'!, que no entendí palabra.

A los postres, la abuela pidió para mí "el helado más grande que haya".

Este fue mi premio.

Luego la abuela le dijo a mi tío: "Quiero salir mañana mismo hacia Bretaña".

Y aquel negro grandote respondió:

"Sí, madre"...

4

Pasamos algunos días en San Juan de Luz.

Kattalin, la dueña del hostel, y su hija Mertxe hablaban entre sí en el dialecto local, y también algunos de los clientes; al fin la música de aquel murmullo desconocida que oí en la taberna donde tomamos café con leche el día que partimos se me hizo idioma, y me resultó más extraño aun. Pregunté a la abuela si entendía algo, y para mi sorpresa me respondió que sí, que lo entendía, ¿cómo lo había aprendido?, con su marido ¿con el abuelo Julián? y ella me decía que sí... era de Motriko, un puerto pesquero donde se hablaba euskera.

La abuela no sabía por qué en algunas partes del País Vasco se hablaba euskera y en otras no. Era así desde hacía tiempo, por lo visto; ella no conoció otra cosa...

Me extrañó que mi abuela, tan sabia, no supiera los porqués de este asunto. Por otra parte, en el hotel se hablaba también castellano además del francés, incluso en las tiendas de San Juan de Luz; la abuela no sabía mas que castellano, y cuando no la entendían siempre salía raudo algún empleado que la atendía; incluso unos hombres que tomaban el sol en una plazuela hablaban en castellano y euskera, según me dijo la abuela eran los restos del destierro que había producido la guerra...

Se me hizo un pequeño lío en la cabeza...

La abuela se dió cuenta, me explicó que estos hombres, al igual que nosotros en América, esperaban la ocasión de volver al otro lado, pero tenían miedo... ¡aun seguían allí matando a los rivales políticos!

"A tu tío Lázaro lo matarían..."

"¿Y a mi padre?"

"¡A tu padre también!..."

Después de comer, el pianista al que mi tío llamaba 'Poeta' me invitó a dar una vuelta, y salimos tras el asentimiento de madre e hijo, que seguían enfrascados en sus conversaciones en voz baja. Era un viejo que vestía muy fino, llevaba fular al cuello, tenía los dedos cuidados de artista, bigote recortado, disimulada calvicie... saltaba a la vista que era un tipo elegante. Fuimos hasta la playa bajo un espléndido sol, ¡nunca me olvidaré de aquella tarde! El Poeta hablaba sin cesar... e inesperadamente, me habló de tío Lázaro con gran misterio. Era un hombre muy importante; tenía un corazón de oro, y era un gran patriota... Yo no sabía qué quería decir eso, pero pronto lo aclaró... ¡amaba mucho al País Vasco!... Y me dijo que San Juan de Luz no era Francia, que esta tierra era también parte del País Vasco, y que pronto iba a extenderse por toda nuestra tierra "el sol de la libertad"...

Esta poesía me arrebató...

Pensé que cuando mi padre me hablaba en Caracas de "nuestra hermosa tierra" venía a expresar este mismo amor a nuestro pueblo, aunque con otras palabras...

Aunque nunca le oí nombrar a esta tierra por su nombre.

En este arrebató el Poeta me sentó en la larga barandilla que rodeaba toda la playa, a su lado, y me declamó el "Canto a la Libertad"... Reconocí una íntima emoción en

aquella voz fuerte... a mí, aunque no entendí mucho, me recorrieron las mismas corrientes por el espinazo... El Poeta (luego madre me informó que se trataba de don Adolfo Larrañaga) se dió cuenta de mi emoción... Sus ojos grises se humedecieron al ver los míos, de pura alegría, y yo, por decir algo, le hice una pregunta sin pensarla mucho... por qué no había escrito aquellos versos en la lengua del pueblo... ¡Ah, desgraciadamente no le habían enseñado la lengua del pueblo! nos habían introducido la lengua del opresor para encadenar mejor nuestra alma... ¡y que estábamos obligados a recuperarla, pues el euskera era la llave de la cárcel!... Que el pueblo vasco había comenzado a despertar al canto de su lengua... El Poeta era demasiado viejo para aprenderla, pero yo, tan joven, tenía que recuperarla...

Ibamos silenciosos hacia el hostel por las estrechas y limpias calles de San Juan de Luz, los dos en silencio... como si hubiera nacido una camaradería entre nosotros... y al llegar al hostel 'Euskalduna' me dí cuenta de repente que ya conocía el significado de esa palabra... y sentí el pequeño fuego de una nueva rebeldía en el corazón.

Muchas veces, sus hermanos llamaban 'Rebelión' a madre.

Ahora conocía el sentido de aquel apodo.

Se acercaba la fecha de la boda. Pero ahora la abuela no decía nada del viaje. El tío a veces comía con nosotros; si tenía compromisos, y era a menudo, comía aparte con ellos, y en estas ocasiones solía invitar a la abuela a tomar café en su mesa.

Yo entonces aprovechaba para huír a la sala donde tocaba el Poeta.

¡Incluso aprendí algunas canciones patrióticas en euskera!

En una de aquellas comidas la abuela le preguntó, ¡duramente! si iba a subir con nosotras a la boda. "Madre –contestó– creo que es mejor que salgáis vosotras primero, yo iré luego, si puedo, en coche". Ese mismo día se decidió nuestro viaje. Puesto que ni la abuela ni yo hablábamos francés aunque ella entendía algo, el tío propuso que Pascual el chófer nos llevaría en coche hasta Burdeos, y que allí tomásemos el tren hasta Bretaña.

En ese instante se apagó una ilusión que tenía la abuela... parecía convulsionada por un terremoto.

Salimos al día siguiente.

Al despedirse de su hijo "El Negro", el hijo mayor, la abuela estuvo un largo tiempo cuchicheando... él asentía a todo con la cabeza. Por fin la abuela se alzó de puntillas y tras darle un beso le acarició la mejilla.

Luego comprobé que no había en ello nada especial, lo hacía siempre con todos sus hijos.

De aquel viaje recuerdo las impresionantes extensiones de viñas, los interminables maizales... Pascual no entendía mi curiosidad... No era difícil entenderla... en América nosotros habíamos vivido siempre en la capital, fue el maíz lo que más me atrajo: algunos todavía verdes y tiesos como soldados alineados, otros secos y amarillentos, la cabeza perdida en la batalla o partidos en su pie... ¡como si hubieran perdido la guerra!...

"¡Como nosotros!", dije sin querer.

Aunque hizo todo el viaje sin decir palabra, en aquel instante la abuela me dirigió una penetrante mirada...

Pascual comentó que traía mucha imaginación de América.

Lo más aburrido del viaje fue el tramo que hicimos en tren (la abuela parecía una muerta junto a mí).

El tío Rosario nos esperaba en la estación.

En cuanto me abrazó se hizo dueño de mi corazón, y aun hoy lo es. Desde entonces él fue "mi tío". Nos llevó a Kerroch, y hasta que llegué a la puerta no pude recordar la casa. Había salido de ella con sólo seis años, y puesto que el tiempo transcurrido al otro lado del Atlántico me trajo nuevos y más fuertes recuerdos, sólo muy poco a poco comenzaron a volver las impresiones de aquel tiempo, ¡algunas de ellas vivas!... Estaba todo muy cambiado, quiero decir de mis recuerdos a la realidad... así me pareció. Tuve que conocer de nuevo a la familia; las fotos de Caracas no me ayudaban... eran ocho primos, todos habían crecido y cambiado; la madre, tía Libe, la mujer de tío Lázaro; don Anton el cura, hermano de Libe; el tío José, el novio, y el más joven era mi tío Gaxen... todos ellos hermanos de mi madre... Sólo faltaba Inazio, y también Maritxu, la única hermana de madre, que aun no había llegado... Tuve que pasar por las mismas angustias que me asaltaron cuando llegué de América... era demasiado difícil asociar las caras de las fotografías con las reales... Y nuevamente me abrumaron a preguntas, ¡todas a un tiempo y a grandes voces!...

Ahora no tenía la ayuda de mi hermano Tasio como en Barcelona y en Bilbao.

Ahora la abuela no me ofreció su mano.

Fueron mis primos, sobre todo los mayores, quienes más se interesaron por mí, ¡pero a distancia y maliciosamente!... sentía que sus miradas caían sobre mí desde muy alto, como una carga, ¡y tan pronto como empecé a hablar se echaron a reír! Les chocaba mi acento criollo...

Tras la larga y bulliciosa bienvenida nos llevaron a una espaciosa habitación del primer piso, tenía inodoro y ducha, una única y gran cama, por lo tanto... tendría que dormir con la abuela... sentí un escalofrío, no lo puedo negar...

El tiempo transcurrió muy rápido desde que llegamos a Kerroch hasta que se celebró la boda.

Había mucho ajeteo con los preparativos; pronto llegó también la tía Maritxu... Le pregunté por dónde había hecho el viaje, y con gran misterio me dijo ¡que venía de París!... A la abuela se le escapó un gesto de enojo, pero no dijo nada.

La persona con la que más relación tenía era la abuela Mercedes; no los primos, no los tíos... la abuela. Había tenido una vida dura. Su marido había estado un año parálítico hasta que murió; hasta que llegó la guerra había sido el hijo mayor, Lázaro, el sostén de 'Fontuso'. Pero los hijos siempre traen problemas... Yo quería conocer las razones de aquella aparente frialdad, para ayudarla... Estudié las reacciones de la abuela. Siendo poco expresiva, ¡seca!, no le gustaba ser motivo de observación. En la abuela todo parecía medido, controlado. Ni tan siquiera aquí, en medio de su numerosa familia, le veía naturalidad. Nunca tenía atenciones especiales conmigo. Sentía que me miraba como yo le miraba a ella, pero no podía desentrañar el misterio de aquellos pequeños ojos azules tras los gruesos lentes. De todas formas procuré interpretar sus gestos y movimientos, sus parcas y duras palabras, sus maliciosas sonrisas... y si antes la veía preocupada por tío Lázaro, aquí fue Maritxu la que la tuvo preocupada con su retraso...

Estas eran entonces mis inquietudes.

¡Y me las guardaba!... Sin pasárselas a América a mis padres.

El día de la boda fue soleado.

La ceremonia, humilde. El tío José era un buen mozo, el más alto de los tíos, parecía un actor de cine. Lázaro era más ancho, pero no era el más alto. Los ví una vez frente a frente; no aquí, pues Lázaro, al fin, no llegó, ni siquiera para ver a sus hijos...

No le oí ninguna queja a Libe, su mujer... La novia iba calzada con zapatos de tacón y doble suela para que le llegase al hombro al tío José, y la realzaron con un adorno de flores sobre su peinado. Me pareció muy bonita y agradable. La comida fue en un restaurante típico bretón, y allí se reunió la familia de la novia, muchos de ellos ya mayores, con las cofias correspondientes a sus lugares de origen; parecían mariposas blancas posadas sobre aquellas cabezas blancas.

Este detalle se me quedó especialmente grabado, y a la vuelta a casa la abuela Mercedes comentó: "¡Ya veremos cómo resulta la bretona ésa!"

Los primos habían comenzado el curso en setiembre.

La abuela no decía nada sobre la vuelta; comenzó a enfriar, se acortaron los días. Yo observaba con curiosidad los cambios de estación. Padre siempre me había comentado que en América eran dos, las lluvias y la sequía, ambos violentos, y que los cuatro de nuestra tierra eran diferentes, que formaban una hermosa rueda cambiante... "¡El encanto del otoño!"... Pero lo que yo veía era oscuro y triste: los cielos demasiado bajos; hacía mucho viento; los árboles habían comenzado a perder sus hojas, la hojarasca tenía ya el color del amarillo quemado...

¡Padre hubiera dicho color oro!

Un atardecer, antes de cenar, estaba en la habitación; la abuela me dijo que no volveríamos...

Había pensado inscribirme interna en el mismo colegio de monjas a donde iban mis primas; me vendría bien aprender francés. ¡Me quedé repentinamente paralizada!... Le dije: "¿Y qué dirá padre? ¿Y mi hermano?... ¡padre nos dijo que viviésemos juntos, que teníamos que ayudarnos el uno al otro hasta que regresaran ellos!"... Pero la abuela Mercedes no se apiadó de mí, me miró fijamente: "Estarás muy bien en el Colegio. Hemos escrito a Caracas, ayer salió la carta".

No pude cenar nada.

Me metí en la gran cama, junto a la abuela; en cuanto apagó la luz me vinieron a la cabeza todas las desgracias; mi padre enfadado, mi hermano abandonado, el proyecto que con tanto cuidado hizo mi familia al traste... Antes de que estallase el llanto que pugnaba por salir, me atreví a decirle: "¡No puedo dormir, tengo ganas de llorar!"... Y grandes lagrimones bajaron por mis mejillas... mi abuela me dijo dulce pero firmemente: "Rezaremos al ángel de la guarda, después te sentirás mejor, dí conmigo:

Angel de la guarda,
dulce compañía
nunca me abandones
ni de noche ni de día.
¿Si me abandonas,
qué será de mí?
Angel de la guarda,

apiádate de mí"

No me sirvió de gran ayuda la petición, pero se me quedó grabada para siempre.

No tuve tiempo de meditar sobre mi suerte. Todo sucedió muy rápido, a la semana siguiente estaba en el internado con todas las seguridades que me había dado la abuela Mercedes: que estaría a gusto, y que vendría a visitarme a menudo.

¡Pero sólo saber que no iba a salir hasta las Navidades, dos meses y medio, me desanimó!

Las cartas de Caracas llegaban con mucha regularidad. Madre las mandaba a nombre de la abuela, con largos párrafos para mí. Mi padre me las mandaba directamente, y no se las enseñaba a nadie. No sabía cuál sería la reacción de padre cuando supiera que estaba en un internado, si aprobaría los planes de la abuela. Pero en su siguiente carta me daba ánimos para aprender francés, que los idiomas eran muy importantes, que no me haría nada mal una temporada en Francia, ¡nación de gran cultura!...

Estaba en el taxi que me llevaba al internado sin poder contener mis lágrimas, al lado de la abuela, con una pequeña maleta en el regazo... Por un lado pensaba que llevaba poca ropa, y esto me preocupaba; por otro... trataba de retener el camino, a qué distancia iba a estar de la protección de la abuela... ¡Y me pareció enorme! ¡Un lugar tan aislado! Nos recibió la madre superiora, y noté que mientras hablaba con la abuela, suavemente, como si yo fuese una oveja, me empujaba hacia el interior... ¡al rebaño! ¡al redil! ¡y la abuela decía que sí a todo!... y yo sin poder decir adiós a la abuela que se alejaba... ¡me sentí secuestrada!... La directora me ordenó que la siguiera. Me pareció un lugar extraño, largos corredores, muchas puertas... Llegamos a una sala y me dieron mi nueva ropa. El uniforme era azul marino oscuro, con una blusa blanca, zapatos negros, medias azules y, lo más feo de todo... ¡un guardapolvo negro con ribetes rojos en los bolsillos y en las mangas! Mientras me vestía la directora no me quitaba ojo... pensé, asustada, que me estaba disfrazando; fue la abuela la que decidió las medidas, yo nadaba bajo aquellas oscuras ropas, ¡no podía respirar! No había espejo donde mirarse... El sombrero también era demasiado grande... Recordé haber oído a la abuela que los sombreros había que elegirlos con cuidado, "porque las cabezas también crecen". Salimos por otro largo corredor y aproveché el reflejo de una vidriera para ver cómo me quedaba todo aquello... Y por un instante pensé en los vestidos de colores que me hacía mi madre, y cómo le gustaba que los probara ante el espejo, ¡cómo gozaba con mi alegría y mis sorpresas!... En aquel mismo instante apareció una extraña figura en la vidriera, alta y amplia, ¡un espantajo!

Pero las ropas de aquel espantajo estaban bordadas con mi nombre...

Creo que tío Rosario, por orden de la abuela ("estos niños crecen de un día para otro, las ropas están caras y hay que hacerlas para varios años"...) tenía algo que ver con todo esto.

En realidad, estas ropas me duraron cuatro años.

Otra buena inversión de la abuela...

Ahora no fui yo quien entró tras la directora en la clase... Debía ser la hora del estudio, todo estaba en silencio... Me parecía que el corazón iba a salirse de un

momento a otro, que no cabía en mi cuerpo. La directora me presentó a la monja que vigilaba en la sala de estudio, miles de ojos se clavaron en mí, analizándome fríamente...

Una blanca mano me señaló una mesa y me senté. No me atrevía a mirar a mi compañera... era Marie Claire, la que luego sería mi gran amiga, pero aun no lo sabía.

Todo esto sucedió en segundos.

No me atrevía a levantar la vista y, no sé por qué, tenía la esperanza de que en aquella sala estaría alguna de mis primas, ¡esta podía ser mi salvación! Según supe luego, pensaron que me pondrían con las de mi edad, y yo era mayor que las hijas de tío Lázaro. Una hora más tarde nos dieron descanso. Me encontré rodeada por toda la clase; ¡qué calvario! todas aquellas preguntas y gestos no consiguieron más que permaneciera muda. En adelante tuve que aprender (¡me acordaba de la abuela!) a moverme con cuidado para no perderme entre toda aquella gente y en los pasillos que daban a las clases, a los vestuarios y a los dormitorios. El colegio era enorme.

¡Estaba muy asustada!

A la noche llegamos a las habitaciones... Una nueva impresión... Camas y camas en cuatro largas hileras, todas iguales, cada una con su mesilla, y sobre ella la jofaina para la limpieza de la mañana y de la noche. El servicio estaba al fondo del dormitorio. No tenía tiempo para pensar: traté de hacer todo lo que hacían las demás, siempre la última...

Guardé en el cajón de la mesilla la foto de mis padres y mis dos hermanas, la había traído de casa. Así me aseguré que al menos dos veces al día vería a mi familia con sólo abrir el cajón.

Este tiempo, como todos los demás, estaba bien medido: lavarse y a la cama. Se apagó la luz, y la monja pasó por todas las camas dando las buenas noches con agua bendita. Luego me pareció que al menos pasó media hora en el pasillo... hasta que se metió en una celda que estaba en una esquina del dormitorio. Pasé la noche en vela, tenía ganas de llorar, pero... ¿cómo hacerlo sin despertar a las demás?... Comencé a soñar con volver a casa: todos los recuerdos eran buenos, y volvían a mí los que hasta entonces se me habían perdido, incluso nimiedades sin ninguna importancia; pensaba en todo lo que debía escribir, en todo lo que deseaba, y también en lo que deseaba que me respondieran.

Nos hicieron levantarnos de noche. Miré en el reloj que me habían comprado antes de venir: ¡las siete y media y noche cerrada! ¡Hacía tiempo que el sol calentaba en Caracas!... ¡en medio de un cielo azul!...

Nos dirigimos silenciosas al desayuno, y al bajar al comedor se me cerró la garganta... Eramos muchas, casi quinientas me dijeron, pero no se oía nada, ¡silencio total! Las mesas eran de ocho, cada una su cajón, su servilleta y un paquete de galletas. yo me quedé muda cuando pasó la monja y me dejó una patata en medio del plato... (luego, a los meses, supe que a esta patata se le llamaba 'en robe de chambre', la hervían con piel y todo, estábamos justo saliendo de la guerra mundial)... También aquí me interesó lo que hacían las demás: con gran destreza, utilizando cuchillo y tenedor, desnudaron la patata y la partieron en cuatro; le añadieron mantequilla... pero mi patata se quedó enterita en medio del plato sin que la desnudara... y así hasta que llegó el pan... todo lo que yo dejaba se lo comía la gorda de Michelle que tenía delante, ella me libraba de los castigos... a mí me era suficiente con soñar el chocolate que tomaba en Caracas, y

el zumo de naranja, y la dulce 'arepa' que nos preparaba Rosa Chacón, y el vaso de leche que nos imponía mi padre...

La abuela me visitó al domingo siguiente.

Sólo había pasado tres días en el internado, pero se me hizo muy largo. Le dije que no podía hablar con nadie. ¡No veía a mis primas ni en el recreo! Y tras soltar estos dos achazos me eché a llorar, y así continué durante todo el paseo... La abuela no respondió como yo esperaba. Yo necesitaba el consuelo de su cariño... pensé que iba a darme un gran abrazo... que me acariciaría el pelo...

¡Me equivoqué una vez más!

Sacó un pañuelo de su bolso, tan bien planchado como de costumbre, y me dijo: "No llores más, toma y sécate las lágrimas... ¡cuando menos lo esperes te levantarás de la cama hablando francés!" Me pareció una crueldad... Nos despedimos del mismo modo, no me dió tiempo a ablandarla...

¡Comenzaba a conocer a mi abuela!

No le gustaban las situaciones que no podía controlar, y huía de ellas.

Los estudios eran soporíferos.

Hasta que pasaron quince días no me explicaron, señalando a la pizarra y a mi cuaderno, que debía copiar lo que la monja había escrito. Empecé con mucha ilusión, quería hacer bien las cosas... pero antes de que terminara la primera línea ¡la monja borraba la pizarra! y decidí copiar tranquilamente del cuaderno de mi compañera... Por otro lado, no veía ningún interés de las compañeras hacia mí. Me pareció tremendo, me dí cuenta de que había entrado en un largo período de silencio y soledad; no sabía cuándo una sonrisa era de simpatía o de burla... era terrible... Al principio, algunas compañeras se quedaban conmigo, curiosas, y hoy, al pensar sobre este período creo que yo entonces debía tener una expresión extraña, pues al cabo de un rato me dejaban sola... Tampoco podía participar en sus juegos, no los conocía... Me acuerdo que al cabo de dos meses, un poco antes de Navidad, se me acercó una de mis primas, y me dijo: "¡Tienes que hacer algo, tienes que decir algo, tus compañeras creen que eres sordomuda!"

¡Qué iba a decir, si no me salía nada!

Seguramente Marie Claire andaba a mi alrededor, pero yo no la sentía.

Esperaba el reparto del correo, esperaba la visita de la abuela, estos eran los motivos que me ayudaban a vivir. Sabía cuándo había carta para mí: un sobre de correo aéreo se destacaba entre todas. Me las daban abiertas, como ordenaba el reglamento interno; pero no entiendo por qué, allí nadie sabía castellano. Me la entregaba la monja, y en lugar de leerla inmediatamente, la guardaba en el bolsillo y la acariciaba durante todo el día, no la leía hasta que se hacía el silencio en la sala de estudio. Y entonces, mientras la leía, oía la voz de mi padre, como si fuese él quien la estuviese leyendo... ¡a mi lado! Las cartas de padre tenían ese gran poder. Acortaban la distancia que nos separaba. Estaban llenas de preguntas, y respondía a todas las preguntas que le hacía yo. Eran extensas y minuciosas.

Además de esto, en todas ellas renovaba la promesa de que volverían pronto; mi padre estaba obsesionado por ese sueño, y dejaba traslucir su deseo en las cartas, y los proyectos que tenía.

El primer año lo pasé contando los días que quedaban para vacaciones, y los días se me hacían largos, interminables. El segundo año me hubiera quedado a gusto en el Colegio... No me gustaban los paseos domingueros con la abuela. Me decía que sólo eran tres kilómetros, pero eran muy largos. Odiaba caminar bajo la lluvia, odiaba el frío; mi abuela no tomaba en cuenta la climatología; ella siempre caminaba tiesa con su abrigo de cuello de astracán y su mantilla negra.

Era francamente dura.

Llegaron las Navidades, y con ellas las tan deseadas vacaciones.

Eso significaba volver a casa, a donde la abuela y toda la familia.

Ahora la casa de Kerroch me pareció hermosa. Todo lo encontré más amplio, más agradable. Y aunque encontré el jardín más triste que cuando lo dejé en otoño, me interesó. Y en estas vacaciones empecé a conocer al tío Rosario.

Se había casado con una bretona y vivían en Quimperlé con su hija Miren y su suegra. Pero venía todos los días a trabajar a Kerroch: Tío Rosario cuidaba los casi cuatro mil perales y manzanos que su hermano Lázaro tenía aquí, y también se ocupaba de las hortalizas que hacían falta en casa. Venía a visitarme de vez en cuando al internado con la abuela, pero en estas vacaciones de Navidad lo conocí más profundamente, era un hombre inteligente, humilde, ¡y hábil!, tenía todas las cualidades que yo admiraba.

Llegaba temprano en bicicleta, y no volvía a su casa hasta el anochecer.

Mis primas se levantaban tarde. La abuela, como siempre, lo hacía temprano, y cuando desde la ventana veía a su hijo trabajando me preguntaba si no quería bajar a ayudar al tío: a aprender a escardar... "Mientras le ayudes siempre aprenderás algo, tu tío sabe mucho"... Era cierto. Y como también era dicharachero, solía estar a gusto con él, oyendo sus historias. Pero a veces pasaba mucho frío, y si me quejaba me ordenaba que diera varias vueltas corriendo. Parecía que el tío estuviese por encima de las temperaturas. Cuando hacía mucho frío se frotaba las manos, alzaba los hombros hasta casi ocultar su cabeza, parecía que se le reducía... se movía un poco, y continuaba trabajando.

Era amante de la naturaleza, gozaba con lo que hacía, se le veía feliz.

Me extrañó, pero tío Lázaro no apareció en casa en aquellas Navidades.

¡Y sus hijos lo esperaban!

Dijeron que estaba muy atareado, pero que vendría pronto; esto era lo que decían sus hijos, oído a su madre, seguramente. La abuela tampoco decía nada sobre esto, pero la notaba más preocupada que de costumbre. Veía muy lejana la fecha de volver al internado, pero los días pasaron tan rápido que cuando llegó el momento me puse a llorar y los hipos no me dejaban decir palabra. Era volver al silencio, a la disciplina y al anonimato... A la Gran Soledad. Incluso le dije a la abuela: "¿Cuándo volveremos?"... Y la abuela Mercedes con su estilo enérgico y frío: "Tienes que terminar el curso, tienes que mejorar, tienes que aprender bien el francés"... y esto fué lo que más me dolió: "tus padres están muy lejos, están sacrificándose mucho para darte una educación, tienes que comprenderlo"...

Con este argumento, callada y con los ojos ya secos, volví al internado.

A la vuelta de estas vacaciones comencé a darme cuenta de muchos detalles del internado y a estimarlos: todavía se me hacía cuesta arriba, la disciplina era dura, todavía no tenía una amiga... ¡Hasta que descubrí cuán cerca tenía a Marie Claire!... Los paseos que teníamos los miércoles a la tarde me habían parecido un castigo, pero ahora los hacía con agrado. Me gustaba la función religiosa de las tardes. La capilla tenía forma de L; en el ala larga nos sentábamos las alumnas, frente al altar; las monjas solían estar en el ala corta, con el coro, y cuando cantaban gregoriano, puesto que no veíamos a las monjas, pensábamos que era una música que bajaba del cielo.

No adelanté mucho en los estudios, pero ya copiaba con más rapidez. La monja de nuestra clase me mostraba la misma sonrisa de antes, pero me parecía que las entendía mejor. Estudiaba detenidamente las miradas, y por las miradas deduje quién podría ser amiga mía, Marie Claire estaba a mi lado. De todas formas el tiempo transcurría lento, muy lento. Al acostarme miraba la foto de familia, y al apagarse la luz procuraba retener en mi mente los rostros de la foto, y el sueño siempre me atrapaba camino de casa. A menudo me preguntaba: ¿por qué nos habrán alejado de casa a mi hermano y a mí? Nunca pude encontrar una respuesta válida... Creo que pasaron unos cinco o seis meses hasta que pude hilvanar algunas palabras. Se lo escribí a mi padre y se puso muy contento, recibí carta felicitándome y diciéndome que en adelante aprendería más aprisa, y que pronto hablaría ¡como una francesa! Les escribí inmediatamente: "¿Pero cuándo volvéis?". Entonces la respuesta de padre fue más extensa que otras veces. Tenían que arreglar algunos asuntos, pero tenían ultimado el plan de vuelta. Las cartas de padre eran optimistas, lo notaba contento, todo estaba saliendo según lo previsto.

Aquel invierno fue muy frío.

Nadie se quejaba, pero a mí me salieron sabañones en las piernas, en las orejas y en las manos. No lo notaba dentro del internado, pero en cuanto salíamos al patio sentía escalofríos. ¡No, francamente no me gustaba el invierno!, ni el cielo bajo y gris; el viento fino me daba miedo y todo me hacía añorar el sol de Caracas.

Cuando le contaba todo esto a padre siempre recibía la misma respuesta: nada tan hermoso como las cuatro estaciones, le parecía muy monótono la alternancia lluvia-sol del trópico. Decidí que era inútil contarle mis penas, pues él siempre veía el lado positivo de las cosas.

Recuerdo que en unas vacaciones de Semana Santa salimos de casa para el oficio religioso de las tres. La puntualidad era una norma de la abuela Mercedes, y nunca se retrasaba, pero esta vez salimos con un poco de retraso y en la cuesta de la iglesia dijo: "creo que hoy no llegamos"... Al instante el reloj de la iglesia dió las tres. Y la abuela me ordenó: "Arrodíllate, besa el suelo tres veces"... No sabía qué hacer. El agua de la lluvia venía pendiente abajo como un río... Pensé en el bonito abrigo verde que me acababan de regalar, pero mi abuela estaba allí quieta, esperando que me arrodillara... Miré alrededor, la gente venía a la iglesia, como nosotras... ¡no lo podían creer!... Yo estaba arrodillada, besé rápidamente el agua y la tierra, y al levantarme mi bonito abrigo verde estaba empapado... Pensé que puesto que se nos había hecho tarde nos volveríamos a casa, pero... seguí a la abuela hasta la iglesia, entramos, oímos la interminable función hasta el último adiós y volvimos a casa bajo lluvia y truenos...

Estábamos a mitad de trimestre.

Una noche sentí un fuerte calor y me puse a sudar. Me asusté. Mal temple y sudor, pensé que estaba enferma y sólo el pensar que me llevarían a la enfermería me llenaba de espanto. Comencé a rezar la oración de la abuela... ¡fue inútil!... Desperté a la que dormía a mi lado y se fue a avisar a la monja. Me tocó la frente y me llevó a la enfermería; me dió una pastilla, luego se quedó sentada junto a mi cama. Intentaba mantener los ojos abiertos... ¡pero lo veía todo en una neblina! Me puse a temblar. El médico llegó a primera hora de la mañana; pronto me dí cuenta de que no tenía nada bueno. Hablaron entre ellos, me pusieron en una silla de ruedas y me llevaron por los pasillos... hasta que llegamos a una pequeña sala blanca.

Pasó mucho tiempo hasta que empecé a notar alguna mejoría.

Algo me había invadido el cuerpo. Las monjas acudían a visitarme, pero no reconocía a nadie. No me daba cuenta de su entrada hasta que las tenía junto a la cama... ¡apariciones de ángeles alados! Según me dijeron luego, estaba en la zona de clausura. No sabía si estaba cerca o lejos del internado, pero no oía los gritos del recreo. Me dijeron que habían avisado a casa. Vino la abuela, y pensé, claro, que venía a buscarme. Me dijo que estaba pasando la escarlatina... ¡Me acordé de padre!... Nos había cuidado tanto, no habíamos pasado ni una de las enfermedades infantiles... En cuanto oía de alguna epidemia nos ponía en fila a los cuatro y nos palpaba la garganta y según la teníamos nos quedábamos encerrados en casa. ¡Sin escuela, por supuesto! En esto mi padre era especial... La abuela me dijo que no podía llevarme a casa, que había niños pequeños, los hijos de Lázaro y Libe, ¡y era contagioso! Fueron unos días largos, muy largos.

Pero allí conocí a la monja que más tarde sería mi tutora, una mujer muy inteligente y sensible, mirada dulce, movimientos pausados y manos pequeñas y ágiles; me visitaba a menudo, y una de las veces me trajo un diccionario de bolsillo, tenía dibujos ilustrativos, y me entretenía mientras aprendía palabras. En la enfermería también leí una pequeña biografía de Van Gogh con poco texto y muchas ilustraciones.

Estuve tres semanas sin ir a las clases.

Casi empezaba a acostumbrarme cuando un domingo, al terminar la visita, la abuela, como si no tuviera importancia, me dijo que... "iban a bajar" a San Juan de Luz, a ver a tío Lázaro; por tanto, no iba a poder venir a verme algunas semanas, pero que en su lugar vendría el tío Rosario. La abuela no daba explicaciones nunca, pero me dí cuenta de que algo le preocupaba. Su manera de decirlo, su voz. Su último consejo fue "sácale provecho al tiempo".

Podía ser una larga separación, me asusté; pero por otro lado pensé que no me abandonaría aquí.

¡Me asaltó otra preocupación!

Llegaron las vacaciones de verano y la ceremonia de fin de curso. Era un gran evento. Acudían todos los padres, se representaba una obra y se daba un concierto, todo en la Aula Magna, engalanada. Y por último se entregaban los premios, los diplomas, las cintas, las medallas. Aquel año venía la Superiora de la Orden, que no lo hacía sino una vez cada diez años, y el acto adquirió mayor importancia. También vino la abuela. Me acerqué a ella y me dijo que había hablado con la encargada del curso, y ya que mi primer año de escolarización había sido incompleto no me iban a dar notas, sino unas

apreciaciones, y con aquella mirada traviesa que a veces se le escapaba, añadió: "¡Tú también subirás a la tribuna muy pronto!... ¡Quizá el año que viene!"

Como tantas otras cosas que decía mi abuela, me pareció imposible.

Durante el segundo curso conocí a Jean François.

Desde algunas aulas del colegio se veía un prado salpicado de manzanos. Hasta entonces no había estado en las aulas que daban a esta parte, pero sí había oído hablar de Jean François. La primera vez que lo ví iba montado en un enorme caballo, y en contra de lo que se comentaba no me pareció ni elegante ni guapo, me pareció muy pequeño en comparación a su caballo. Jean François había crecido con parte del internado. Había sido un raspa, de pequeño, cuando no había monjas a la vista, les enseñaba el pito a las chicas... Esta había sido la diversión de aquel triste lugar, el chico lo repetía una y otra vez, y las chicas reían... hasta que el muchacho creció. Las monjas se dieron cuenta... Pero Jean François aún seguía siendo el Príncipe Azul de las chicas de diez a quince años, y se conformaban ahora con suspirar por verle pasar montado en su caballo y con la visera calada hasta los ojos al otro lado del muro que separaba el Colegio del prado.

En la misma época me hice amiga de Marie Claire.

Mi compañera de mesa se convirtió con el tiempo en mi mejor amiga. Se llamaba Marie Claire Cloarec, tenía una hermana gemela en el mismo curso; nos llevábamos tan bien que su hermana comentaba que las auténticas gemelas éramos nosotras dos. En una visita que sus padres le hicieron antes de las vacaciones de verano me llamaron a la sala de visitas, y delante de la Madre Superiora, Mme. Cloarec me dijo que les gustaría, si mi abuela lo permitía, que fuera con ellos a Concarneau a pasar una semana.

¡Concarneau era un pueblecito de pescadores, allí cerca!

Esta idea me hizo una gran ilusión, y hasta que llegó la abuela se me hizo eterno. Era Marie Claire la que organizaba todo: iríamos con su padre a pasar dos o tres días en la mar, era patrón, y podríamos conocer toda la costa de Bretaña, bajando en los puertos y conociendo los pueblos... ¡el barco era muy bueno, tenía todas las comodidades!

Al domingo siguiente le pregunté a la abuela si podía ir. La respuesta fue breve y directa, como si ya la tuviera preparada... "No podemos aceptar esa invitación porque no estamos en nuestra casa, y una invitación así se corresponde con otra".

No le dije nada, tuvo que darse cuenta de que sufría.

No era una niña, pronto iba a cumplir dieciséis años...

Quiso consolarme diciendo que podíamos ir un día para volver a la noche. Alguno de mis tíos nos llevaría (a las dos) de mañana y nos traería a la noche.

Pasaron otros dos cursos.

Progresaba rápidamente en francés. Según decía la madre Marie Lucie, lo estaba consiguiendo gracias a mis lecturas. Sabía cuánto leía, era ella la que me proporcionaba los libros. Hice otras amigas junto a Marie Claire y, aun dentro de su rígida disciplina, empecé a cogerle cierto gusto al internado.

Pero tenía nuevos problemas.

Mi padre comenzó a devolverme las cartas que yo le enviaba con apuntes y marcas sobre mis faltas de ortografía. Había aprendido francés y estaba olvidando el castellano... Seguí abriendo cada noche el cajón de mi mesilla, y colocando las nuevas cartas sobre las

anteriores. Todas las noches hacía mi viaje hasta Caracas, pero empezaban a nublárseme muchas cosas... Una noche, habían apagado ya la luz y los pensamientos me llevaban a mi familia, me desperté repentinamente... ¡quería recordar el rostro de mi padre y no podía!... ¡llegado a un punto no me acordaba más, no lo conocía, no se parecía!... Me levanté, tomé la fotografía y fuí corriendo al servicio, encendí la luz y entre llantos e hipos intenté comprender por qué se me estaba borrando el rostro de mi padre... ¡No me olvido de ellos, me decía a mí misma, tengo que tranquilizarme!... Es el tiempo, casi cinco años... Escribía a padre contándole las angustias que estaba pasando. Me contestó enseguida diciendo que habían decidido volver a últimos del siguiente curso. Pensé que me lo decía para consolarme...

De todas formas, pensé, aquí hay algo nuevo: señalan una fecha.

Me pareció el mejor regalo desde que había vuelto.

Ni en tercero ni en cuarto conseguí la meta que la abuela me había propuesto: subir al estrado.

¡No era fácil!

Ahora el tiempo corría más rápido. Tan rápido que muchas veces no tenía tiempo para hacer mi viaje nocturno. Tenía preocupaciones, angustias... Mi objetivo eran las notas. Me hizo falta todo este tiempo para conocer las reglas de las ursulinas: la responsabilidad de cada una, el orden y la disciplina estaban en primer lugar; vivir y estudiar en el internado era un privilegio y no podíamos decepcionar a nuestros padres. Vigilaban de cerca nuestras relaciones; podíamos tener una amiga de juegos y recreos, pero no podíamos acercarnos a ella en las horas de estudio, mucho menos en el dormitorio...

A partir del segundo año las camas no eran corridas, estaban separadas por mamparas. No había medio de comunicarse de cama a cama. La única salida era el corredor... siempre vigilado por una monja. En cierta ocasión me acuerdo que una "nueva" se asustó y se metió en la cama de una compañera, tuvo que soportar un largo interrogatorio hasta que se aclaró el asunto. Si las respuestas no eran satisfactorias la monja se llevaba a la alumna a la enfermería, y al día siguiente ya no aparecía. No eran muy frecuentes las expulsiones, pero cuando las había se decidían rápidamente, casi ni nos enterábamos del motivo. Las monjas podían ensuciar mi amistad con Marie Claire, y me preocupaba.

La abuela estaba contenta de mi trabajo, pero decía que en las notas que me daban (llegaban a casa por correo, y Don Anton el cura, el cuñado de tío Lázaro, las interpretaba al pie de la letra) siempre llegaba un apunte: "¡Puede mejorar!"

Me dolía cada vez que la abuela me hablaba de ello, porque me recordaba que mis padres estaban lejos, que se estaban sacrificando por mí, y que tenía que intentar hacerlo mejor. Pero, ciertamente, yo no podía dar más. En lo referente a lengua francesa, estaba preparando un trabajo de fin de curso con la ayuda de la Mère Marie Lucie, era el último año que tenía con esta monja, y me había dado a elegir entre Gide y Maupassant, y al final me dijo que tenía que olvidarlos al escribir, ¡estaba copiando su estilo!

Llegó el fin del cuarto curso, acababa de cumplir dieciséis años. No era la primera de clase, pero estaba entre las cuatro primeras. Era seguro que tampoco este año tendría opción a subir al estrado. Pero sucedió algo que vino en mi ayuda: la mejor en redacción

se puso enferma. Yo había hecho un bonito trabajo, y aunque me pillaron una falta de ortografía, la Mère Marie Lucie lo leyó en clase ¡y les recriminó que se dejasen arrebatarse el premio de francés por una extranjera! Todavía tenía que presentar otro trabajo, pero había posibilidades.

Llegó la ceremonia.

No veía a la abuela por ningún lado; quizá estuviese entre los padres, nosotras estábamos en las primeras filas...

Sólo al oír mi nombre estuve segura de que tenía que subir al estrado: había ganado en francés, y en el cómputo general en inglés y comportamiento. Cuando recibí el diploma y la banda, en medio de los aplausos, en la tribuna, con el saludo de la Reverenda, enrojecí de un pudor que cada vez lo sentía más mío... se me nubló la vista, y sólo al volver hacia mi puesto me atreví a mirar al frente... ¡allí estaba mi abuela Mercedes, en pie, las gafas subidas a la frente como un aviador, aplaudiendo mientras se secaba las lágrimas!

Desde que me lo anunció mi padre hasta que llegaron los cuatro el tiempo se me fue volando.

Parece que tendría que ser al contrario, pues el nerviosismo de la espera siempre hace que el tiempo se alargue; pero yo me había entregado de lleno a mejorar mis notas, y empecé a vislumbrar señales ciertas en el viaje que todas las noches hacía a mi familia... No tenía aun fecha fija, es cierto, pero todas las cartas llegaban con detalles sobre los preparativos, eran sobre todo las cartas de padre lo que más ilusión me hacía: llenas de proyectos, se le notaba que estaba feliz en los términos que usaba... aunque de vez en cuando imaginaba ciertas amarguras... De todas formas un viento tibio y reconfortante se llevaba mis preocupaciones, y una nueva certeza se había instalado en mí, ¡mi padre iba a vencer todos los obstáculos!

Marie Claire, mi amiga, se daba cuenta del cambio, y también la Mère Marie Lucie...

Me preocupaba la abuela Mercedes; nunca había sido muy expresiva, pero ahora la encontraba más reconcentrada que nunca, algo le pasaba.

¡No estaría triste por las noticias de Caracas!... Quería tanto a su hija, mi madre, sabía que se alegraba de poder volver a verla... Me pareció el verano más hermoso que había conocido nunca, hasta el sol calentaba más con las buenas noticias. Una noche, tras acostarnos, a oscuras, pues no me atrevía a hacerlo cara a cara, le pregunté qué le pasaba. Permaneció mucho tiempo sin contestarme... y por fin: "No es nada, hija, buenas noches". No me atreví a decir más, pero durante las vacaciones pude observarla con detenimiento, y pensé que podía ser grave... la veía intranquila...

Me preocupaba.

Nada más comenzar el curso recibí carta de padre diciendo que llegaban en primavera ¡Sólo faltaban seis meses! Ahora tenía por fin un plazo fijo, pues habían hecho la reserva para el barco, ¡llegarían a Marsella!... Los días pasaban rápidamente... Incluso me pareció muy corto aquel desapacible invierno.

En una visita que la abuela me hizo en febrero me contó que la tía Maritxu estaba en París. Por el modo en que me lo dijo pensé que esta sería una de sus preocupaciones. A mí no me intranquilizaban los viajes de la tía, viajaba a menudo sin dar explicaciones ni a la ida ni a la vuelta. La quería, me gustaba estar con ella, me alegraba cuando venía a visitarme, ¡era muy alegre! Contaba cosas fantásticas. Yo no le creía la mitad de lo que decía, pero me lo pasaba bien oyéndoselas. La abuela no gozaba tanto, le parecía que la tía hablaba demasiado, una vez oí que le decía: "¡Maritxu, no seas tonta!"... Maritxu tenía un gran respeto por su madre, pero no podía callar. Era un poco más alta que mi madre, y mucho más joven; me parecía una hermosa mujer, atractiva, pero le faltaban la discreción y elegancia de madre, ¡no había nadie como ella!

En una visita que me hizo dos meses más tarde, la abuela me dijo que Maritxu se había casado con su novio. Por la manera como me lo dijo deduje que no quería hablar más del asunto. Se produjo un largo silencio que rompió ella: "¡Ojalá no salga tan borracho como su padre!"...

Una semana más tarde llegó la tía con su marido, la ví muy feliz. El hombre me pareció sencillo; eran del mismo pueblo, acababa de llegar a París desde el exilio chileno, pero iba a trabajar en Inglaterra, era técnico astillero.

Saldrían pronto.

Comenté a la tía que veía a la abuela muy cambiada, que me preocupaba, y me dijo: "¡Ya sabes cómo es doña Mercedes!". No me aclaró mucho con esto, y pensé que una vez que había desaprobado la elección de su hija, la abuela volvería nuevamente a su extraña y callada dignidad.

Pero no sucedió así.

Estaba segura que la abuela nos ocultaba alguna grave dolencia.

Confesé mi preocupación al tío Rosario durante las vacaciones de Navidad, le pregunté si estaba enferma, y su respuesta me tranquilizó: veía a la abuela rebotante de salud.

Por otro lado estaba tan contenta esperando el viaje de mis padres que se me fueron las demás preocupaciones. Todo lo que padre me decía por carta se hacía imagen en mi mente: lo soñaba, lo veía. Pronto iba a tener la seguridad y el amparo que me habían faltado hasta entonces... Hubiera querido expresarle a la abuela todos mis pensamientos, tantas cosas... Y entonces me dí cuenta que cuanto más cerca sentía a mis padres, más silenciosa y meditabunda estaba la abuela, y supe que un gran respeto me separaba de ella, que nunca me atrevería a mostrarle mi corazón.

La tía Maritxu se había marchado ya. Acompañaba a la abuela hasta la puerta principal, como siempre, y al pasar por el bosquecillo, sin mirarle a la cara, le pregunté: "¿Abuela, qué le pasa?"

No me miró, tampoco se detuvo, pero me respondió con una voz triste y desconocida: "Desde que perdí a tu abuelo, y se me fue muy joven, he sido madre y padre de mis hijos; si a alguno de ellos le va mal, yo cargo con el peso. Hace mucho tiempo que Lázaro no viene a casa a ver a su mujer y a sus hijos. Creo que tendré que "bajar" de nuevo a hablar con él"...

Dijo la frase más larga que nunca le había oído. Luego se calló.

Llegamos a la puerta principal.

Me acarició el pelo, este era su gesto más tierno, y me recomendó como de costumbre: "Aprovecha bien tu tiempo".

Estuvo dos semanas sin venir. A la vuelta tenía la misma cara de preocupación que antes. No me hizo ninguna confidencia.

Parecía como si la abuela Mercedes hubiera perdido algo para siempre.

Todo lo que estaba pasando en ese curso era extraño, o al menos así me lo parecía a mí. Perdía fácilmente la concentración, tenía que hacer grandes esfuerzos para dedicarme al estudio. Sabía que debía ofrecer a mis padres el pago de tantos sacrificios que estaban haciendo por mí, sobre todo porque estarían presentes para disfrutar de mi éxito, ¡se lo debía!

Ellos allí abajo... ¿y si no conseguía subir al estrado?

Me asusté.

Sería mediados de mayo. Era tras las vacaciones de Semana Santa, llegó el tío Rosario a avisarme: iba a Marsella a recibir a mis padres y hermanas. Me quedé

paralizada, nunca pensé que fuesen sin mí, pero el tío no me decía que me preparase... y me hablaba como si yo no fuese a ir... Quiso avisarme que el día había llegado, y que pronto vendrían mis padres... ¡a visitarme!

¡No me entraba en la cabeza!

Después de tantos años llega mi familia de América y yo no soy quién para ir a recibirlos... Yo había visto el filme de su llegada una y otra vez... De la misma manera que había visto el vestido de motas azules de madre que se iba alejando hasta perderse, era lógico que el barco dejase de ser un punto y que fuese agrandándose hasta que yo pudiera distinguir el vestido de motas azules de mi madre... y mi padre agitando la mano, y mis dos hermanitas que casi no conocería... ¡Subiría por la pasarela y sería yo quien les diera la bienvenida y los primeros besos!

Yo tenía mis sueños...

Toda mi angustia se me hizo un nudo en la garganta, no podía hablar...

El tío me miraba...

Después de un largo rato me dijo que él mismo había hablado con Mère Marie Lucie para que me dejasen salir, y que le había respondido que el viaje suponía perder varios días ¡perderlos!... que los exámenes finales estaban cerca... Era un año importante, tenían que darme el "Certificat d'Etudes"...

¡Qué bien entendía lo que mi tío me decía en su mal francés!...

"Tan pronto como lleguen los traeré a visitarte", me prometió, un poco turbado... Pero entonces tampoco iba a tener un par de días para compartir con ellos... Todo me parecía increíble. Nadie sabía cuánto había sufrido en aquellos seis años... ¡Cómo no comprendían que yo necesitaba estar con mi familia!...

Aquella noche no dormí.

Me tranquilicé un poco pensando que todo se arreglaría en cuanto llegase el padre.

Transcurrieron cuatro largos días, cuatro interminables días. "¡Debía haberme marchado sin decir nada a nadie!", pensaba. No podía leer ni aprender nada, no podía poner atención a nada...

Mère Marie Lucie me llamaba "petite étourdie"...

El domingo a la mañana, a la hora del estudio, vinieron a buscarme, tenía visita... ¡Eran ellos! Salí corriendo al pasillo, y creo que sin darme cuenta cogí el camino más largo hasta la sala de espera... ¡Estaban los cuatro! No me acuerdo a quién abracé primero. Pasaba de uno a otro. Mi padre me apretó hasta quitarme el resuello... Madre se secaba las lágrimas, me apartaba un poco, me miraba y luego volvía a abrazarme.

Mis hermanas pequeñas me miraban extrañadas...

Tras la primera impresión quedé bajo sus miradas. Padre puso un dedo en mi párpado para ver si tenía anemia... ¡Había olvidado la costumbre de Caracas! Irene, mi siguiente hermana, me miraba con descaro, y pronto dió su opinión: "¿Por qué carga luto?"... "¡Qué fea toda negra, parece un zamuro!"... "¡Pensé que estaría más grande que yo!"... Pilartxo, la menor, mostraba su timidez con una sonrisa... La verdad es que las dos habían crecido mucho, y aunque eran algunos años más jóvenes, eran tan altas como yo.

Mi padre me dijo que haría una petición para que pudiera pasar unos días con ellos; si era posible, me llevaban ahora mismo. Fuí a la Abadía a por la Superiora. Esta me envió a Mère Marie Lucie, y mi tutora me dijo inmediatamente: "No: estamos en la

última fase de los exámenes"... Se lo dije a mis padres, y padre soltó "¡Vaya con las ursulinas!"... Paseamos por el bosquecillo. Notaba que padre no dejaba de mirarme, que me analizaba. Mi hermana Irene, con su acento criollo, se extrañaba del mío, "¡Habla muy feo!" Iba de la mano de mi madre, y me abrazaba diciendo "¡Hija mía!".

Nos despedimos. Volverían. El curso terminaba enseguida. Teníamos todo el tiempo del mundo.

En adelante todo lo haríamos juntos.

Por la noche me acordé de la visita.

Encontré a mis padres como los había dejado. Padre era joven, más de lo que yo creía. Los comparaba con los padres de mis compañeras... unos eran barrigudos, otros calvos, muchos usaban gafas; yo veía a mi padre elegante, con un hermoso pelo, aunque le gustaba llevarlo corto. Mi madre era una mujer muy hermosa, me acuerdo de su vestido blanco de motas azules, sencilla, con aquella sonrisa...

Pensé que faltaba vida a las fotos que me habían ido enviando, expresión, gestos. Los tenía grabados...

Era feliz, nunca había sentido algo igual.

Ahora sabía que mientras los tuviera conmigo no iba a faltarme nada.

A la mañana siguiente, mientras estaba en clase, vinieron a buscarme, ¡tenía visita! La monja me indicó que pasara por donde la Directora antes de ir a la sala de espera. Me recibió cariñosamente, saludó a padre y me entregó la hoja de visitas, ¡nuestro calendario de visitas!

Padre esperaba. Lo noté cansado, me extrañó... Había venido en bicicleta, ¡estaba agotado! Le dí el calendario de visitas... "¡Vaya con las ursulinas!", dijo, "¡pero ya que estoy aquí no te voy a dejar así!... ¡Vamos a dar una vuelta al bosquecillo!" Salimos y me dió la mano, me la apretó fuerte, casi hasta hacerme daño, y empezó a contarme sus proyectos. Tenía suficiente dinero para instalarse con cierta comodidad, hasta que las cosas mejorasen "al otro lado", porque "¡alguna vez habrá de cambiar la situación de nuestro pueblo!"... "Ahora tenéis que estudiar, formaros bien. Las "corotos" se adaptarán pronto... El problema es Tasio, ya no podrá cambiar, tiene casi dieciocho años... Está haciendo primero de comercio en Bilbao... ¡y tiene que terminar! ¡A ver si se disciplina un poco teniéndonos más cerca!... Me tiene francamente preocupado, parece que no le gustan los libros... ya está lo suficientemente crecido para que se dé cuenta"...

Hablaba como para sí mismo.

No supe qué decir.

Son sus ojos lo primero que me viene a la memoria

cuando me acuerdo de él: eran verdes con estrías marrones, muy expresivos.

"Esto ha sido duro para tí, hija", continuó, "pero ahora todo cambiará. Quiero que seas la misma de antes, que digas lo que te parecen nuestros planes, que lo compartamos todo"... Me dí cuenta de que tenía que saber cómo pensaban ellos, había pasado mucho tiempo y seguramente yo también había cambiado. Había habido mucho silencio entre nosotros, y aunque las cartas nos acercaban algo, habíamos estado muy alejados. No nos habíamos intercambiado más que buenas noticias; nos habíamos guardado las tristezas. Parece que mi padre me encontró muy asustadiza, "Tienes que superar ese miedo, no temas decirme lo que piensas"... No me pareció que eso fuera fácil, no al menos por

ahora... necesitaba tiempo. Volvimos al Colegio, era la hora de comer. Inesperadamente, padre me dijo con una tristeza que nunca se me olvidará: "He venido porque, poco a poco, tenemos mucho que decirnos. Te has hecho una mujer y necesito tu confianza. Un día "volveremos a casa", ése es mi sueño; por ahora no podemos hacerlo, pero al menos aquí estamos más cerca, buscaremos una casa cerca de la frontera para que Tasio pueda visitarnos... Y llegará el día en que podamos volver. Mientras, estaremos juntos, eso es lo que importa por ahora".

Me quedé callada. Añadió en un tono extraño:

"Hasta que no haya un cambio político yo no puedo volver... No lo sabes, pero cuando estalló la guerra estaba en un mercante, me encontré bajo el dominio de Franco, sin poder ir a casa... Luego militarizaron el buque y una noche nos obligaron a minar el puerto de Bilbao... ¡vosotros estábais allí! Teníamos que obedecer, no podíamos hacer otra cosa, casi me volví loco. En el primer permiso que me dieron me fugué a Kerroch, donde ya estábais todos, y no volví"...

Ante mi extrañeza, continuó:

"Todos pensábamos que el franquismo no iba a durar mucho. Hace tres años, tú ya estabas aquí, me llegó un aviso, a través de mis hermanas, que tenía pendiente un "juicio sumarísimo", y me impusieron los treinta años de cárcel que corresponden a un capitán que deserta"...

¡Yo no podía pronunciar palabra!

Aquello que mi padre me contaba por primera vez era muy grave, y en su mirada noté una gran pena... Luego, recuperó su tono normal y continuó: "Lo que ahora nos importa es arreglar el asunto de la vivienda y ponernos a vivir juntos"... Era su gran ilusión, estaba seguro que lo conseguiríamos, y lo ví optimista de nuevo. Me dejó en la entrada principal, y para mi gran sorpresa padre se encorvó hacia mí ¡y me besó fuerte y largamente en la mano!

¡Me quedé de piedra!

Por fin dí media vuelta y me adentré corriendo por los pasillos con los ojos llenos de lágrimas.

Desde que llegó, padre me sorprendía constantemente.

¡Treinta años de cárcel!... nunca había sabido nada de esos sufrimientos, de esa fuga.

¡Ahora comprendía el asombro que produjo a mis abuelos, a sus padres, cuando les dije que mis padres volverían pronto!

El domingo volvieron los cuatro; me extrañó que dos días más tarde tuviese carta.

Estaba escrita el mismo domingo, después de la visita. Me daba cuenta otra vez de sus proyectos, y me rogaba que hablase con Mère Marie Lucie y que le pidiera un permiso para el siguiente fin de semana. Ya he dicho que estábamos a fin de curso, pero tras prometer que recuperaría las horas perdidas estudiando durante los recreos (no estaba permitido) la monja me concedió el permiso ¡vió tanta ilusión en mi ruego! no sin advertirme de lo perjudiciales que podían ser esos días para mi ritmo de estudio.

¡Me pareció extraordinario que la monja cediese!

No había salido de aquella rutina en años. Me puse muy nerviosa pensando que iba a pasar dos días con los míos, y tuve que hacer un gran esfuerzo para centrarme en mis

quehaceres... ¡no pensaba mas que en padre y en los planes que hacía para mí!... y había comenzado a descubrir a mi madre, aunque más lentamente...

Llegó a buscarme con un taxi puntualmente a la hora fijada. Yo estaba esperando, claro. Cada vez que me veía, se comportaba como si fuese la primera vez: me abrazaba tan fuerte que me dejaba sin respiración, luego me apartaba un poco y repetía "hija mía". Se me hizo muy corto el viaje hasta Kerroch, ¡padre no cesaba de comentar qué bonito era el paisaje! "Las estaciones del año son maravillosas"... repetía una y otra vez, que eso era lo que a él más le faltaba en América...

Al llegar a casa me cogió de la mano como si fuera yo la recién llegada, me tenían preparadas muchas sorpresas: mi padre me colocó un hermoso reloj de oro en la muñeca; mi madre, después de ofrecirme una pulsera hizo aparecer, como por arte de magia, una blusa y una falda hechas por ella, para que me las probara... Mi abuela, sentada en su sillón, callaba observándolo todo... Y cuando oí que me iban a cortar el pelo, pensé: ¡se han encontrado con una huérfana!... Era mi hermana Irene la que más opinaba, con su acento criollo, incluso me ofreció uno de sus vestidos... Era padre quien nos cortaba el pelo en América, y sacó sus tijeras de la cajita marrón, Me pusieron ante un espejo y comenzaron a discutir cómo tenían que cortármelo, yo sabía que a padre le gustaba mi pelo corto... ¡iban a cortarme mi coleta!... Pero mi madre me acarició el pelo, lo alisó, me lo trenzó... ¡padre dijo que sólo me lo habían cortado un palmo!...

Lo recogí con una cinta de terciopelo.

Todos parecían contentos con el cambio.

Por allí andaban, opinando, los hijos de tío Lázaro, mis primos.

Libe, su madre, no estaba.

Me daba mucha pena su situación. La tía Libe era muy callada; estaba en su casa, pero viendo su sufrimiento parecía que era ella la que no estaba en su casa. Siempre tuve en gran estima el cariño que ella me mostró; era muy de agradecer que se ocupara de mí una madre de ocho hijos.

Mis padres estaban instalados en nuestra misma planta, pero yo seguí durmiendo con la abuela. No pequé ojo. Padre me preguntó a qué hora nos levantábamos en el colegio, le dije que a las siete y media y me contestó que me estaría esperando en la cocina a esa hora, para desayunar juntos. La abuela era muy tempranera, pero últimamente se quedaba hasta más tarde. Había algo que estaba cambiando en ella, y aunque todos me decían que no, yo me daba cuenta... no era la misma de antes: se le había apagado la mirada, sus sonrisas eran más escasas, vivía más callada que nunca. Tampoco me pareció que se alegrara de la llegada de mis padres, de su hija querida... Me levanté, me vestí silenciosamente, bajé de puntillas hasta la cocina. Mi padre había preparado el desayuno para los dos. Me gustaba mucho su compañía. En la planta de abajo no dormía nadie, pero hablábamos en un susurro, para que no nos oyeran.

Salimos a pasear.

Hacía buen tiempo. Pronto salió el sol. Mi padre me cogió de la mano y dimos una vuelta por Kerroch. Largos silencios interrumpidos por el padre: "Tienes que aprender a hablar de nuevo conmigo, dime lo que piensas, tengo que conocerte de nuevo... qué piensas hacer, qué proyectos de futuro tienes, qué es lo que te gusta"... y concluía: "Creo

que hablas poco porque se te ha olvidado el castellano, parece que tienes dificultades con la pronunciación, pero eso se arregla con que estés una semana entre nosotros!"

Yo opinaba que lo que tenía era pudor, y también que había vivido mucho tiempo sola y sin familia. Había perdido la costumbre de hablar en libertad o quizá era algo inherente a mi personalidad, nunca me había fijado en ello en el limitado mundo del internado.

Ya se había levantado todo el mundo cuando volvimos.

Padre me hizo subir a su cuarto y abrió un maletín lleno de dólares; se levantó la camisa y me enseñó un cinturón de cuero especial: allí guardaba, en aquél escondrijo cosido por madre, las monedas de oro. Todo esto lo hizo delante de ella. Mis hermanas no estaban... "Las pequeñas no lo saben, pero queremos que sepas que tenemos dinero como para comprar una casa y ponernos a vivir como todo el mundo... Y esperaremos tranquilamente hasta que cambie la situación, y luego a Santurce..."

"Han sido años duros para todos, de mucho sacrificio. Ahora es diferente. Estamos juntos".

Le brillaban los ojos, me sentí feliz, mi padre me transmitía seguridad. Y madre afirmaba en silencio sus palabras.

Llegó el domingo, el domingo más corto que conozco, y llegó la hora de volver al internado. Padre también me llevó en taxi. Irían a visitarme el domingo siguiente...

Vinieron los cuatro...

La abuela no me visitaba desde que vinieron mis padres.

Un domingo apareció padre sólo y desamparado... Tío Lázaro había "subido" desde San Juan de Luz y le había pedido una fuerte suma en préstamo, estaba en dificultades pero era por poco tiempo, y mientras le ofrecía la posibilidad de ir a un 'château' que tenía cerca de Pau... era un buen sitio desde el que encontrar una casa cerca de la frontera... Como sólo faltaban tres semanas para terminar el curso, habían pensado adelantarse... yo iría cuando terminase los exámenes... Estarían todos esperándome, padre me mandaría el billete de tren...

"¿Qué te parece, hija?"

Yo, francamente... no sabía cómo reaccionar...

¡Tenía una gran ilusión por compartir con ellos la ceremonia de entrega de notas!

¿Qué iba a decirle yo? Tenía que comprenderles, pero ellos también debían comprenderme a mí, en aquella situación... Acepté que padre debía actuar cuanto antes... ¡Era por todos nosotros!...

De todas formas aquellas tres últimas semanas pasaron rápido. Llegó el día de la ceremonia, fui llamada al estrado... cogí los diplomas que con tanto trabajo había ganado para ellos, y especialmente para padre, cogí la banda, cogí la medalla de plata... ¡Todo lo que podía esperarse de mí!... No me atreví a mirar a la gente al bajar del estrado... pero pensaba que quizá había venido la abuela en lugar de mis padres...

Busqué a alguien de mi familia al salir de la sala... no había venido nadie.

Seguramente la abuela Mercedes no se encontraba bien...

Llegué a Kerroch... encontré a la abuela sentada junto a la ventana; era la primera vez que la veía así; estaba dormida, con las manos cruzadas en su regazo y la cabeza caída hacia adelante. Me acerqué y acaricié sus viejas manos...

"Has venido"..., me dijo "Ayer no pude ir, he tenido un mal catarro"...

Le puse la medalla de plata en la mano... y la apretó con fuerza, dijo algo... para que no la viera llorar:

"Tienes carta de tu padre"...

Era la reserva de billete para el tren, un horario, los trasbordos, y que estaría esperándome en Pau... Se lo dije a la abuela, y murmuró: "Creo que yo también voy a irme... a pasar una temporada con tu tía Maritxu en Southampton... iré a vuestra casa... cuando la tengáis".

Salí al día siguiente.

Me acompañó el tío Rosario; me despedí de la familia de tío Lázaro; de todos, de los ocho primos, de su madre, y de su hermano el cura, siempre rezando... Seguro que era necesario... Abracé a la abuela Mercedes, me hizo el signo de la cruz y dijo:

"Que todo vaya bien, ayuda a tu madre"...

Era la primera vez que me hablaba así... Me hizo recordar el signo que Rosa Chacón me había hecho en Caracas al despedirme "para ahuyentar los malos espíritus" y las plegarias a Santa Bárbara de las tías Adela y Maria...

Quizá todavía no estábamos totalmente a salvo.

6

Salí de mañana.

Tío Rosario me acompañó a la estación. Era el más querido de mis tíos; no era hombre de grandes demostraciones, y todo lo que decía me parecía interesante.

Rosario conocía el 'château', había ido con mis padres para echarles una mano. Me lo describió muy por encima, en dos palabras. El tren se puso en marcha y leí de nuevo la última carta que me había escrito padre, era una carta eufórica, retrataba mejor a mi padre que al castillo. Parecía que estaban pasando unas estupendas vacaciones en el castillo, y contaba: "¡Es verdad, es un castillo de verdad!" Eran sus palabras. Los prados, por supuesto "maravillosos", "la mies a punto para la cosecha"...

Tío Rosario era como era; mi padre era como era.

En Burdeos tenía que hacer trasbordo, estuve una hora esperando al tren de Pau.

No sé cuánto duró este viaje, se me hizo muy corto contemplando los trigales y los viñedos. Padre estaba esperándome en la estación, pero no estaba solo... tenía un hombre bajito a su lado, y me lo presentó: "Este es Babiano"... Me estrechó la mano, y me dijo con mucha gracia "Hola, mamusel"... y nos llevó a una camioneta tras quitarme la maleta. Sólo tenía asientos delanteros, y por el olor deduje que hacía poco había transportado paja... Babiano lo explicó todo, había pedido el coche prestado a su amigo René para venir a buscarme, "porque los autobuses no coinciden con los trenes, y además los viajes se hacen muy pesados en esos 'inventos' tan grandes"...

Arrancamos, yo iba en medio de los dos.

Babiano tenía una tez curtida por el sol, sus ojos eran negros y pequeños, y bajo la gorra encasquetada hasta las cejas aparecían mechones de rizado pelo negro.

Dejamos atrás la ciudad, los caseríos aparecían cada vez más aislados entre viñedos y trigales. ¡Abundaba el trigo! Me vino a la mente la biografía ilustrada de Van Gogh que me había dejado Mère Marie Lucie y que yo había leído tan a gusto.

Mi padre hablaba poco en comparación a Babiano.

Fue él quien hizo de guía, me explicó cuándo había que cosechar, cuáles eran las zonas que podían recogerse, lo buena que venía la uva este año... aunque se había echado mucha a perder... "¿Eh, jefe?" le decía a padre, todo en un castellano particular, parecido al hablado en Caracas... Luego padre me explicó que Babiano era andaluz, es decir, de una parte de España, y que era un hombre honrado y trabajador... Los tres íbamos bastante apretados en aquel coche que Babiano llamaba 'carlindanga', ¡qué botes! y padre me avisa de que nos acercamos al castillo, y desde lejos veo el castillo 'de verdad', enorme, y Babiano propone que entremos por la puerta principal, "igual no le gusta la otra, mamusel"... Quise preguntarle por qué lo decía, pero estábamos ya en el castillo...

Subimos la colina por un camino entre pinos muy altos y nos plantamos frente al castillo. Era como los que se ven en las películas, con sus cuatro torres, la gran puerta de hierro abierta como si esperase nuestra llegada, y un amplio patio en el centro de su interior; desde aquí se veía la otra entrada, y frente a ella una construcción rectangular

mucho más nueva... En cuanto Babiano hizo sonar la bocina de goma salieron de su interior madre y mis hermanas... ¡morenas, el sol de agosto añadido al color que traían de América!

¡Los cinco en un castillo!

Luego padre me presentó al capataz, el responsable que había designado tío Lázaro para las labores del castillo, y a su familia. Domingo era mayor que mi padre; era un vasco exiliado como nosotros, siempre con su boina, me pareció que tenía una mirada fina y maliciosa. Su mujer, la señora Marciala, era bajita y fuerte, de cara graciosa y ojos claros y vivos. Tenían un hijo, Donato, de unos veinte años, los mismos ojos que su madre pero una nariz larga y el labio caído... También me presentaron a un giboso, Daniel, otro con boina, y no pude verle los ojos por lo encorvado que andaba. Tenían otro hijo, pero trabajaba fuera y aparecía de vez en cuando.

Era hora de cenar, pero mis dos hermanas querían enseñarme el castillo y me llevaron con ellas de la mano. ¡Era grande! Me enseñaron el cuarto que me habían preparado, luego el de ellas dos y por último el de nuestro padres.

Sólo estaba habitada una pequeña parte del castillo.

Lo que ví me gustó.

Había muchas habitaciones vacías, salas totalmente desamparadas... Había un abandono... ¡era un castillo muy grande!

Estaba emocionada.

Cenamos todos juntos en una gran mesa, servidos por Marciala. Aunque aun había luz padre propuso que dejáramos la inspección del castillo para el día siguiente, podríamos recorrer el bosque y parte de las cuarenta hectáreas de las tierras del castillo.

Al acostarme comprobé lo gruesas que eran las paredes, casi un metro. Aunque afuera hacía mucho calor se estaba muy a gusto en las habitaciones. El silencio era total. Vino mi madre a darme las buenas noches y se quedó un rato; le pregunté si estaba contenta y me respondió que lo estaría realmente cuando 'lo nuestro' se hubiera arreglado completamente, "cuando tengamos nuestra casa".

Luego vino padre y me pidió que no me levantara temprano, estaba de vacaciones.

A la mañana siguiente todos estaban en la cocina menos madre y mis hermanas.

Pregunté a la señora Marciala, tras darle los buenos días, dónde estaba mi padre; me dijo que estaría en la cuadra, y me enseñó el camino. El ganado estaba en aquella estructura rectangular que había visto la víspera; los conejos en sus jaulas; un cerdo; en lo alto el pajar, se subía por una escalera muy empinada... ¡Padre venía a buscarme! Me preguntó cómo había llegado allí. Se lo dije.

"¡Déjame que te enseñe una cosa!" ...

Salimos de la cuadra y nos acercamos a una puerta de hierro. "A tus hermanas les ha hecho mucha impresión"... en medio del gran patio había un cementerio: "Es de todo el pueblo, cuando muere alguien lo entierran aquí"... Todos los campesinos de los alrededores sabían que un día vivirían en el castillo... ¡cuando murieran!... Después de desayunar salimos a dar una vuelta por los alrededores. La propiedad era muy extensa. Había un bosque en el que no entramos... Le tenían mucho respeto los lugareños... A padre todo le parecía hermoso; todo me lo señalaba como maravilloso.

"Hoy está nublado", dijo, "¡pero en los días claros se ven los Pirineos!"

Como si también fueran nuestros.

Ahora era cuando más trabajo había que hacer, pero ya llegarían los días de salir con Babiano a pasear. Era él quien mejor conocía los alrededores.

Bajamos al pueblo.

No llegaba a pueblo: por el corto recorrido asfaltado llegamos a un cruce, allí había una tienda, era de Monsieur Baron. El señor Baron era tendero, taxista, barbero y enterrador, todo a la vez. En su tienda estaba el único teléfono público de los alrededores. De alguna forma, todo el mundo pasaba por sus manos. Unos metros más adelante estaba la iglesia, pequeña, y en frente, la escuela. Desde allí ví unas cuantas casas de labranza que parecían veleros de colores en un mar de olas amarillas. "Por aquí pasé en la 'carlindanga' de Babiano... A la vuelta entramos en la tienda de Monsieur Baron, padre compró el periódico e hizo una llamada a San Juan de Luz, a tío Lázaro. En el 'Euskalduna' le dijeron que había salido. Se le escapó un agrio lamento: no había podido hablar con él desde que habían venido, y Lázaro, en contra de lo prometido, no aparecía en el castillo.

Estaba deprimido, se le notaba.

Al nombrar el 'Euskalduna' me acordé del poeta pianista, un viejecito ciertamente memorable... ¡las alabanzas que no hacía a tío Lázaro!

Había llegado un viernes y ya era domingo.

Fuimos a misa los cinco.

Según Babiano, la señora Marciala solía presentarse en la iglesia como la ama del castillo... Venía detrás de nosotros, con un bonito vestido y todas sus joyas colgando, una hermosa mantilla en la cabeza... Estaba transformada... y pasó junto a nosotros, erguida y mirando al frente, tirando de una pequeña procesión: Domingo, su marido, iba detrás, luego su hijo, por último el jorobado, todos en fila india.

¡Era un espectáculo!

Babiano comentó que sólo le faltaba un caballo para ir a la Feria del Rocío...

Pensé que Babiano no los apreciaba.

Quiero decir que Babiano había descrito bien la impresión que producían al ir a la iglesia. Entramos tras ellos y nos sentamos hacia la mitad, entre la gente: la señora Marciala se sentó en primera fila, sola, en un reclinatorio de tres arrodilleras forrado de terciopelo color burdeos que pertenecía a los dueños del castillo, y en segunda fila se colocaron sus tres acompañantes. La iglesia se medio llenó (no había más gente en los alrededores) y los congregados charlaban entre sí...

¡Hasta que se oyó un gran ruido de moto!

Era el cura.

Se hizo el silencio. El cura entró jadeante. Se dirigió a la sacristía a grandes pasos. Dijo la misa en un santiamén y volvió a su moto de la misma manera que había entrado... estalló una traca de cohetes y partió como un rayo.

No era por que fuese un dejado, sólo tenía un cuarto de hora para llegar al siguiente pueblo.

Hasta que se marchó no se movió nadie en el templo.

Primero lo hizo el ama del castillo, con su séquito.

Nos quedamos de tertulia en el atrio... Domingo nos presentó al alcalde del pueblo: mayor, rechoncho, las cejas muy pobladas, y a su hija Casilda, casi tan grande como su padre, encargada de la sacristía entre otras cosas, y finalmente a otros cuantos del pueblo que conocía Domingo.

Babiano decía que Domingo tenía poco trato con los del pueblo.

El capataz solía mandar al andaluz en busca de gente para trabajar en el castillo, pues él conocía mejor el pueblo. Las labores se hacían por el sistema de trabajo comunal. Iban en grupos tras la cosechadora... ¡comían, bebían, cantaban!

Así, algunas veces las fuerzas del castillo se unían a otras.

Mis hermanas me parecían dos salvajes.

Irene, la mayor, doce años, consiguió que André, un amigo de Babiano, le regalara dos gatos, y los llevaba con ella de aquí para allá por todos los agujeros. Pero había agujeros a los que no se arrimaban, pensando que en algunos de ellos no habitaban precisamente ratones... ¡el castillo tenía lugares que espantaban hasta a los gatos!... Las dos desaparecían desde por la mañana, muchas veces con Donato, el hijo del capataz, y éste las cuidaba mientras le ayudaban a llevar el ganado hasta la cuadra.

Pero no iba yo a añadir una preocupación más a mi padre.

Por otro lado, había empezado a aburrirme.

Madre tampoco me necesitaba. No tenía que encargarse de la cocina, todo lo hacía Marciala; se pasaba las horas haciendo ropa para mis hermanas, habían llegado del trópico en pleno verano, pero pronto llegaría el invierno con sus fríos ¡en aquel castillo!... Era muy buena costurera. Yo no podía ayudarla, y a veces me sentía muy sola... Entonces descubrí un lugar muy bonito: al pie de una de las torres había un banco, medio oculto... No pasaba nadie nunca por allí, no se oía un ruido... Cogía los libros que Mère Marie Lucie me había dejado y me ponía a leer tomando el sol...

¡Hasta que me descubrió mi padre!... No le gustó.

"¿Qué haces aquí sola?... ¡No quiero verte así!"... Tenía que abrirme, no encerrarme... "¡Habla un poco más con nosotros y con tus hermanas!"...

Me costaba mucho hacerlo...

Un día se sentó a mi lado y me dijo que quería saber qué es lo que pasaba por mi cabeza. "¿Qué te gustaría hacer?"... No sabía qué responder, es cierto, y sin pensarlo mucho le respondí: "Seguir estudiando"...

"¿Y después, qué quieres hacer?"...

"Medicina", dije.

Me miró extrañado, argumentó que era una carrera muy larga.

"Entonces", dije, "enfermera"...

¡No, no era interesante! Además, eso era el trabajo feo de la medicina. Le dije que de todas formas quería continuar el siguiente curso... "Habla con el maestro de aquí, me han dicho que vendrá la primera quincena de setiembre". Yo me carteaba con Mère Marie Lucie, y me había avisado que las ursulinas tenían un internado cerca de Pau, pero no quise decírselo entonces a padre...

A veces se sentaba junto a mí leyendo el periódico, para hacerme compañía. Me hacía resúmenes de las noticias, y me marcaba los artículos según su interés, para que los leyera. ¡Acertó! Los periódicos comenzaron a interesarme, los repasaba todos los días.

En este tiempo, ni cuando íbamos a la tienda de Monsieur Baron, nunca había oído a padre hablar francés, pero pensaba que lo sabía, pues leía los periódicos con mucho interés...

Tampoco a mi madre le gustaba la situación.

Salía poco. Siempre tenía algo entre manos, pero era una vida aburrida aunque nunca dejara de sonreír tan dulce como siempre... En el castillo aprendió a hacer quesos, se lo había enseñado el jorobado Daniel, había sido pastor antes de la guerra.

Y padre compró una moto.

Me puse muy nerviosa, tenía un mal recuerdo de las motos en Caracas... Me acordé que una vez lo trajeron a casa en ambulancia... no fue gran cosa, pero se había roto varias costillas y anduvo un tiempo con el pecho vendado... El mismo día que trajo esta nueva moto la desmontó bajo el pajar, tuercas, palancas, todo; la soltó enterita con sus herramientas y ordenó las piezas en el suelo... me pareció una locura... ¡Desmontar todo aquello! ¿Quién lo iba a montar de nuevo?... Pero no le dije nada, lo veía tan contento en su trabajo, disfrutando con nuestra admiración... Pero padre la montó de nuevo, sin ninguna prisa, colocando cada tuerca en su punto, cada palanca en su eje, ¡como en un juego!...

¿Lograría hacerla andar?, y se lo pregunté.

Se echó a reír, y en su primer viaje llevó a madre a la feria de los miércoles a Mirande. Luego fueron mis hermanas, una a una. Por último fuí yo... ¡Casualidad! un gendarme lo detuvo por pasarse un semáforo y le pidió los papeles de la moto... Mi padre no tenía ninguno. Tenía sus razones, y se las tradujo: en Venezuela las motos no necesitaban permiso, y por eso no se había preocupado de ello... ¡padre no hablaba una palabra en francés! sólo decía 'bonjour' y 'merci'... No era porque no lo supiera, también sabía bastante inglés ¡pero no se atrevía a hablarlos!...

Todos los días leía la prensa francesa, pero yo era su intérprete oficial.

Padre era así.

Un domingo salimos los dos a dar una vuelta con Babiano.

Era tiempo de veda, pero Babiano iba como siempre, con sus botas y la escopeta al hombro. No fue un paseo como los que hacía con mi padre. Nos acercamos más al bosque. Padre le tenía respeto.

Babiano nos dijo que no se podía cruzar el bosque, estaba lleno de zarzales, no había senderos. Le tenía mucho respeto. Y padre le propuso una apuesta: él y yo cruzaríamos el bosque antes de que Bibiano lo rodeara. Lo haríamos otro día. Cuando volvimos a casa me dijo, con ojos maliciosos, que tendríamos que limpiar un poco las zarzas ¡y usar la brújula! para ganar la apuesta.

Llegó el día de la apuesta. Cruzamos el bosque con ayuda de la brújula, y nos quedamos esperando a Babiano antes de que él hubiera rodeado la mitad.

Pero el bosque era realmente oscuro y temible, ¡lleno de gritos y chillidos!

Casilda, la hija del alcalde, vino a invitarme a una romería.

Se iba a celebrar el sábado a la noche en la plaza frente a la iglesia.

Padre dijo que a esa romería no iba a ir nadie de casa.

Babiano conocía bien a la gente del lugar, y le avisó que si no aceptábamos la invitación se lo iban a tomar a mal. Cuando llegó el día me puse un bonito vestido de

flores que me había hecho madre, unos zapatos de tacón bajo, y me eché el pelo suelto hacia atrás.

Cuando bajé me estaban esperando.

Padre me examinó de arriba abajo, y me dijo: "El pelo, recogido, no suelto". Cuando subía a hacerlo, le comentó a madre: "¿Es que no tiene un vestido más discreto?"

Me hice un moño y salimos a la fiesta. No era mas que un acordeonista y un gran tambor parecido al bombo. En una esquina del baile había una mesa con vino, licor y refrescos. Los pocos jóvenes que había estaban todos bailando, y los mayores estaban sentados formando un pequeño círculo alrededor.

Allí conocí a Charles, René y Maurice, me sacaban una y otra vez a bailar. Babiano también bailó conmigo. Antes de que me diese cuenta madre y mis hermanas se habían ido. Padre estaba sentado junto a Babiano, y no había mas que verle la cara para saber que se estaba aburriendo. Charles me pidió que me quedara, que él me subiría al castillo, y yo me acerqué a comentárselo a padre, que se marchase si quería, que me llevarían... ¡El también se estaba divirtiendo!... "Te esperaré dos piezas más y nos vamos", y me guiñó un ojo.

Ví que sacaba a Casilda a bailar, padre le sacaba dos cabezas, y mareó elegantemente a la hija del alcalde con ayuda de un vals.

Cuando me despedí de los chicos quedamos en que me avisarían para otras fiestas de los alrededores.

Cuando llegamos a casa, yo entre padre y Babiano, Babiano comentó que Charles era un chico formal, tenía tierras y estaba bien educado. Padre callaba. Cuando llena de ilusión les dije que me habían invitado a las fiestas de los alrededores, padre soltó estas palabras: "Me temo que no va a ser posible, no conocemos a esta gente; además, tienen costumbres diferentes a las nuestras!"...

Dos días más tarde llego Charles a caballo y preguntó por mí. Yo no estaba. Quería enseñarme a montar a caballo...

Cuando volví con mi padre mis hermanas me informaron a gritos... Padre frunció el ceño, no dijo nada, pero cuando Irene dijo que el chico iba a volver por la tarde, me miró a los ojos y dijo: "Clases de hípica, no". Yo no entendía muy bien. Charles era bastante mayor que yo, casi nos llevábamos once años, y cuando se lo dije a padre me respondió: "¡Por eso, precisamente!"...

Nada más.

Tras el paseo matinal íbamos a comprar la prensa.

René, el hijo de Baron, era un muchacho cordial y amable. Me dijo que había fiestas en un pueblo cercano, que me invitaba, y dirigiéndose a padre le dijo que volveríamos pronto y que él me traería hasta el castillo.

Iba a ir toda la gente del pueblo.

Era la primera vez que padre le oía algo así, y dijo: "Merci, René", y salimos sin dar una respuesta.

Camino de casa me confesó que había hablado con madre y que estaban de acuerdo en que me haría mucho bien una temporada en Santurce con mi hermano Tasio. Había mejorado mucho en el castillo, pero una temporada en la costa era muy saludable; así además podíamos juntarnos los dos hermanos. A Tasio le quedaba una asignatura para

setiembre, por eso no había podido venir... "¿Qué te parece?" No supe qué contestar, no entendía... sólo había pasado tres semanas con mis padres... ¡nuestro gran sueño!... y ya me querían alejar...

No pude dormir.

Al día siguiente padre fue a Mirande. A la vuelta me traía un bonito regalo: un libro de Lin Yutang, 'Una hoja en la tormenta', que a él le había gustado mucho, y me dijo: "Tienes que leer en castellano para coger soltura", y otro libro de Dickens, 'A Christmas Carol', para que no se te olvide el inglés".

Me alegré mucho. Esto indicaba que padre se preocupaba por mí; había pedido estos libros cuando yo aún estaba en Kerroch...

Al día siguiente, a la vuelta de un largo paseo, padre comenzó a hablarme de 'los sentimientos profundos'... Iba delante de mí, de vez en cuando se volvía para ver si le seguía... Yo tenía la mirada puesta en el sendero, padre continuó. Decía que yo estaba en una edad especial, sobre todo por la experiencia del internado, pero en cuanto llegué a un pueblito me había quedado encandilada por los chicos, y él creía que no era conveniente crear situaciones delicadas; ellos eran labradores, yo tenía otra educación y no me convenía relacionarme con ninguno de ellos. Si alguna vez lo hacía con alguien, era mejor que fuera "de los nuestros"...

"A casa hemos de volver 'todos', y juntos".

¡Al fin comprendí lo que quería decir!... Le contesté que ni se me había pasado por la cabeza tener relaciones formales con ninguno de aquellos chicos.

No cejó.

Estaba decidido que yo debía ir a Santurce.

Aquella noche no tenía ganas de hablar con mi madre, pero cuando al día siguiente noté que se movía por la cocina, bajé y le dije que no quería ir a Santurce. Yo no tenía nada que ver con ninguno de los chicos del lugar. Además, acabábamos de reunirnos... Pero mi padre había tomado ya la decisión y no le gustaba este mundo para mí, estaba en edad de tener amigos, padre tenía razón, una temporada en Santurce me sentaría bien; conocería nuestra gente, conocería el ambiente que conocieron ellos, "no sé si padre te lo ha dicho ya, pero puesto que tienes ganas de estudiar, allí podrás estudiar mejor que aquí"...

Por otra parte madre creía que pronto se iba a solucionar el problema del dinero de tío Lázaro... y entonces podrían tomar decisiones definitivas libremente.

Todos necesitábamos un poco de paciencia.

Comprendí su punto de vista.

Estaba claro que la solución de nuestros problemas estaba en manos de tío Lázaro.

Cuando padre quería hablarle, no estaba en San Juan de Luz. Cansado, dejó encargo de que en cuanto llegase al 'Euskalduna' llamase a Monsieur Baron, que éste le avisaría, y le llamaría...

Tras cada una de sus inútiles llamadas, padre se quedaba preocupado.

¡Podía llamar el tío!

Los preparativos de mi viaje a Santurce se hicieron rápidamente.

Mi padre me acompañó hasta la frontera de Irún.

En el camino me dió los consejos de costumbre: "Trata de captar la esencia de nuestro pueblo, ¡es tan maravilloso!, yo disfruté mucho allí cuando era joven, tantos buenos amigos... Sube al Serantes, verás un paisaje hermosísimo"... Quería que fuese a visitar a un amigo de estudios, el capitán Jose Luis Aldaba, un gran compañero... Que abriera bien los ojos para no perder detalle y poderlo contar todo a la vuelta... Yo hubiera querido decirle lo doloroso que era separarse de una familia a la que se ha estado esperando tanto tiempo...

Cuando llegamos al puente de la frontera y llegó el momento de la despedida, padre me abrazó tan estrechamente como siempre... me pasó la mano por la mejilla y tropecé con aquella mirada que tan bien conocía... una mirada triste y sin brillo, los párpados entornados, húmedos...

No sé si era la tristeza de nuestra separación o el dolor de no poder hacer el camino hasta su pueblo...

Ambas cosas, seguramente.

Como era costumbre en él, padre ya había avisado de mi llegada a las tías y a mi hermano Tasio.

Pensaba, y creo que con razón, que nos haría bien a los dos hermanos estar un tiempo juntos: por un lado para que yo pudiera integrarme más fácilmente en el pueblo, puesto que Tasio vivía en aquel ambiente desde hacía años, y por otro para reforzar nuestra relación familiar. Podía decir que mi padre era un romántico; no lo juzgaba así con malicia, sino en el mejor sentido del término, creía en los valores del pueblo y de la familia... No lo clasificaba así porque desdeñase la verdad fría, sino reconociéndole su buen corazón.

Ahora le comprendía mejor que antes.

Los sucesos del castillo también me enseñaron algo; nuestros padres querían lo mejor para nosotros.

Reconocía esta buena intención, por supuesto.

A pesar de lo mucho que me estaba costando hacer este viaje.

En cuanto llegué a Santurce me dirigí a casa de mis tías, subí de nuevo por las gastadas escaleras de madera, me acordaba de Adela y María. Fue esta la que me abrió; las besé, me besaron; las encontré aun más viejas, pero tan cariñosas como siempre.

Me preguntaron por toda la familia, y Adela me dijo en un susurro: "El Negro nos vista a menudo"...

¡Me sorprendió! ¡Padre estaba más cerca, caramba!

¡Y aún esperaba una llamada!...

Adela me pasó el mensaje de mi hermano: que en cuanto llegara fuese a casa de Austina y Anas, que me esperaba. Dejé la maleta... Dos minutos de una casa a otra. Segundo piso, abrió tía Austina; era hermana de mi abuela, pero no se le parecía: aunque era más joven, estaba torpe y obesa, y a su lado me pareció desaliñada. Se alegró de volver a verme; Anas no estaba en casa y 'El heredero' (así le llamaban a Tasio) había salido a hacer algo, pero volvería enseguida.

Tenían una bonita vista al parque, el muelle quedaba cerca; ¡la casa estaba llena de flores y jaulas de pájaros! Los cantos de los pájaros le impedían entenderme, estaba medio sorda, me enseñó la habitación de Tasio, la mejor de la casa: tenía dos armarios, me los abrió para que apreciase el estilo de mi hermano, 'un señorito', muchas prendas, todas bien apiladas. ¡Allí no había ni mesa de estudio ni un solo libro! Le pregunté si Tasio estudiaba, y la viejecita me respondió: "¡Mucho!" Lo hacía en la cama... Hablaba de Tasio con amor, pero usó la palabra 'rebelde' y también dijo que era 'un bala'... se quejaba de que no respetaba los horarios de las comidas; Anas hacía la vista gorda, se hacía 'el longuis', y todo lo que ella le negaba se lo daba su marido a escondidas, también se quejó de eso. Me llevó de la mano hasta la habitación del matrimonio y me mostró una percha con tres faldas, las extendió sobre la cama y comenzó a buscar algo... ¡se reía!...

"¡Míra lo que me hizo!"... y aparecieron tres agujeros, uno en cada falda... No entendía... "Míra lo que me hizo una vez que estaba haciendo la siesta en el sillón... para quitarme las llaves, y el dinero, claro, ¡con una hoja de afeitar! me agujereó las tres faldas... ¡hasta el bolsillo!"...

Yo no sabía qué decir, estaba escandalizada, ¡avergonzada!...

Pero fue la propia tía quien cerró el asunto: "¡Es tan dulce, nos hace tanta compañía!"

Oí ruido de llaves en la puerta, era Tasio... Lo ví hecho un hombre. ¡Había crecido mucho más que yo! Estaba tostado por el sol, elegantemente vestido, y resultó ser tan hablador como Irene, pero con más gracia. Me abrazó cariñosamente, y luego me analizó con mucho descaro...

Hizo que me sonrojara.

"¡Otro que tendré que volver a conocer!"... me dije a mí misma.

No salí bien parada de su análisis: "Tendrías que cortarte el pelo, estarás mejor con un flequillo, tienes una frente demasiado grande... Bueno, ¿qué planes traes?"...

Callé, tampoco me dió mucha opción a decir nada... "El viejo quiere que estemos juntos, es mejor que tú te quedes con las tías Adela y María, ya tendremos tiempo de hacer planes juntos... Ahora vámonos a dar una vuelta... Austina, vendremos a cenar como siempre, okey?", y estampó dos sonoros besos en las mejillas de la tía.

Salimos y me dijo que quería presentarme a sus amigos... saludaba a todo el que se cruzaba con nosotros, ¡conocía a todos! Padre iba a alegrarse mucho cuando se lo contara. Tasio no calló hasa que llegamos a un bar, y allí me presentó uno a uno a sus amigos; creo que no puse muy buena cara, no podía aguantar aquel olor a vino y tabaco... Se me revolviéron las tripas... Los amigos de Tasio me parecieron muy simpáticos... Comenzamos un largo calvario de una taberna a otra...

No le encontraba sentido a aquella peregrinación.

En la primera parada mi hermano me obligó a pedir algo... "un vaso de leche", dije. No había terminado de pedir cuando Tasio, dándose un golpe en la frente me dijo al oído:

"¿De dónde has salido, hermana?"

Me avergoncé, me sentí mal.

Me prometí que no iba a volver a pisar una taberna... Pedí a Tasio que me llevara a casa, las tías se acostaban temprano... Enfadado, me puso en la puerta de la taberna: "Bueno, no voy a acompañarte hasta casa, aquí no se pierde nadie, nos veremos mañana..."

Me marché.

Al acostarme hice el balance del día, como siempre, y a pesar de que estaba enfadada me reí de las maneras de mi hermano... ¡como Austina!... No había perdido su acento criollo, empleaba muchos términos desconocidos para mí, la mayoría bastante crudos, y hacía reír a la gente...

Padre había acertado con él... ¡se había adaptado bien al pueblo!

¿Le alegraría saber cómo vivía?

Me levanté como todos los días. Las dos viejecitas se habían levantado hacía tiempo, estaban esperándome ¡yo era la novedad! Adela iba a salir a misa, y mientras María calentaba la leche me dijo en un tono misterioso:

"De paso tengo que hacer un encargo del Negro..." y se marchó como si tuviese miedo de llegar tarde a misa mayor... No comenté nada de la víspera, y pregunté si era buena hora para ir a visitar a los tíos, me respondieron que ellos también se levantaban temprano. Me puse unos pantalones y una blusa y salí en busca de Tasio.

Por el camino pensé que tío Lázaro hacía mal metiendo en política ¡eso se decía! a la pobre tía... El día venía soleado, con una pequeña bruma en la mar, me pareció un buen día para subir al Serantes, así podría contarle más impresiones a mi padre. Austina me dijo que 'El heredero' estaba durmiendo. Entré en su cuarto, las persianas estaban bajadas y la habitación a oscuras... me acerqué a la cama y le llamé: "Tasio, Tasio, soy yo... hace un día estupendo"... Mi hermano no se movió. Le llamé de nuevo... Se sentó en la cama, entreabrió los ojos y me preguntó la hora.

"Las ocho y media"...

"¡Joder, eso es la medianoche para mí!... ¿A dónde vas a estas horas?"...

Levanté las persianas, le dije que me gustaría que fuéramos al Serantes. Se frotó los ojos, me miró muy serio y dijo:

"¡Pero bueno! Vamos a ver, ¿qué se te ha perdido a tí en el Serantes?"

Repetí como padre: desde allí había una vista maravillosa...

"El viejo se quedó en su tiempo... ¡Yo ya fui una vez al Serantes, y no vuelvo más!"

Al emplear la palabra 'viejo' para referirse a padre lo hacía en el sentido cariñoso de Venezuela, quería decir 'amigo', 'querido'. Me hacía gracia cuando lo empleaba... ¡hacía años que no lo oía!... Me hizo sentarme en la cama, y empezó a reconvenirme con mucha gracia: "Yo no sé dónde te han tenido encerrada, hermana, pero tienes mucho que aprender. Observa bien a la gente y procura hacer lo que hacen ellos, no hagas cosas raras, extrañas, como pedir un vaso de leche en una taberna. Si no bebes vino pide agua, un refresco... ¡pero no leche! ¡Parece que echaras en falta el biberón!"... Nos reímos.... "Te presentaré algunas chicas de tu edad, observa cómo son, cómo andan, cómo visten, porque debe ser verdad que has estado en Francia, no sé si habrás aprendido mucho, pero estás totalmente fuera de moda!"...

¡Quería llorar!

No pude hacerle levantar, y le dije que me marchaba al Serantes...

"Entonces nos veremos a la noche, hoy hay valseo a las siete y media en la plaza"... Le pedí que viniera a buscarme, se me hacía pesado andar buscándole, no conocía a nadie. Me repitió: "Aquí no se pierde nadie, esto es un pañuelo... a las siete y media"... Se tumbó tapándose la cabeza.

Subí sola al Serantes, no me costó mucho, estaba acostumbrada a dar largos paseos con padre. Llegué arriba, me senté y contemplé el paisaje. No me pareció nada del otro mundo, estaba nublado hasta Barakaldo y apagaba todos los colores... ¡Quizá la mitad de la niebla fuese humo!... El monte no era muy alto, y el mar indomable que mi padre veía desde el rompeolas aparecía sereno y en calma.

Mirando al mar respiré profundamente un aire limpio por encima de las chimeneas que quedaban más abajo.

Esto ya me lo había advertido padre.

Comencé a pensar que yo no veía las maravillas que padre veía en su tierra. No sé por qué, quizás no sentía como propia la tierra de mis padres. Mis mejores recuerdos eran americanos, de Venezuela... Estos recuerdos estaban ligados a mis padres, mi hermano, mis hermanas y también a Rosa Chacón; recordé también mis vivencias con la abuela Mercedes, también se me había quedado grabado el mundo del internado... nunca iba a sentir las raíces de mis padres... Ni ellos las mías...

Gracias a mi padre.

Por la tarde fui en busca de mi hermano.

La verdad es que no me costó mucho encontrarlo. Estaba en un numeroso grupo, vino hacia mí rápidamente, ¡me esperaba! y me presentó a las chicas, me dió la impresión que todas eran mayores que yo, al menos se comportaban con mucha soltura entre los chicos. Como me había recomendado, me puse a observarlas... y me pareció que nunca llegaría a parecerme a ellas... tenían las cejas depiladas hasta dejarse un hilillo, estaban maquilladas, peinadas de peluquería; vestían faldas estrechas y lucían grandes pendientes... A pesar de todo eran simpáticas. Se colgaban del brazo de Tasio y le reían sus gracias. Me quedé un rato viendo cómo disfrutaban bailando, empezó a llover y no sé de dónde sacaron sus paraguas y siguieron bailando...

Aproveché para marcharme a casa.

Estaba claro que me iba a costar mucho integrarme en aquel grupo con mi manera de ser, y según padre esto era lo que una más tenía que cuidar.

Realmente estaba en peligro de perder mis verdaderas raíces por venir a buscarlas...

Escribía al castillo diariamente contando las visitas a los familiares, incluso la que hice a los abuelos a Bilbao, y me extendía contándole a mi padre mis impresiones de lo que veía... y perdóname padre, pero a veces te mentí al decirte que lo que veía era maravilloso, que me lo estaba pasando muy bien... Pensé que ya te diría la verdad cara a cara...

Quería ver su reacción.

Por el mismo motivo no le comenté los frecuentes viajes que tío Lázaro hacía hasta aquí.

Si no escribía le mandaba postales con las vistas del pueblo, para que se le refrescase la memoria... ¡y las comparara con sus recuerdos!...

Fui a donde su amigo el capitán Aldaba.

Vivía en Bilbao, y en aquellos días estaba en tierra con permiso de varios meses; según me dijo había pensado ir a visitar a mi padre. Era su mejor amigo, y se me abrió el cielo cuando dijo que si quería él me llevaría de vuelta. ¡No me lo esperaba!... Le dí el teléfono de una vecina de la tía, para que llamara en cuanto decidiese el día de la partida.

Creo que desde entonces me sentí más a gusto.

¿Por qué no venía Tasio con nosotros, si luego podía volver con el propio Aldaba?

¡Era tan sencillo!

Se lo dije, no le gustó... Prefería dejarlo para otra ocasión, y la víspera de mi partida me invitó a una comida que tenía con sus amigos. Era una gran cuadrilla, celebraban el cumpleaños de alguien, fuimos a un restaurante. Nos sentamos a las dos, y a las seis todavía estábamos sentados ¡hablando de lo mismo! Luego propusieron ir al Círculo

Católico y allí los chicos se pusieron a jugar a cartas (¡ví que jugaban dinero!) y las chicas al parchís.

Me aburría.

Después hubo valseo en la plaza, como decía Tasio, y me aburrí aun más.

Me dí cuenta de que Tasio manejaba dinero y lo gastaba fácil, esa fue mi impresión... y al día siguiente le conté la situación económica de nuestros padres: le habían dejado dinero a tío Lázaro y esperaban que este lo devolviera...

No le hizo gracia:

"Yo no gasto ni lo que mandan"...

Se me escapó: "¡No te lo mandan para que lo gastes todo!"...

"Además", añadió, "Austina y Anas me obligan a coger la paga que ellos mismos me asignaron", y remató enfadado: "¡Pareces una mosca muerta, y eres de la tribu de Leví!".

Y en adelante me quedé con 'Leví', aunque me lo decía cariñosamente.

Tasio no estudiaba, estaba claro. Pero me aseguró solemnemente que sacaría la que le quedaba para setiembre. "¿Y por qué no la sacaste en junio?", le pregunté. "Cada vez lo ponen más difícil... y además así se me hace más llevadero, distribuyo el trabajo".

¿Por qué padre no se ocupaba un poco más de mi hermano?

¿Por qué tenía que preocuparme yo de los demás?

Cada vez andaba más solitaria por el pueblo.

Era cierto que allí no se perdía nadie. Fui a pescar con los Egiluz, eran unos primos de mi abuela que tenían lanchas, me invitaban a menudo, iba a gusto. Se reunían en la casa paterna, eran unos treinta, algunos tenían nietos.

Su espíritu era admirable, seguro que padre soñaba algo así... Tenía que ayudarle a conseguirlo.

Llamó su amigo diciendo que quería salir el sábado. Sólo faltaban cuatro días. Tía Adela se puso triste: "Tu padre nos dijo que te quedarías con nosotros hasta finales de setiembre". Le prometí que a partir de entonces volvería a menudo, tenía que arreglar el asunto de los estudios, el maestro llegaba a primeros...

Creo que Tasio se alegró; no se había ocupado mucho de mí pero no había dejado de ser una carga para él, quizá tuvo que abandonar algunas de sus costumbres por mi culpa...

Yo estaba feliz, viviría con mis padres, participaría en los asuntos de familia, quería arreglar lo de tío Lázaro...

Aldaba vino a buscarme el viernes a la noche, quería que durmiese en su casa para poder salir al día siguiente temprano.

Telefoneé a Monsieur Baron, y le pedí que avisara a mis padres: llegaríamos el sábado a la tarde.

Salimos en coche hacia la frontera de Hendaia, ahora estaban más flexibles, ni me sellaron el pasaporte. En los largos silencios del viaje procuré fijar bien mis impresiones de Santurce para contárselas a padre con precisión.

8

Cuando llegamos al castillo padre se emocionó al ver a su amigo. En realidad los dos se emocionaron mucho. Se abrazaban una y otra vez, se miraban el uno al otro. Aldaba parecía más viejo que mi padre; era más pequeño, ancho, perdía pelo.

Le habían preparado una habitación en nuestra planta.

El trabajo de la cocina lo hizo madre, cenamos solos; Domingo y su familia, con Babiano, lo hicieron aparte.

Padre estaba muy contento.

Había terminado la cosecha, encontré las tierras muy cambiadas, todo estaba pelado... la tierra, prensada, muerta y pálida... ¡y sólo había estado cuatro semanas fuera!... El olor no era de muerto, era de flores ajadas, dulzarrón... me recordaba el vapor del horno de pan.

Me encontraba a gusto en aquella casa que era la mía, ¡mi casa era mi familia!

Mientras ayudaba a padre a levantar la mesa me dijo que teníamos muchas novedades... "Mañana hablaremos... acostaos, madre y yo nos quedaremos charlando con Aldaba".

Mi padre tenía costumbre de venir a despedirnos después de acostadas, nos daba un beso en la frente; yo estuve esperando mucho tiempo pero ellos se acostaron muy tarde, no lo sentí.

Me levanté como de costumbre. Me encontré con Babiano en la cocina. Me preguntó si había visto la sorpresa que padre me tenía preparada. Le dije que no, y él: "Entonces no he dicho nada" y se fue sonriendo maliciosamente.

Mi padre bajó dos horas más tarde.

Le esperaba...

Quería enseñar la propiedad a su amigo. "Si quieres, puedes venir con nosotros"... hacía fresco, pero era un día muy claro, el cielo estaba alto. Ayudé en la mesa mientras desayunaban... ¡y se me escapó!... "Babiano me ha preguntado a ver si he visto la sorpresa que me tienes guardada". Sonrió, dejó el desayuno y me llevó a su cuarto. Madre todavía estaba en la cama. Entró de puntillas, cogió un paquete alargado y fuimos a mi cuarto. Allí, ante mi nerviosismo, fue abriendo el paquete... ¡una carabina!

¡Me quedé de piedra!...

"La ha conseguido Babiano para tí, no pesa nada, dispara munición pequeña"... Yo no entendía nada... "Pero padre"... casi no me salían las palabras... ¿Qué iba a hacer yo con una carabina?... ¡Cada vez que disparaba Babiano sentía el tiro en el estómago!... Se me ponía la carne de gallina al ver la caza aun palpitante que los perros traían en la boca...

Padre prosiguió sin ver mi estupor:

"Quiero que aprendas a disparar con ella, Babiano te enseñará, verás cómo terminará gustándote. Mientras esté Aldaba aquí tengo que ocuparme de él, ¡pero en cuanto se vaya saldremos los dos de caza!

Me pereció la tontería más grande que le había oído nunca.

¡No le había visto disparar en mi vida!

Bajamos a la cocina y Aldaba estaba ya allí; cuando cursaban la carrera, por lo que contaron, había muchos Jose Luis, pero un sólo Aldaba, a padre, en cambio, lo llamaba Enrique, por su nombre.

Salimos en cuanto terminó de desayunar.

Tomamos el camino que llamábamos 'largo'. Empezaron a hablar. Yo iba tras ellos, pero pronto se olvidaron de mí... ¡Decían unas palabras que no las repetirían delante mío!... A veces se detenían, entonces yo guardaba la distancia. Parecía como si el camino no fuese suficientemente ancho para los dos, avanzaban uno tras otro, sin mirar atrás... Padre quería saber cómo veía el pueblo Aldaba, pues en el tiempo que yo había estado en Santurce le vinieron a visitar sus tres hermanas y lo habían dejado estupefacto, ¡enojado! con la situación económica que le describieron... ¡Millones por aquí, millones por allá!... Las llamó 'satisfechas'... Aldaba le dió su versión: los adictos al régimen de Franco vivían bien, olvidando otros muchos asuntos...

Padre no se lo podía creer:

"¡Por lo que parece, algunos han hecho las Américas sin salir de casa!... Es como si me hubiera quedado sin tierra... y mis hijos sin raíces"...

Su voz temblaba de rabia.

No les interesaba el paisaje, iban confesándose. Padre le habló de sus proyectos, incluso le comentó que le había dejado dinero a tío Lázaro... Por primera vez le oí decir que la cantidad era 'importante', y habló con amargura de Domingo, el capataz; según Babiano pasaban cosas extrañas en la administración del castillo... A Babiano no le dejaban dormir en el castillo, lo tenían en la cuadra con la excusa de cuidar las vacas que estaban para parir, pero Babiano estaba seguro de que no querían que se enterase de los chanchullos que se traían!... A veces llegaba en una camioneta el hijo que tenían fuera, estaba seguro que estaban sacando todo lo que de valor había en el castillo... ¡Estaban vaciando el castillo!

(Y era verdad, lo supe: padre los vió una mañana cargando cuadros y candelabros en la furgoneta, incluso se llevaban los quesos que hacía el jorobado... ¡Y eran compatriotas!, eran 'paisanos nuestros', como decía Babiano... Esto era lo más triste).

Aldaba permanecía callado, hacía gestos de extrañeza. Era un asunto delicado... Había pedido los libros al capataz, y Domingo le había contestado que él no enseñaba las cuentas a nadie sin permiso del patrón... ¡El patrón era su cuñado Lázaro, y este no daba señales de vida!... Padre había tenido un enfrentamiento con Domingo, y desde entonces las dos familias comían separadamente...

(Seguramente, pensaba yo mientras le oía, esta será una de las cosas que me tenía que contar padre).

Yo iba tras ellos, mi padre hablaba como si yo no existiese...

Comentaba a Aldaba que Lázaro no había aparecido nunca por el castillo desde que lo compró, que el capataz se estaba adueñando de todo... Según Babiano, Lázaro enviaba al castillo a exiliados vascos para que al menos tuvieran casa y comida, pero que el capataz los ponía a trabajar fuera del castillo...

En un momento dijo que el capataz era 'un hombre peligroso'...

Luego calló.

Pronto fue el turno de Aldaba, comenzó a contar sus penas: quería encontrar algo en tierra, cada día le costaba más salir a la mar. Los hijos no eran muy estudiosos; su mujer era demasiado buena, hacían lo que querían, y al volver de la mar no podía imponerse.

Habló en un tono muy triste.

Padre aprovechó para preguntar por Tasio (¡descubrí que Aldaba estaba encargado de seguirle la pista a mi hermano!). Los profesores decían que era un chico muy despierto, incluso brillante, pero que se conformaba con aprobar... Padre no entendía. En América le pasaba lo mismo... Pensaba que quizá había hecho mal enviándolo a Europa tan joven... "Pero no quería quedarme en América, desde que desembarqué soñaba con volver; no tengo nada en contra, pero aquella no es mi tierra, ni mi gente... ¡Cuándo cambiará la situación!... Yo quise que mis hijos se formaran aquí, que se enraizaran en mi pueblo..."

"Mira lo que me pasa con la hija mayor: la he encontrado totalmente cambiada, no sé si el internado tendrá algo que ver. Parece que le han matado la espontaneidad que tenía; me tiene preocupado, ¡no es normal que a su edad se pase las horas sentada con un libro entre las manos! Parece que tiene que pensar todo lo que dice, casi se le ha olvidado el castellano"...

Me detuve... Se alejaron sin acordarse de mí, mientras las lágrimas subían silenciosas a mis ojos... dí media vuelta y volví corriendo al castillo.

Tenía el corazón en la garganta.

¡Había decepcionado a mi padre!

¡Y yo que pensaba que me había esforzado en compensar sus sacrificios!... No me pareció justa su valoración, sentí una gran rebeldía dentro de mí.

Me crucé con Babiano, y me dijo: "Mamusel, tengo tiempo libre, qué le parece a las cuatro? El capitán (ahora llamaba así a padre) me ha dicho que le ha dado la carabina esta mañana. ¿No es bonita?" Le sonreí. Quería estar con madre... ¿pero qué le iba a decir?... Subí a mi cuarto, y me puse a escribir cartas, todas me salieron muy tristes: a la abuela, a Marie Claire y a Mère Marie Lucie.

Durante la comida padre me preguntó qué había hecho por la mañana.

Se le había olvidado que había ido tras ellos. Mejor así. Le dije que había ido a echar unas cartas a donde Baron, y que su hijo me había dicho que empezaba segundo en el Lycée Agricole. Iba los lunes y volvía los viernes. Podía inscribirme yo también.

Padre respondió:

"¡No más internados!... Además, lo más probable es que no nos quedemos aquí. Tú tranquila, hablaremos con el maestro la semana que viene".

Babiano vino a buscarme con su escopeta al hombro hacia las cinco, cuando padre y Aldaba salían en coche. Fui a por mi carabina, la odiaba antes de haberla probado, y mi profesor me llevó hacia el bosque. Llegamos al lugar que había elegido, y sobre un viejo tronco caído colocó cuatro pequeñas latas que sacó del bolsillo.

Por el modo como me daba las órdenes Babiano se sentía en el servicio militar, una vez me dijo que había llegado a sargento... "Veamos... la escopeta hay que apoyarla bien

contra el hombro, así" ... y me pasó su escopeta, no la mía... "está cargado, apunte a la lata y déle al gatillo!... Fuego!" Apreté. No sé hacia dónde salió el tiro, yo me quedé sentada... ¡Babiano se reía!... Se quitó la visera, se rascó la cabeza... Comenzamos de nuevo, ahora con mi carabina... ¡La cargué yo!. Disparé hasta cansarme sin acertar en ninguna lata.

"¡Mi trabajo terminará el día que le de usted a una botella colgando de una rama!", dijo Babiano.

Continuamos las prácticas militares hasta que se marchó Aldaba, no al cabo de una semana, sino de dos.

Babiano me comentó lo interesado que estaba padre en mis progresos.

Babiano era encantador. Hablaba con mucha gracia. Yo lo pasaba muy bien con él. Me hablaba de su tierra: tenía una hija, se llamaba Dolores como su madre, era casi de mi edad. Para referirse a ellas decía 'mis dolores'. Una vez le pregunté cómo había llegado al castillo. "El mismo caso del capitán, pero diferente... ¡No puedo volver, pero cuando vuelva le quemaré la casa al hijo de puta que me denunció!"

Y besaba la cruz que hacía con dos dedos, jurándolo.

Una tarde padre me dió un número de teléfono y me pidió que fuese a donde Baron a llamar a Lázaro. ¡Se puso! Le dí el mensaje: padre quería ir a verle; conforme, dijo el tío, que fuese el domingo, en el sitio de siempre. Volví corriendo para dar la noticia a padre. Decidió que aprovecharía la marcha de Aldaba para bajar hasta San Juan de Luz.

"¿Puedo ir contigo?" le pregunté.

"No hija, habla con el maestro la semana que viene, encárgate de la escuela de tus hermanas, y coméntale dónde puedes estudiar tú".

Partieron un viernes, querían dar una vuelta juntos antes de separarse. Al despedirse, Aldaba me ofreció su casa para cuando quisiera, me dijo que lo considerase como a un tío, padre y él eran hermanos.

Me pareció que me lo decía en serio.

Se fueron, y tuve ocasión de hablar tranquilamente con madre. No salía a dar los largos paseos de antes, sólo salía para las clases de Babiano.

Supe que mi madre no estaba contenta.

Mientras cosía las ropas de mis hermanas para el invierno, sin mirarme, sentada, me dió sus impresiones. Quería que el asunto se arreglara cuanto antes. El lugar no nos convenía. No le gustaba el campo. Quería ver a su familia en una casa propia, las niñas en una escuela decente. Aquella situación era muy diferente de los proyectos que trajeron, y me confesó: "¡Maldito el día que le dije que sí al préstamo que nos pidió mi hermano, lo ví tan desamparado!"... hablaba muy bajo. "Además tendremos que pensar qué hacer con Tasio"... También esto le preocupaba. "Como siga esta situación creo que tendré que darme una vuelta por Santurce... Anas y Austina son muy buenas personas, pero están muy mayores!"...

Pensaba que padre volvería el domingo, pero no llegó; le dije a madre si quería que telefonease a San Juan de Luz... "Será mejor que le dejemos hacer las cosas en paz, si va a retrasarse mucho llamará a donde Baron".

El lunes no ví a Babiano.

Me crucé con Donato, el hijo del capataz, y le pregunté si lo había visto. "Hoy es lunes", me dijo, "habrá ido de putas o se habrá quedado en la cama durmiendo la

mona"... Tampoco apareció a la tarde. Le dije a madre: "¿No será mejor que vaya a buscarle?"... Me acompañó. Le dije que esperase abajo, aquella escalera de madera era muy empinada. Cuando llegué arriba me sentí transportada a otro mundo... La "habitación" de Babiano era un hueco entre fardos de paja... hacía calor, noté un extraño olor... sólo había un ventanuco que daba al cementerio; no ví nada hasta que la vista se acostumbró a la oscuridad... Frascos de color verde llenos de hierbas, y por todas partes ramitos colgados... Babiano estaba tumbado sobre un jergón, el pecho descubierto, con un trapo marrón en la mitad... tenía una especie de cinta atada en la frente... Le llamé y no me contestó; me acerqué, respiraba fatigosamente. Me asusté y llamé a madre, que subiese con cuidado... Tan pronto como se le acercó, dijo: "Este hombre está enfermo, tiene fiebre... ¡Baja y trae el maletín de padre!"... Bajé y volví corriendo con la maleta. Le puso el termómetro, tenía cuarenta de fiebre. Buscó un antitérmico entre las medicinas... "¡Si padre estuviera aquí le pondría una inyección!... Será mejor que llamemos a un médico"...

Nos volvimos a encontrar con Donato, y madre le preguntó a qué médico debíamos llamar.

"¡Ese siempre se cura con sus hierbas, mañana estará como nuevo!... No es la primera vez"...

No nos quedamos tranquilas. Subimos a intervalos, y le hicimos tomar líquido. Madre le dió otra pastilla contra la fiebre, y a las cuatro horas nos pudo decir que se encontraba mejor. Quería levantarse a hacer uno de sus emplastos, madre le dijo que se lo prepararía ella, y así lo hizo... Había un olor agrio, como si algo se estuviese descomponiendo. Madre le quitó el trapo del pecho para ponerle uno nuevo, y me miró espantada... ¡lo tenía en carne viva!

Al atardecer llegó el hijo de Baron con un mensaje: padre llegaría al día siguiente.

Nos tranquilizamos un poco.

El lo curaría enseguida; se nos hizo larga la espera, tanto que fui hasta la entrada principal y me senté a esperarlo. Tardó mucho, llegó en un taxi, monté y en el camino le dije lo de Babiano. En cuanto llegó cogió su maletín y subimos los dos; primeramente le tomó la temperatura, era alta a pesar de que el hombre se sentía bien. Preparó una inyección, colocó la oreja sobre su pecho y le dijo que creía que tenía bronquitis; tenía que sentarse en la cama para respirar mejor.

Babiano estaba asustado, no quería que le pusiéramos ninguna inyección, nunca se la habían puesto. Prefería las hierbas... Padre no le respondió, se puso de lado y antes de que Babiano se diese cuenta se la puso. "¡Ya está puesta!" le dijo padre, pero el problema fue al inyectarle el líquido... no se movía, pero clamaba como un loco "¡Ya, capitán, ya!" Padre le dijo que vendría cada seis horas. ¡Y que tendría que ir al médico!

Volvimos al castillo, mi padre estaba muy enfadado.

"Ese hombre tendría que estar en el castillo, y no ahí como un animal. ¡Aquí tanto sitio y ése... Y además vivimos en peligro, cualquier día puede arder el pajar, no sale vivo ni Babiano ni ningún animal.

"¡A ver si empezamos a cambiar algo aquí!"

No dijo nada más, entramos en casa.

Había vuelto contento.

Tío Lázaro no estaba el domingo en el "Euskalduna", pero había dejado el aviso de que lo esperara. Acompañó a Aldaba hasta la frontera y le dió pena verle adentrarse... Cuando dijo esto, le pregunté: "¿Y por qué no pasaste la frontera por el monte para darte una vuelta por el pueblo?"... "¡Tóma, la hija ha salido al tío!" comentó para sí, pero lo suficientemente alto para que lo oyera mi madre... continuó... "¡Como si no tuviera bastantes problemas para meterme en nuevos... ¡mataría a mis padres de miedo!... ¿Para qué? No podría hablar con los amigos, ni pasear tranquilo... Todo llegará.

"Las cosas van a cambiar, ya lo veréis"...

Nos transmitió su esperanza:

Pensaba que para diciembre todo estaría resuelto; estábamos en setiembre, no faltaban mas que tres meses. Lázaro le había firmado un "Poder" que había sido aceptado en el consulado, esto era lo que le había hecho retrasarse; así padre podía controlar los libros del capataz, ¡y además traía el inventario completo del castillo!

Empezaría a confrontarlo al día siguiente.

Babiano necesitó una semana para recuperarse, y reapareció con su buen humor de siempre. Padre hizo lo imposible para que fuese al médico, pero fue inútil, le bastaba con las 'banderillas'.

Informé a padre de mi conversación con el maestro, parecía que no podía ayudarme mucho... Me respondió que no me preocupara, en diciembre reconduciríamos la situación. Yo no estaba de acuerdo, me acordé de lo que le había oído comentar a Aldaba... hice un esfuerzo por sonreír.

Mis hermanas iban a empezar pronto el curso; sin muchas ganas, claro.

Al día siguiente me levanté temprano, como de costumbre. Mi padre estaba ya en la cocina, también la señora Marciala. Desayunamos los dos juntos y me hizo un gesto que no entendí. Salimos. "Tienes que ayudarme a hacer el inventario", me dijo. Y esperamos a que todos, incluida la señora Marciala, se fueran a las últimas labores del campo. Hicimos un trabajo muy preciso. Por partes. Primero, la capilla; no había entrado nunca, era preciosa: tenía un sencillo retablo, le faltaba un trozo; al Calvario le faltaban cuatro láminas de la Pasión, faltaban todos los candelabros y dos esculturas, una de San Juan y otra de la Virgen. "Empezamos bien", dijo padre... Fuimos inspeccionando todos los cuartos y salas; no quedaban mas que las cómodas y los muebles difíciles de mover, todos los demás espejos, quinqués, cuadros y candelabros habían desaparecido.

Fuimos hasta las habitaciones del capataz, las cuatro estaban cerradas con llave.

"Utilizarán una de éstas como almacén" dijo padre, "las irán almacenando aquí, las empaquetarán y el hijo se las lleva de noche en la camioneta... qué desvergüenza... ¡delante de nuestras narices!"...

¡Babiano tenía razón! Se lo contamos a madre y no se sorprendió.

"Se ve que es gente mala, aunque sean de los nuestros"... dijo apenada, "¡así es como se lo agradecen a Lázaro!"

"Pero la culpa es suya, por no aparecer de vez en cuando"...

Padre estaba malhumorado y dijo que pronto iba a haber tormenta en el castillo... Con toda serenidad, enseñando el poder que le había dado Lázaro, iba a pedir los libros. No era improbable que hubiese pelea, ¡las miradas de Domingo no presagiaban otra cosa!

Pero había que aclarar las cosas cuanto antes...

Padre quiso comprobar mis progresos con la carabina. Me daba miedo. Fuimos con Babiano a nuestro campo de tiro y repetimos la ceremonia: "¡carguen! ¡Apunten! ¡Fuego!"... Fallé la primera, pero acerté con los tres siguientes disparos. Padre estaba emocionado. Al día siguiente apareció con una tabla, hizo una raya con un pedazo de yeso y me ordenó que disparara por debajo de la raya. Continuamos así hasta que marqué de tiros toda la tabla. Comprobó que mi munición traspasaba la tabla de lado a lado... "¡Bien!" me dijo, "has progresado mucho"... pero Babiano añadió:

"Mamusel tiene buena puntería, pero le falta valor para disparar a lo que no sean latas o tablas. ¿Dispararía usted sobre un conejo?", me preguntó, y se reía.

Una mañana, temprano, oí campanadas: me extrañó, era martes, las campanas sólo sonaban los domingos, para la misa. Me encontré con Babiano y me dijo: "Hoy tenemos muerto. Han venido a hacer el agujero, se lo he dicho al capitán"... Mis hermanas habían empezado a la escuela, padre no quería que viesan nada de eso, eran muy impresionables, sobre todo Irene. Las llevé a la escuela y cuando volvía tras comprar el periódico en donde Baron ví que traían al muerto. El féretro era una simple caja pintada de negro sobre un carro y a falta de caballo tiraba de él Casilda, la hija del alcalde; en la cuesta le ayudaron algunos del cortejo.

Padre y Babiano estaban en la cuadra viendo la ceremonia; todo se hizo rápidamente, el cura y los enterradores terminaron su trabajo en unos pocos minutos.

Babiano confesó que no le gustaría morir en Francia. Esta gente hacía las cosas con excesiva seriedad... "A mí, después de que queme la casa del medio pariente mío ese, que me lleven mis dos dolores con la banda de música y que digan... ahí va Babiano, genio y figura hasta la sepultura... Y que echen un cohete"...

Mi padre estaba taciturno, y murmuró entre dientes, como solía hacerlo muchas veces: "A mí me gustaría quedar en mi tierra, después de que se me casara el hijo o alguna hija, y tras haber conocido un nieto"...

Se formó otra vez el cortejo tras el carro, ahora vacío... lo llevaba un niño alegremente.

Mis hermanas habían empezado la escuela a mediados de setiembre.

La pequeña escuela estaba frente a la iglesia, a unos diez minutos del castillo. La primera vez fuimos padre y yo con mis hermanas. Irene tenía doce años, iba tan contenta; Pilartxo iba de la mano de padre y un poco temerosa. Estaban preciosas con las batas que les había cosido madre. Padre había organizado bien todo: cada una llevaba su maletín con cuadernos y lápices, los libros se los darían en la escuela. El maestro nos dijo que se esforzaría en enseñar algo a aquellas niñas que no sabían nada de francés, a pesar de que aquella era una escuela de campo, unitaria, con alumnos de todas las edades...

"Al menos" me dijo padre a la vuelta, "que aprendan a disciplinarse un poco".

Irene volvía a casa cada día con más quejas: "No entiendo nada"... "Ese maestro parece marica... ¡se piensa que puedo escribir en francés de un día para otro!"... Y traían los cuadernos sin estrenar. Así continuaron las cosas durante algún tiempo. Pilartxo, más obediente, comenzó a copiar algunas cosas, pero Irene no se esforzaba nada.

Tampoco traían deberes.

Tan pronto como llegaban de la escuela corrían por los alrededores del castillo, como si hasta entonces hubiesen estado castigadas. Pensé que no aprenderían nada ni aunque las metiésemos en un internado... Una tarde fui a buscarlas a las cinco, y cuando volvíamos las tres vimos a Donato que venía del prado con las vacas, y antes de que me diese cuenta, Irene hizo altavoz con las manos y gritó: "¡Donato güevón!... ¡Fils de puuuuuute!" El chico se puso colorado y huímos corriendo... Me enfadé con Irene, pero la hermana me cortó enseguida: "¡Ayer me quiso tocar las tetas!"... Me asusté: "No le digas nada a padre, ni te acerques a ese"...

Pero padre ya lo sabía, se lo había dicho la misma Irene.

Venía el otoño, había empezado a enfriar. Se habían roturado de nuevo las tierras, Babiano trabajaba con el tractor; lo utilizaban por turnos, como en el tiempo de la cosecha. Era interesante ver las tierras despanzurradas; las había de color arcilla, se volvían claras al secarse; las había casi negras... Mi padre también seguía con atención el ciclo de la tierra.

No se cansaba de repetir "la maravilla de las estaciones"...

Recuerdo que una mañana, era noviembre, al bajar a la cocina ví a la señora Marciala y a su marido Domingo que intentaban leer un papel. El escrito estaba donde habitualmente me ponía yo, en cuanto dí los buenos días abandonaron la lectura y se fueron cada uno por su lado. Leí la pequeña letra de padre...

"Her Majesty the Queen is sick, all activities cancelled. Help your sisters to school. Bring breakfast after 9:30. The Vieuxchateau Palace, 4:30 in the morning. The Secretary, Endrike Gorosabel".

(S. M. La Reina está enferma. Anuladas todas las actividades". Acompaña a tus hermanas a la escuela, trae el desayuno después de las nueve y media. Vieuxchateau: las cuatro y media de la mañana").

¡Padre siempre me sorprendía!

Llevé a mis hermanas a la escuela. Esperé hasta las nueve y media y preparé una bandeja con el desayuno de madre. Entré en la habitación mi padre, todavía estaba acostado. Me dijo quedamente que madre había pasado mala noche. Me cogió la bandeja... ¡y se comió el desayuno de madre! "No creo que tome más que líquido", explicó. Así fue. Madre estaba congestionada, le dolía todo el cuerpo y estornudaba. Me dijo: "Prefiero que preparéis vosotros la comida, no quiero deberle nada a esa gente"...

Así fue como cociné mi primera comida.

Hice como quería madre. La señora Marciala sabía que madre estaba enferma, pero no se ofreció para nada. En cuanto lo supo Babiano, apareció con un conejo pelado, y me dijo cómo tenía que prepararlo... pero fue él quien lo hizo; luego fue hasta su cubil, trajo un ramito de hierba seca, lo picó finamente y lo añadió a la salsa diciendo: "Esto es lo que da gracia a la caza".

En todo el tiempo que madre estuvo enferma, padre se quedó en la cama.

No entendía. Parecía que el enfermo fuese él. Me lo explicó madre en un momento que estuvimos a solas: siempre lo había hecho así, no sabía si realmente se sentía enfermo él también o lo hacía para ayudarla a sanar.

Uno de aquellos días amaneció desapacible y ventoso, los árboles habían empezado a perder las hojas y venían como lluvia... formando un hermoso tapiz. Al mediodía tenía que ir en busca de mis hermanas, y mientras hacía tiempo estalló una tormenta terrible. ¡Truenos ensordecedores en el silencio del castillo! Madre aun no se había restablecido y padre la cuidaba... ya no en la cama, a ratos se vestía y se levantaba para volver junto a ella al cabo de una hora... me ordenó que cogiera los paraguas... Pero los paraguas no servían para nada, hubiera sido izar una vela en la ventisca... La mayor de mis hermanas, Irene, salió corriendo de la escuela y sin darme tiempo a nada huyó corriendo mientras gritaba:

"¡Rápido, que viene el terremoto!"...

Para cuando llegué con la pequeña se había quitado la ropa ¡y estaba en la cama en medio de padre y madre!...

Mi padre la consolaba: "Aquí no hay temblores de tierra como en Caracas, no temas... ¡Además, este castillo no hay quien lo mueva!"...

¡Pero aquella tarde no fueron a la escuela!

Esa misma semana, me acuerdo perfectamente, oí decir a padre que tenía que ver las cuentas del castillo. Noté un tono de preocupación en su voz... Era yo la preocupada. Mi madre se había levantado y padre y yo reanudamos nuestros largos paseos, sólo si hacía buen tiempo, claro, y cada vez a padre se le escapaba más a menudo "¡Toma, menudo frío!"... Dejé de ir a mi solitario banco y estaba más tiempo con madre. Cuando estábamos solas repetía: "¡Esto no es para nosotros, las pequeñas están cada vez más salvajes!"...

Faltaba un mes para diciembre.

Teníamos que hablar con tío Lázaro, madre contaba los días. Yo continuaba escribiendo a la abuela Mercedes, ahora a Inglaterra (salió para allá nada más llegar yo al castillo) aunque ella no me contestaba, lo hacía tía Maritxu en su lugar; Marie Claire y Mère Marie Lucie sí me contestaban, y la monja me enviaba listas de lecturas.

En diciembre padre encendió las chimeneas de nuestros cuartos. Me dormía mirando al fuego; sabía que padre pasaría a apagarlo y a arroparme hasta la cabeza. La leña la preparaban Babiano y el jorobado. Traían los troncos con los bueyes desde el bosque, los troceaban con una sierra entre los dos debajo del pajar. Un día que estaban trabajando un impulso demasiado fuerte de Babiano hizo que la sierra golpeará a Daniel el jorobado, y éste, sacando una navaja, se la lanzó... El andaluz la esquivó... "¿Te has vuelto loco, cabrón?" le gritaba mientras huía hacia el castillo. Pálido, se lo contó a padre.

Así se estaban poniendo las cosas.

Un día que hacía bueno salí de caza con mi padre y Babiano.

Yo, con mi carabina... Madre se reía de mi pinta de cazador: una sira grande, botas altas y un abrigo que me había cosido ella y que me tapaba hasta las orejas. Babiano mataba todo lo que se moviese. Yo lo pasaba mal. Padre llevaba también su escopeta, pero no disparaba. Al terminar el paseo Babiano dijo: "Para cazar no hace falta sólo tener buena puntería, también hacen falta agallas, o como dicen aquí... 'des couilles'..."

Sin decirnos nada ni a madre ni a mí, al día siguiente padre le pidió los libros al capataz. Parece que Domingo se los negó, pero cuando le mostró el poder firmado por Lázaro no tuvo otro remedio. Padre se encerró en su cuarto con los libros.

Pasó varios días sin que nos dijera nada.

Bajó con los libros mientras yo estaba desayunando. Se los entregó a Domingo diciendo:

"Muy bien, todo a su favor. Aquí con la cosecha no se pagan ni los gastos, las vacas no dan nada, la tierra tampoco, y cada uno de ustedes cobra un sueldo completo, ¡cigarros aparte!"... Domingo soltó un fuerte "¡Redios!", se quitó la boina y la tiró al suelo, dió un salto en el aire y se largó a la cuadra... Marciala, que había entrado tras su marido, no dijo nada y salió a buscarlo.

Nos quedamos solos padre y yo. "¡Compatriotas!", dijo, "¡ladrones!", estaba furioso... "Además, a Babiano le dijeron que él y el jorobado trabajaban por cuenta del capataz, ¡y en los libros están en el debe de Lázaro!"

"¡Tengo que hablar con él inmediatamente!"

Madre no se sorprendió cuando se lo conté, simplemente suspiró:

"¡Ay, mi hermano!"...

Esto fue hacia Navidades, mis hermanas estaban de vacaciones y padre empezó a telefonar a San Juan de Luz. Tenía prisa... La situación no era buena. Quería traer a Lázaro en persona, pero no lo podía localizar. Cuando lo consiguió prometió venir... le esperamos inútilmente.

Padre no quería amargarnos las fiestas, dijo que las pasaríamos juntos. Saldría a por Lázaro más tarde.

Fueron unas Navidades muy felices, todos juntos... ¡Aunque faltaba Tasio, aun no sé por qué!... Pero para mí fueron las primeras Navidades con mis padres y mis hermanas... ¡aunque sentí la ausencia de la abuela! Envié muchas postales, y recibí otras muchas, de Caracas, de Inglaterra, de Santurce, de Bilbao, de Marie Claire y Mère Marie Lucie... ¡Las puse colgando en la chimeneta grande!... hacía frío, los Pirineos estaban nevados...

Era algo nuevo para mis hermanas.

Cuando menos lo esperábamos, a la vuelta de telefonar, padre anunció que salía a por Lázaro.

Me llamó a su cuarto. Madre estaba cosiendo. Me dijo en un murmullo... que era mejor que le acompañara madre a San Juan de Luz. "Saldremos mañana a la mañana, es posible que solo pasemos una noche fuera de casa; quiero que duermas con tus hermanas, con la puerta cerrada y sin llave; te pondré un colchón... Trae tu carabina"... ¡No entendía nada!... Volví con la carabina, y entonces padre trazó una línea horizontal con un pedazo de yeso en la puerta y me dijo:

"Si notas que quieren abrir la puerta, dispara por debajo de esta línea!"...

"¡Pero padre!"...

No me dejó protestar:

"¡No me fío nada de esa gente! Son capaces de cualquier cosa... Sabemos que cumplirás tu palabra... ¡Tienes que prometerme que lo harás!"...

"¿Por qué no voy yo contigo, y se queda madre?"

"¡Madre no sabe disparar, y tú sí!"...

Continuó argumentando, yo sudaba.

Mientras tanto mi madre preparaba la bolsa de viaje. "Padre tiene razón, hija, no pasará nada, no vendrá nadie, pero está bien saber lo que tienes que hacer si llaman a la puerta".

No pude dormir. Soñaba que tenía que disparar... Me levanté más tarde que otras veces. Baron tenía el taxi delante de la puerta, mis padres estaban desayunando. El capataz y su familia vigilaban nuestros movimientos despreocupadamente.

El día se me hizo muy corto, yo temía a la noche.

Mis hermanas estaban todavía de vacaciones, hacía mucho frío pero salimos un poco... hasta que vimos a Babiano escopeta al hombro. Dimos una vuelta con él, ¡mis hermanas se quedaron muy impresionadas al ver al perro con un ave en la boca tras el disparo de Babiano!

Al anochecer nos encerramos en el cuarto de mis padres como lo había ordenado padre.

Irene sabía que no debía salir del cuarto, pero casualmente quería ir al servicio... no quería hacerlo en el orinal que nos había traído padre... ¡iba a orinar en la cama! La noche se me hizo interminable, no podía dormir, tenía la carabina a mi lado, y me preguntaba a mí misma si sería capaz de disparar...

Me dormí al amanecer.

Durante el día me sentí cansada, esperando ansiosamente a que aparecieran mis padres... no volvieron. Otra vez la misma noche... larga... como la anterior... oí ruidos, pequeños ruidos... ¡Había alguien al otro lado de la puerta!... Quité el seguro a la escopeta, oí más ruidos, no sé si era yo quien los hacía... ¡Había alguien detrás de la puerta!... El tiempo pasaba lentamente... en esta habitación se oían ruidos que no se oían en la mía... ¡Los perros aullaban como nunca!... Hacia el amanecer oí un ruido de motor... ¡Ya llegaban!... ¡Nada!... Al fin amaneció...

Tenía un fuerte dolor de cabeza, sentía los latidos del corazón en las sienes... Tomé una aspirina del botiquín de padre.

Se acercó Babiano a la hora del desayuno y vió mi menú; las tres hermanas desayunamos ante las idas y venidas de la señora Marciala...

¡Nuestros padres llegaron por la tarde!

Salí corriendo en cuanto oí ruido de motor en las primeras rampas de la colina... ¡Eran ellos! ¡Me fijé en padre, su mirada era serena, incluso optimista! En cuanto llegaron al castillo me metí en la cama, estaba rendida y no podía con el dolor de cabeza...

A la mañana siguiente me levanté más temprano que nunca, tuve que esperarles mucho tiempo. Sentada en la cocina, fui testigo del silencioso desayuno de Domingo el capataz, su hijo, el jorobado y Babiano. Hablaban entre ellos en euskera, su lengua. No les entendía nada.

¡Si la hubiese sabido como la sé hoy!

Babiano estaba en la misma mesa, pero en otro mundo. Lo desplazaban, él tampoco les entendía.

Era nuestra pre-guerra.

Cuando bajó padre sólo quedábamos la señora Marciala y yo en la cocina, mi padre la saludó educadamente como siempre. Yo le serví el desayuno, noté en su mirada que no quería preguntas. Afuera hacía frío, entraba un aire helado por las rendijas de las ventanas. Pero padre me invitó a dar una vuelta.

Tío Lázaro le había dado todas las seguridades: todavía era dueño de una cantera que podía vender para devolvernos el dinero, también podía poner el castillo a nombre de padre... por favor, que esperásemos hasta finales de enero. Maître Guillaume era el notario de Mirande. Padre prefería dinero, habían estado viendo casas, les gustó una, pequeña y cómoda, en San Juan de Luz: yo podía seguir estudiando, también era más cómodo para que Tasio nos pudiese visitar, estaba cerca de la frontera. Era un sitio muy bonito. Habían decidido echar a Domingo y su familia, y padre pondría el dinero para hacerlo...

"¡Todavía pide indemnizaciones el muy ladrón!"...

Mi padre había hablado con Babiano, su amigo André conocía un matrimonio con dos hijos dispuesto a venir a trabajar al castillo. No hay problema, decía padre mientras se frotaba las manos, se nos habían quedado heladas durante el paseo, y al entrar de nuevo en casa me dijo: "Tu madre tiene razón, este sitio no es para nosotros, a 'esa' tampoco le gusta el campo.

"Tenemos que conseguir la casita de San Juan de Luz".

Pasó enero y no tuvimos noticia de tío Lázaro.

Y padre se puso triste, nervioso, pero no decía nada. A finales de febrero empezó a llamar de nuevo, tío Lázaro nunca estaba...

"¡Tendré que bajar otra vez!"

Procuraba consolarme, que esperara un poquito más... ¡tenía miedo de que me volvieran a dejar sola con la carabina!... Padre decidió: "Esto se me está haciendo demasiado largo... No podemos seguir así, este asunto hay que solucionarlo de raíz"... Madre también estaba preocupada, y yo también empecé a estarlo. Mis hermanas no sabían nada... ¡Las envidiaba!

Inesperadamente padre volvió de donde Baron diciendo que había logrado hablar con tío Lázaro. No había esperanzas de poder vender la cantera por ahora, era mejor que el castillo se pusiera a nombre de padre... Para ello era preciso echar al capataz y su familia... ¡y pagarles!... Madre se deprimió aun más... ¡Otro pago!... Los pagos siempre teníamos que hacerlos 'los americanos', los cobros tenían que hacerlos los demás... El único que estaba feliz era Babiano, iba a estar a las órdenes directas del capitán y de nadie más...

Se marcharon en cuanto padre les dió el finiquito. Pidió a Domingo dos recibos de la operación; abandonaron todas las labores, oía el ruido que hacían al recoger sus cosas...

Se marcharon sin decir palabra.

Padre comentó: "Como ladrones... ¡lo que son!... han cargado el camión con las cajas... No han dejado mas que lo que no podían llevarse!" Fuimos a hacer una comprobación con madre, había dos quinqués muy bonitos, dos o tres espejos de marco dorado, dos relojes y unos candelabros dorados.

Y padre se tranquilizó.

Ese mismo día Babiano se trasladó al castillo con su escopeta y se instaló en la sala que más le gustó.

Enseguida apareció Didier, el recomendado por Babiano, los dos se encargarían de las huertas y del ganado. Ví a padre serrando con Babiano, aprendió a ordeñar, y pensé que se hubiera quedado allí como un labrador más si no hubiese sido por madre y nosotras...

Se esforzó mucho en las labores del castillo.

Se acabaron los paseos que daba con él. Volví a oírle tararear las arias de ópera que tanto le gustaban, y una vez le acompañé en una pieza de 'Aida', y se sorprendió:

"¿Todavía te acuerdas?"...

"Sí", le dije, "sobre todo de las versiones de la Tebaldi".

Le pregunté por sus discos, me dijo que los había dejado todos embalados en Caracas... "En cuanto se arreglen las cosas, en cuanto tengamos una casa, le diré a mi amigo Juanjo que me lo mande todo"... Y añadió: "Espera, espera... cuando nos instalemos como es preciso te llevaré a la Scala de Milán, allí es donde hay que escuchar ópera... Cuántas cosas tenemos que hacer todavía, ¿verdad?"...

Se acercaba la primavera.

Estaban pujando las primeras flores, padre me dijo que teníamos que ir a ver al notario.

Bajamos en moto a Mirande, y mientras buscábamos la calle de Maître Guillaume, padre me dijo que íbamos a preguntar qué teníamos que hacer para poner el castillo a su nombre, y cómo podíamos venderlo; sabía que era 'site classé', un lugar histórico que el estado quería conservar sin alteraciones, estaba legalmente clasificado, y quería saberlo todo sobre el asunto. Teníamos que asegurarnos de que aun así podíamos venderlo. Le explicamos lo que queríamos. El notario se levantó y buscó el dossier del castillo. Leyó cuidadosamente los papeles de la carpeta, y muy despacio, para que lo entendiera bien, dijo que ¡el castillo estaba hipotecado!

Miré a padre; no necesitaba traducción, ¡lo había entendido muy bien!... La sangre había huído de su rostro, estaba blanco como el papel... "Pregúntale por cuánta cantidad está hipotecado". Cuando el notario me dijo la cantidad de francos, mi padre se levantó, le dió la mano al notario articulando un débil "Merci" y nos fuimos.

Hicimos un largo trecho en silencio... "Creo que no volveremos en moto"... dijo, "lo dejaremos en algún garaje, no soy capaz de conducir"...

Cogimos un taxi y volvimos al castillo.

Padre no decía nada. Yo no sabía qué hacer. Busqué su mano, y entrelazándome los dedos me la apretó con fuerza, en silencio.

Su mirada reflejaba una tormenta.

En cuanto bajamos del taxi fue a buscar a madre. Estaba cosiendo.

Los dejé solos.

Le oí desde mi cuarto... no todo, pero sí su lamento: "¡Lázaro nos ha engañado! ¡Esto está hipotecado! ¡Y no de cualquier manera!... hace casi un año que vinimos, y no ha sido capaz de decir la verdad... ¡Quienes se cree que somos!"... Madre hablaba muy bajo... no la entendía.

Volvieron mis hermanas de la escuela, las recibí y fuimos a dar una vuelta. Yo me preguntaba: ¿Qué va a ser de nosotros?

Mi madre tenía los ojos rojos de llorar. No cené nada, tomé un vaso de leche y me fui a la cama.

A la mañana siguiente me encontré con Babiano en la cocina. Quería que desayunara huevos fritos, como él. No podía, claro... Bajó padre. Estuvo en silencio mientras yo calentaba la leche y sin mirarme dijo:

"Ahora tenemos que conseguir que si Lázaro no puede vender la cantera, que la hipoteque, y con ese dinero levantar la hipoteca del castillo, todavía se puede hacer algo"...

"Iremos a San Juan de Luz"

"Vete a donde Baron y llámale"...

Así lo hice, pero me dijeron que tío Lázaro no estaba. Dejé el aviso que le llamaría todos los días, que padre quería verle inmediatamente. Al cabo de cinco largos días vino el hijo de Baron con el mensaje: tío Lázaro estaría esperándole los tres siguientes días.

Le pedí que me llevara.

Salimos esa misma tarde, a la noche estábamos en el hostel 'Euskalduna'. Padre estaba muy nervioso, y yo también acabé estándolo, claro. El tío no apareció hasta las diez de la noche. Quiso que cenáramos con él. Nosotros no teníamos apetito. Se sentó, y con el mayor aplomo pidió una lata de espárragos; se la trajeron abierta, se los comió con los dedos uno a uno, luego se bebió el caldo de la lata:

"Es muy bueno, muy diurético"...

No nos preguntaba nada.

Padre contempló con mucha paciencia la copiosa cena del tío, pero cargándose de rabia.

Estalló antes de que le trajeran el postre:

"El castillo tiene una hipoteca muy fuerte, ¿por qué no me lo dijiste?"

Tío Lázaro no hizo ni un gesto, continuó comiendo, saboreaba la cena, le habían traído una gran copa de helado con chantillí, pidió café.

"Esto hay que arreglarlo" le dijo padre, "quizá se pueda hipotecar la cantera y levantar la del castillo... He echado a Domingo y los suyos, los he indemnizado con mi dinero, aquí está el certificado", y lo puso sobre la mesa.

Tío Lázaro lo dejó sobre la mesa, lo leyó someramente, y por fin habló:

"Mira Enrique, tómate las cosas con calma, tengo ahora asuntos más importantes, estoy esperando que los alemanes me paguen dos barcos, y eso es mucho dinero; lo vuestro no es nada con lo que tengo que afrontar yo. De todas formas, puedo darte un poder para que hagas con ese 'château' lo que quieras; no puedo hacer más, si es que no quieres esperar"...

Lo decía como si fuese totalmente dueño de la situación. Pero padre tenía bastante experiencia sobre las palabras y los hechos de tío Lázaro, y quedaron en que cumplimentarían ese poder al día siguiente.

Al despedirnos, el tío aseguró que si las cosas salían como él esperaba, se presentaría personalmente en el castillo.

Tomamos el tren; y padre pensaba en voz alta: "No lo entiendo, ese hombre no tiene cabeza o se ha vuelto loco... Te aseguro hija mía, que si hubiese tenido que conseguir su dinero a base de trabajo y sacrificio, actuaría de otra manera. Lo ha hecho todo a lo fácil, con unos cuantos golpes de contrabando, me atrevería a decir que lo que se dice trabajar, este no ha trabajado nunca. ¡Qué imbécil, comiéndose aquellos espárragos con los dedos!"...

Y concluyó: "Tu madre se va a llevar un buen disgusto".

Pasamos por Mirande a recoger la moto que habíamos abandonado tras la visita al notario. Llegamos al castillo al atardecer. Madre nos esperaba intranquila. Mis hermanas se habían acostado ya. Padre se sentó fatigado y empezó a contar. Mi madre, sentada ante él, mostraba una expresión cada vez más seria, no decía nada.

Desde aquella noche, padre no volvió a pasar por mi cuarto a despedirme.

Incluso me pareció que había cambiado su modo de caminar, que su paso era más lento, que sus hombros, antes tan cuadrados, habían caído y que su espalda se había encorvado un poco. Su mirada mostraba una gran desilusión... pasaba tristemente sobre las cosas.

Ahora se levantaba más tarde, ¡en primavera! Se volvió taciturno, y sólo las bromas de Babiano y de mi hermana Irene conseguían sacarlo de su tristeza.

Un día, mientras desayunábamos, bajó y me dijo: "¡Vámonos a donde el notario, a ver qué se puede hacer con el castillo!"

Salimos después de comer, padre llevó el poder que le había dado tío Lázaro. Maître Guillaume nos escuchó atentamente, analizó el documento, nos dijo que no íbamos a ganar gran cosa vendiéndolo, tenía una hipoteca muy alta. Padre calculó que con el dinero que podía sacar limpio tenía para aguantar un tiempo y resarcirse de la indemnización que había tenido que pagar a Domingo.

Se lo confesó a mi madre: "No tenemos para comprar la casa de San Juan de Luz"...

Madre dijo entonces:

"¡Volvámonos a Caracas!"

¡Padre se quedó de piedra!

Los oí hablar en su habitación, era raro. A la mañana siguiente mi padre me dijo: "Lo que ayer propuso madre quizá no sea lo más fácil, pero sí lo más práctico. En Caracas podemos salir adelante de nuevo. Si vamos solos podemos hacer un poco de dinero trabajando duro. Vosotros os quedaríais en Santurce con tía Adela y tía Maritxu. Aquí no podemos hacer nada, no sabemos francés. Tu madre tiene razón.

Empecé a odiar a tío Lázaro.

Era él el origen de todos nuestros males. Nos obligaba a separarnos de nuevo.

No respondí; yo había perdido toda espontaneidad con nuestra primera separación, vivía temerosa de defraudar a nadie, tenía que pensar mucho antes de decir nada...

Pero se lo dije a mi madre como un tiro: "¡Quiero ir a Caracas con vosotros, no quiero quedarme en Santurce!"

Madre me miró cariñosamente y dijo: "Tu padre no lo aceptaría nunca. Sería muy duro dejar a tus hermanas solas en Santurce, te necesitan. No te preocupes, todo se arreglará"... Lloramos, lloramos las dos, nunca había llorado tanto... desde que habíamos salido de Puerto Cabello.

¡Entonces tenía diez años, y ahora casi diecisiete!

Todo se precipitó...

Mis hermanas creían que íbamos a Santurce de excursión, sobre todo Pilartxo, la menor; Irene se puso un poco triste, pero padre le dijo que allí estaba Tasio, que dejaría la escuela francesa... y le pareció que Santurce era el paraíso.

Además, no iba a ser una separación larga...

Parecía que nuestra capacidad de ilusión era infinita, no sé por qué... ¡quizá no tuviésemos otra opción!

Pusimos un anuncio para la venta del castillo. Comenzaron a aparecer curiosos, mi padre me pidió que hiciera de cicerone. ¡Pero los visitantes nunca volvían! Un día vino una pareja, él era mucho mayor que ella; visitaron el castillo y al final la joven exclamó: "¡Querido, ésto es lo que yo quería!"... Volvieron al cabo de dos días y nos dijeron que lo compraban. Padre les pidió que esperasen hasta que pasara la cosecha, y que aceptaran a Babiano, era el que mejor conocía el castillo y les iba a ser de gran ayuda.

Firmaron el acuerdo de compra ante el notario.

Mi padre empezó a preparar nuestro viaje inmediatamente.

Hacía cajas y maletas con mucha habilidad. Quería enviarlas cuanto antes, para que estuvieran en Santurce a nuestra llegada...

(Se las arregló con un agente de aduanas, las maletas llegaron a Santurce dos meses antes que nosotros).

Fue una de las mejores cosechas, según Babiano.

Mis padres no tenían ganas de fiestas, pero tuvieron que dar la cena de rigor. Babiano salió a por vino, se colocaron las mesas bajo el pajar; se comió y se bebió durante horas y horas, alguien sacó un acordeón y hubo baile hasta la mañana.

A finales de agosto padre decidió que era tiempo de partir. Quería que estuviéramos en Santurce para el comienzo de curso; inscribieron a mis hermanas en el colegio de las Hijas de la Cruz, en el mismo que pensaban matricularme... ¡antes de que cruzara clandestinamente la frontera con mi abuela!

¡Cuántas vueltas, desde entonces!

La víspera de partir dí mi último paseo con mi padre.

Con su brazo sobre mi hombro, me comentó lo que esperaba de mí. Estaban tranquilos, sabían que me haría cargo de mis hermanas, que les escribiera si pasaba algo. ¡Fue un paseo difícil para mí!...

En un trecho que íbamos el uno detrás del otro, él delante, comentó:

"¡Qué pena que no seas tú el hijo mayor!"...

Me cogió del brazo cuando el camino lo permitió de nuevo y empezó a hablar como si lo hiciera a solas: "En el último viaje que hicimos a San Juan de Luz me dí cuenta de lo perdido que está Lázaro... está lleno de deudas... ¡No sé qué será de su familia!... Tu abuela Mercedes huyó para no ver la realidad, pero aunque esté en Inglaterra no podrá curarse de ese dolor... ¡Es su madre!... Gracias a Dios nosotros aún somos jóvenes y tenemos salud, ahorraremos un poco y volveremos pronto... Mientras se irán arreglando los problemas políticos. Volveremos, estáte segura. Yo quiero morir en Santurce".

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

Estábamos llegando al castillo.

Pasé toda la noche pensando en nuestra despedida. Una gran congoja me angustiaba, ¡hubiera hecho cualquier cosa por marcharme con mis padres!

Llegó el día:

Nos despedimos de Babiano, ahora capataz del castillo a las órdenes de los nuevos dueños que vendrían enseguida. Subimos al taxi y nos dirigimos a la frontera. Mi hermano Tasio y tía Adela se habían adelantado a recibirnos, nos esperaban en Hendaia. Fuimos todos a un restaurante; padre y Tasio parecían hermanos. Adela se hizo cargo del dinero, padre le comentó que creía que sería suficiente para un año.

Mis padres saldrían en avión desde París. Yo no podía hablar, no podía retener las lágrimas, mi madre se echó a llorar...

Mi padre, sin abrazarme, me dió un largo beso en la frente: "¡Vete... y no mires atrás!... Me encaminé, pero no pude cumplir la orden, miré hacia atrás... los ví juntos, madre apoyada en el brazo de padre, y padre lloraba..."

10

El viaje a Santurce fue muy corto.

Entre Tasio e Irene surgió una relación como si nunca se hubiesen separado; los dos tenían la misma chispa, se tomaban el pelo mutuamente... Pilartxo iba callada, entre tía Adela y yo, apoyada su cabeza en mi hombro, como para dormir; iba un poco mareada; yo tampoco iba tranquila, no podía respirar bien.

El camino de la costa, aunque bonito, era agotador, tenía muchas curvas.

Pasamos Bilbao y nos acercamos a Sestao y Baracaldo. Irene exclamó: "¡Coño, Tasio, qué feo es esto!"

El chófer la miró asustado.

Tasio y ella hablaban criollo con mucho desparpajo, su habla tenía mucha gracia. Yo me avergonzaba si utilizaban aquellos giros delante de la gente; sabía que en Venezuela no tenían las mismas connotaciones, ¡pero no estábamos en Venezuela! Pensaba en ello mientras el taxi avanzaba por la margen izquierda... en cuanto llegamos a Santurce Tasio se fue a casa, y las tres hermanas nos fuimos con Adela.

María nos estaba esperando, ¡qué alegría se llevó al vernos!

¡Un sol de verano!

Al cabo de una semana recibimos una postal de París, diciendo que iban a tomar el avión de Caracas y que pronto nos escribirían.

Pero pasaron los días y no llegaban noticias.

¡Como si el avión se hubiera perdido entre las nubes!

Pero yo sabía que teníamos algo más que hacer que esperar las cartas de nuestros padres... Había que preparar las ropas de mis hermanas; me esforcé en preparar las batas, las maletas y todos los detalles como se lo había visto hacer a padre.

¡La primera semana de escuela fue lamentable!

Cuando volvieron a la disciplina, mis hermanas se rebelaron, ¡era muy duro, sobre todo para Irene! Pilartxo se cambiaba en cuanto llegaba de la escuela y se ponía a trabajar en sus deberes, pero Irene se despistaba con cualquier excusa, no salía de sus juegos. Y entonces tuve que tomar el relevo de la abuela Mercedes: hay que aprovechar el tiempo, el colegio es caro, los padres están lejos sacrificándose por nosotros... "Tenéis que sacar buenas notas, para darles alguna alegría"... Pero yo no era la abuela Mercedes, y tampoco Irene tenía mi manera de ser, y una vez que estaba imitando a la abuela... se me quedó mirando de hito en hito, y con una rebeldía de la que yo no fui capaz, me dijo: "Yo en Caracas me sabía el Himno Nacional... en Châteuvieux el maricón del maestro quería que cantara Napoleon y La Marsellaise... ¡y ahora aquí me vienen con una lista de reyes... ¡No, ya!... ¡Yo, ya!"

No tenía respuesta para eso; conocía bien el trastorno que es andar de un lado para otro.

Así es el exilio...

Hicieron amigas, descubrieron rápidamente aquel pueblo que les ofrecía libertad y protección a un tiempo... ¡se sentían en casa en todas partes! Tenían una familiaridad que no podían conocer ni en Caracas ni en el castillo...

¡Irene estaba en su ambiente!

Adela y María eran felices, su monótona rutina se había llenado de vida de repente, y poco a poco Irene empezó a hacer con ellas lo que Tasio hacía con Anas y Agustina, es decir, lo que le daba la gana...

A la tercera semana comencé a preocuparme, ansiaba la llegada del cartero. Sabía lo que era esto, otra de las características de una familia separada... el cartero pasaba entre las once y las doce, lo vigilaba... y mientras volvía a subir las escaleras de vacío, trataba de justificar el retraso: estarían buscando una residencia fija, estarían buscando trabajo... La primera carta llegó al mes y medio, era de mi madre y venía a nombre de Adela... Le pedía que nos comprara todo lo necesario, que nos pusiera pescado siempre que pudiera, en el castillo no habíamos comido más que carne, a nuestra edad era importante el pescado... El resto era para nosotros: padre había encontrado trabajo llevando la contabilidad a unos norteamericanos, ella quería poner una pequeña tienda. Era muy optimista. Nos mandaba otra dirección, la de su casa; hasta ahora habían estado con una familia de amigos...

Pronto llegó la primera carta de padre, escrita con aquella letra suya tan inconfundible... ¡dirigida a mí, como siempre! Todavía no habían llegado mis hermanas de la escuela, y la leí despacio, saboreando cada palabra, la volví a leer una y otra vez... Padre, también optimista, estaba lleno de proyectos, y además quizá pudiera convalidar en Venezuela su título de capitán, ¡para hacerse de nuevo a la mar!

Este es otro de los ejes del exiliado: aprender un nuevo oficio o volver a estudiar para poder vivir.

Los norteamericanos pagaban bien a los marinos, ¡esta podía ser una buena manera de hacer un poco de dinero! Pregunté a Adela cuánto había gastado con nosotros en aquellos dos meses. Creo que no le gustó, ¡y me pareció muy grande la cantidad de pesetas que me dijo! Era cierto que incluía los uniformes, los abrigos y los zapatos, pero de todas formas se me escapó: "Lo que nos dejó mi padre debe durar todo el año"... Y Adela contestó: "No te preocupes, nosotras también tenemos algo, y si es necesario pediremos dinero en la Caja de Ahorros".

Me sentí verdaderamente como había dicho mi hermano, 'Levi'.

Mi padre me había ordenado que si necesitábamos dinero no se lo pidiese a nadie de la familia, ni siquiera a sus padres: "Vete a hablar con Aldaba y pídele lo que necesites, y yo me arreglaré luego con él; si está en la mar, pídeselo a su mujer, ellos están de acuerdo"...

No quería verme en esa situación.

Hablé con mi hermano Tasio.

Me miró sorprendido. "No te preocupes 'Levi', yo tengo algo ahorrado; además, Anas y Austina andan bien de dinero".

Me sentía responsable de mis hermanas. Había aceptado una gran carga, y a medida que pasaba el tiempo me iba dando cuenta de que a Irene le traían sin cuidado mis opiniones. ¡Me plantaba cara! Si le decía algo, respondía:

"¿Y quién ha dicho eso?"...

"Yo"

"Y tú, ¿quién eres?", me contestaba aquella descarada de catorce años.

"¡Tu hermana mayor!", respondía.

"¡Ajá, y entonces?", me respondía en puro criollo, y dando la vuelta concluía: "Au revoir, Madre Superiora"...

Se acercaban las Navidades, yo estaba triste.

Hasta ahora no había pensado en mí misma, pero no podía seguir así mucho tiempo, tenía que encontrar un medio de ayudar a mis padres y al mismo tiempo pensar en mi porvenir. Continuar los estudios... ¿Pero qué estudios? Había dejado el internado antes de poder terminar el bachillerato. Sólo podía estudiar algo que no supusiera mucho gasto, y además ya había pasado el primer trimestre...

Estaba desorientada.

Me había convertido en 'espía del cartero'... ¡y eso no era un oficio!...

Por otro lado, ¡escritora de cartas!... Escribía en días fijos, y obligaba también a hacerlo a mis hermanas: Pilartxo escribía largas parrafadas, pero a Irene le costaba mucho... "¿y qué les voy a poner?", miraba al techo. Trajeron sus primeras notas: eran muy buenas las de Pilartxo, Irene era un fracaso total. Era muy hábil con las manualidades, pero no se esforzaba en el estudio; incluso había hecho novillos sin contarle nada a su hermana, y Pilartxo venía exhausta del colegio preguntando "¿Ha llegado Irene?"... y salía corriendo en busca de la hermana perdida, a veces se había ido a ver una película infantil... incluso tenía su cuadrilla de chicos, la seguían a todas partes con sus pantalones cortos.

Se lo conté a mi hermano Tasio, pero él me dijo con picardía: "Déjala, no te preocupes... que disfrute, este pueblo es muy tranquilo, ese es su secreto"...

Yo no pensaba lo mismo, y veía que no tenía fuerzas para superar la situación.

Todo era bondades en las cartas que escribía a mis padres, ¡cómo iba a añadirles preocupaciones! Por otro lado, había podido comprobar cuál era el tipo de ayuda que me iba a dar mi hermano... ¡Yo no hacía mas que perder el tiempo! No era capaz de disciplinar a mi hermana y tampoco ayudaba a mi familia, no estudiaba...

¡Tenía que pensar algo!

Aquellas Navidades las pasamos los cuatro hermanos juntos.

Era la primera vez en los últimos ocho años, pero ahora faltaban nuestros padres. La Nochebuena, con el permiso de tía Adela, nos reunimos en casa de Anas y Austina; nos retiramos muy tarde. La llave de casa la tenía yo, era grande y pesada; de no haberla tenido no nos hubiera quedado otro remedio que tocar aquel horrible timbre... ¡en plena noche! Entramos las tres en la habitación de la abuela, y nos acostamos mientras en la otra habitación murmuraban nuestras tías, yo lo hice en la cama de la abuela y mis dos hermanas en la cama que solíamos dormir tía Maritxu y yo. Se hizo el silencio, la respiración de mis hermanas cobró el ritmo de quien duerme profundamente, y estaba a punto de dormirme yo también... ¡pero sonó aquel horrible timbre!... ¡Dí un bote en la cama!... Mis hermanas se despertaron, pero aquel timbrazo, ¡echó de la cama a las dos viejecitas como solían hacerlo los truenos!

"Tú tranquila", dijo Adela, "a esta hora, será 'El Negro'"... y salió murmurando, cogió la llave que yo había dejado sobre la mesa de la cocina y allá fue la pobre escaleras abajo... el paso de sus zapatillas sonaba como si se arrastraran en mi oído...

(Desde mi última venida había notado muchos cambios en las viejecitas... a todos les habían crecido las orejas, arrastraban los pies, les bailaban los dientes y estaban todas sordas... Fue esto último lo que más me chocó, teníamos que alzar la voz, incluso gritar un poco, para que nos pudieran oír...).

... quise saber a quién iba a abrir la puerta Adela aquella noche... ¡Cómo iba a ser 'El Negro'! Hablaba quedamente, pero tuvo que levantar la voz para meter las palabras en la cabeza de tía Adela, me enteré de todo... ¡Era él!... Tío Lázaro le pedía que a la mañana hiciese una llamada telefónica "de parte de Manuel", y si estaba de acuerdo, "a las doce, como siempre, y si te responde que conforme, cuelga un paño blanco en la ventana de tu habitación"...

Arrancó un coche...

Tía Adela murmuraba mientras subía las escaleras: "¡Virgen Santa!... ¡Algún día nos va a dar un disgusto, y ahora tenemos a las chicas en casa!"...

Oí que se acostaba, las oí murmurar... ¡rezaban, seguramente!

Todavía temblando, Adela me confesó a la mañana siguiente: "Anoche vino 'El Negro'... no sé cómo decirle que no vuelva más por esta casa, un día lo va a matar la policía de un tiro... ¡y vamos a terminar todos en la cárcel!"

¡Pobrecilla!

"Voy a hacer la llamada, antes de ir a misa"... Me dió mucha pena, tan vieja, tan preocupada... Y tío Lázaro por los alrededores, Dios sabe en qué negocios... implicando a su familia... ¡después de haberla ayudado mucho!

Durante el segundo trimestre Irene cayó enferma.

No sé cómo lo hizo mi padre, pero ahora estábamos pasando todas las enfermedades de las que nos había librado él. Don Isidoro, el médico, vivía en el segundo piso, era el médico de familia y también amigo; subió a verla y tras recetarle una botica ordenó que estuviese en cama algunos días. Así lo hizo, pero la hermana no mejoró, seguía teniendo fiebre. Irene empezó a quejarse cada vez más, su queja se transformó en orden: "¡Quiero que venga mi padre, me siento mal, ese medico es un 'bolsa'... Que venga padre!" Así durante tres días. Día y noche pedía que volviese padre. Pilartxo y yo la mirábamos asustadas... "¡Que me muero, que venga padre ahora mismo!"...

Tuvo una recuperación muy lenta, estuvo mucho tiempo sin ir al colegio.

Con la primavera el parque estaba muy bonito, hacía un gran contraste con el mar, era francamente hermoso el panorama que teníamos desde aquel cuarto piso... Un día llegó Irene diciendo que al lado del colegio habían abierto un 'tonticomio', una escuela especial para chicos torpes. Pronto empezaron nuestros problemas. Los alumnos torpes se fugaban por la puerta de atrás y hacían planes con las alumnas del colegio, planes sin malicia alguna, pero era suficiente para tenerme preocupada. Tenía que hacer algo. Empecé a vigilar las idas y venidas de mis hermanas...

¡Me acordé de mi padre!

Entonces comprendí las pegas que ponía a mis salidas por los alrededores del castillo.

A pesar de que éste era el pueblo de mis padres, y no el de aquellos desconocidos... En una carta que le escribí le comentaba si no sería mejor que estudiaran en un internado. La respuesta demoró mucho. ¡El internado les parecía algo muy duro, no querían que mis hermanas pasaran el trago que pasé yo!

Yo ayudaba a mis tías y leía mucho, pero era el segundo curso que perdía...

Mi padre me animaba a que continuara estudiando idiomas. Entonces me dí cuenta de lo que podía hacer en Santurce: ¡nada! Un amigo de Tasio me dijo que en Bilbao había una buena academia. Fuí. La matrícula estaba cerrada, pero me dijeron que con lo que sabía podía entrar y presentarme a los exámenes finales. Me inscribí. Esto quería decir que tenía que ir y volver todos los días. Los profesores... me pareció que sabían mucha gramática, pero que pronunciaban muy mal el francés y el inglés, como si hablaran en catalán... ¡en realidad, eran catalanes! Superé bien los exámenes, pero no me encontraba a gusto.

Se lo conté a padre.

Pronto me contestó: "Busca la mejor solución, estaré conforme con lo que decidas".

Me pedía algunos libros para poder hacer el examen de capitán en Venezuela... ¡en junio, como mis hermanas! Se los envié rápidamente... Me alegré muchísimo cuando escribió diciendo que había aprobado y que salía de nuevo a la mar. No era un trabajo sencillo: tenía que hacer el trayecto Maracaibo-Aruba en un petrolero, pasaría mucho calor, pero eso no le importaba, ¡todo era soportable con tal de poder volver cuanto antes!

El verano nos trajo problemas.

Irene salía y no sabíamos dónde andaba, no llegaba a tiempo a las comidas, ¡vivía feliz! Pilartxo era muy diferente, no sólo por que fuese dos años más joven. Tasio tenía novia y lo veía muy contento, además sólo le faltaba un curso para terminar Comercio.

Escribí a padre diciéndole que me gustaría ir a Inglaterra, a casa de tía Maritxu. Además, estaba la abuela.

Mi padre estaba de acuerdo, pero ahora le parecía conveniente buscar un internado para mis hermanas, Adela y María eran demasiado mayores para controlar a las dos hermanas, no se iba a quedar tranquilo. No había problemas económicos: "Vete tranquila, veo que las dos pequeñas se han hecho bien al ambiente del pueblo, eso me alegra; es posible que madre pueda darse una vuelta por ahí el verano que viene".

Parecía que todo empezaba a normalizarse.

La idea del internado preocupaba mucho a Irene: "¡Y qué, encerrada! ¿No hay salida semanal?"... Una noche, nerviosa, me responsabilizó del cambio, ¡estaba abandonando a mis hermanas! "¡Claro, porque eres tú la que quiere encerrarnos en un internado!" Me sentí culpable, pero también tranquilizada. ¡Yo no la podía controlar, se me escapaba de las manos!

Pasó el verano y en setiembre llevamos a mis hermanas al internado de Berriz. Les hice la primera visita y preparé el viaje a Southampton. Me despedí de toda la familia. Los abuelos no aceptaban mi decisión: "Has salido a la familia de tu madre, no paras

quieta en un sitio". No pronunciaron la palabra 'bando', pero es lo que pensaron... Salí al día siguiente. Dejé a Adela y María con mucha pena.

"¡Ahora volvemos a quedarnos solas!"... Me prometieron: "Iremos a visitar a tus hermanas todos los domingos, pasarán el verano aquí".

Partí llena de ilusiones.

Pronto cumpliría diecinueve años ¡y no había tenido tiempo de pensar en mí misma! Hice el viaje vía París, luego Calais-Londres, llegué a Southampton la noche siguiente.

¡Caí inesperadamente!

No había concretado la fecha de llegada. Se alegraron mucho al verme bajar del taxi, tía Maritxu era muy expresiva... ¡Esperaba un hijo para octubre, había llegado a tiempo de ser madrina!... No me dejaba decir una palabra... Entré en el salón... ¡allí estaba la abuela Mercedes!, sentada junto a la chimenea, me acerqué, me agaché para que me abrazara sin levantarse y me pasó la mano cariñosamente por la mejilla, creo que sonrió... pero no; había una profunda tristeza en sus ojos.

La encontré más vieja, pero más que en lo físico... creo que había cambiado su mirada, y con ello todo su rostro... "el espejo del alma"...

Como si se hubiese quedado sin expresión.

¡Había cambiado mucho la abuela que yo conocí!

En la cocina, tía Maritxu me comentó que el último viaje de mi madre a Caracas la había afectado mucho... también lo que había sucedido en Kerroch... ¿No lo sabía? Respondí que no con la cabeza, quería olvidarlo todo... Pero mi tía continuó confesándose: "Han tenido que vender en subasta la casa y las tierras... Mi hermano Lázaro ha quebrado... ¡Qué desastre! ¡Pobre hermano mío... y con ocho hijos!"...

Yo no comenté nada, ya me lo había contado todo padre...

Allí me esperaba su carta.

Estaba fechada en Maracaibo.

Padre me conocía bien, esperó a que llegara a Southampton para decirme cuánto le dolía haberme dejado sin raíces... "No comprendo cómo no te has quedado en Santurce. Pensé que tarde o temprano te adaptarías a tu tierra", su letra era hermosa, apretada y redondeada.

Kotano, el marido de tía Maritxu, me ayudó a entrar en un colegio inglés, barato, ¡quería hacer el menor gasto posible!

Me gustaban las clases.

Por otro lado, tío Iñigo y su familia vivían cerca, en medio de un bosque en Southampton, y me invitó a pasar allí los fines de semana. Trabajé duro en los estudios, escribía mucho a mis padres, también a Santurce, a Tasio, a Adela y María, y por supuesto a mis dos hermanas; las pobrecillas se quejaban de la disciplina del internado, y fracamente no me pareció tan dura comparándola con la que soporté yo...

¡Se me pasaba el tiempo volando!

Solía estar mucho con la abuela Mercedes.

¡Los domingos se transformaba, parecía la de antes! Se ponía su capa negra, alzaba el cuello de astracán, cubría su cabeza con una mantilla de gasa fina y nos dirigíamos a

misa. No íbamos a la iglesia más cercana, ¡no le gustaba el cura!, hacíamos un largo recorrido hasta una pequeña y acogedora capilla, sólo allí se sentía a gusto.

Como todas las casas inglesas, también la nuestra tenía un pequeño jardín delantero y otro más grande en la parte de atrás, ¡y muchas flores!... Allí charlábamos mucho (yo no entendía bien a mi tía) con nuestra vecina Mrs. Davis, y sus cuatro hijos... El inglés de mi tía era especial. En cuanto llegué me informó que nuestros vecinos eran todos gente estupenda, sobre todo David, el hijo de Mrs. Davis. No tardó mucho en comunicarme que David se había comprado una moto nueva... ¡y que estaba invitada a dar una vuelta! Me lo dijo delante de la abuela, y esta comentó: "¡No sé por qué tiene que ir con ese gamberro en moto!"

¡Siempre me protegía!...

En enero recibí carta de padre diciendo que tenía unas pequeñas molestias en el estómago, había ido a la consulta de un médico holandés en Aruba y le había diagnosticado úlcera; le había puesto tratamiento, pero si no mejoraba tendría que operarse, sobre todo porque le era difícil cumplir el régimen estando embarcado. Pensaba que los calores tampoco le hacían ningún bien, sufría mucho con el calor... ¡allí no había cambios de estación!...

Las estaciones del año eran su tema preferido.

¡Las necesitaba!

Por su parte, madre me contó que padre había estado varios días en tierra, y que a pesar de que se quejaba de esas pequeñas molestias lo veía bien, muy optimista, tenía un buen sueldo, a madre también le iba bien la tienda... y una sorpresa: ¡Tasio llegaba a América la semana siguiente!

Necesitaban su ayuda, supongo.

¡Mi hermano no me había contado nada!... ¡También yo podía ayudarles!...

No les dije nada a mis hermanas, les prometí que iría a pasar el verano, les pedía que se esforzaran, que estudiaran mucho; Irene me respondía rápidamente: "En cuanto a los estudios, ¡no sea usted bolsa!"

Ya no podía cambiar.

A principios de febrero padre me avisaba que iba a desembarcar para que le viera el Dr. Gonzalo Aranguren, y si este médico de su confianza le decía que era mejor operarse, lo iba a hacer, pues el tratamiento del holandés no le había producido efecto.

Volví a estar de nuevo pendiente del correo.

La siguiente carta fue de madre, habían operado a padre, se estaba recuperando bien, pronto me escribiría. Al poco, en marzo, apareció tío Iñigo. Había recibido carta de mi madre, la notaba fatigada, día y noche junto a padre... él creía que una hija podría ayudarla...

¡Se me abrió el cielo!

Aunque mi madre no se lo pedía, tío Iñigo lo imaginaba, ¡podía ser una hermosa sorpresa verme allí!

"Si te parece, arregla tus cosas y vengo a buscarte mañana. Te acompañaré al aeropuerto".

No tardé mucho en recoger mis cosas. Al día siguiente vino a buscarme. Salimos temprano, el vuelo era para la tarde del dieciocho de marzo. Se me quedó grabada la

fecha. En Londres tuve tiempo de sacar el billete y ver algunas tiendas... Compré un bonito entretenimiento para padre: un puzzle de ochocientas piezas, había que completar una fragata; le gustaban mucho estos pasatiempos. Tío Iñigo me compró unos zapatos 'Fancy' que me gustaron mucho, rojos de tacones un poco altos, era mi primer capricho. Salí de la tienda con una chaqueta verde que conjuntaba muy bien con mi falda escocesa. Los zapatos me hacían más alta, me había cortado el pelo... ¡Me parecía que estaba hecha una mujer!...

Tío Iñigo, al despedirme, me dijo: "Cuida de tu madre, que descanse... ¡y escribenos pronto!"

Era la primera vez que viajaba en avión.

Iba a Nueva York vía Irlanda. Todo me pareció muy rápido hasta que llegamos al aeropuerto de Nueva York; aquí tuvimos que esperar tres horas antes de coger el vuelo a Venezuela. Me iba poniendo cada vez más nerviosa, pronto estaría en casa; hacía casi diez años que había salido de Caracas y no era ésta la casa de mi infancia, pero mis padres estaban allí, allí estaba el sol que tanto me gustaba, y puesto que venía con ganas de trabajar me ilusionaba poder ayudar a mi familia para retornar todos juntos como quería mi padre.

¡Después de tantas vicisitudes!

Cuando llegué a Maiquetia tuve que arreglar mis papeles y ocuparme de mis maletas, esperaba que hubiese venido alguien a buscarme... No ví a nadie... Yo no había escrito, pero quizá el tío había avisado... se me acercó una mujer: "¿Es usted la hija de Enrique?... Venimos a buscarla"... Me presentó a un señor elegantemente vestido...

El hombre se ocupó de mi maleta, yo protegí el rompecabezas bajo el brazo.

Cada vez más cerca de mi casa... ¡este era el camino sinuoso para Caracas!... Entonces aun no había autopista... el viejo camino me hizo recordar los tiempos en que bajábamos a la playa... Todo como abandonado, aquel seco paisaje no había cambiado. Me preguntaron por mis hermanas, por los tíos de Inglaterra... conocían a todos, eran viejos amigos de mis padres.

Estaba impresionada, todo había sido tan rápido... ¡hacía calor!... ¡y yo con ropa de invierno!... No encontraba ninguna referencia conocida, Caracas había cambiado mucho... Ahora la observaba con ojos diferentes, claro... ¡No me acordaba de nada! Al pasar frente al Panteón Nacional empecé a reconocer algunos rincones... allí estaba la casa en que vivimos con Rosa Chacón... ¡Dónde estaría ahora aquella mujer?...

Llegamos a nuestra nueva casa.

Subimos al tercer piso.

Llamé al timbre, abrieron la puerta. Sentí un extraño olor a flores... ¡En medio de la sala mi padre yacía en un féretro! Creo que perdí el conocimiento... La sala estaba llena de gente vestida de negro, miles de ojos me miraban... Apreté el rompecabezas contra mi pecho... Me sentía de piedra...

¡Allí estaba padre, muerto!

¡Hubiera echado fuera toda aquella gente! ¡Quería quedarme sola con él!... abrazarlo con mis brazos... cerré los ojos y un rayo recorrió mi cuerpo... sentía los latidos donde no tenía el corazón, y aunque padre decía que no llamándome: "¡Hija, no!"... cogí la escopeta y disparé sobre tío Lázaro, directamente, sin fallar, tal y como me había

enseñado padre... ¡por debajo de las rodillas!... tío Lázaro sangraba, no podía dar un paso... Tenía delante mío el hermoso rostro de mi padre, me acerqué y lo acaricié suavemente, me pareció que no estaba frío, estaba un poco quemado por el sol, y tenía el pelo un poco más largo que de costumbre... Besé aquella querida frente, y al incorporarme me pareció que bajo sus párpados cerrados veía su limpia mirada...

Me acompañaron hasta la habitación... Mi madre estaba sentada en un sillón, la cabeza echada hacia atrás, lívida, descansando... Tuvo una lipotimia, el médico le ha recetado otra pastilla para cuando salga el féretro... ¡Ha pasado todo tan inesperadamente! Le tuvieron que hacer una nueva operación... Una complicación, el hígado... ¡Qué malheur!...

"¡Un hombre tan fuerte, tan joven!"

Pregunté por Tasio...

"Está en la mar; hemos avisado a la embajada de Francia para que localice el barco y le avisen por radio. Pronto llegará".

Salí. Ahora había más gente. Me acerqué a mi padre.

Otra vez el mismo sentimiento hacia tío Lázaro... Empezaba a conocer el odio, y nacía desde lo más profundo de mi interior. Mi tío era el responsable de la muerte de padre... Nunca pudo ver cumplido alguno de sus tres sueños: morir en su tierra, ver casarse a algún hijo y conocer un nieto.

Cerraron la caja, la sacaron escaleras abajo, yo salí tras mi padre... Mme. Simon me detuvo cogiéndome el brazo:

"Quédate, tu madre te necesita".

Era un diecinueve de marzo, día de San José; mi padre había cumplido cuarenta y ocho años en enero.